





AÑO 8.º

NUM. 96.

LA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

# ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

DICIEMBRE 1896

MADRID

ESTAB. TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO, SUCESOR DE J. CRUZADO

*Calle de Blasco de Garay, núm. 9.*

Teléfono 3.145.

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

## MIS VECINOS DE LA ACADEMIA

---

**N**o recuerdo si fué Carlos Frontaura en *El Cascabel*, Eusebio Blasco en *El Garbanzo* ó Luis Rivera en el *Gil Blas*, el que allá por los años de 1870 á 75 publicó un artículo muy curioso sobre los escritores notables que han vivido ó aun vivían por este barrio, desde la calle del Prado hasta mi plaza de Antón Martín, donde tienen ustedes una casa á su disposición, un hospital del que Dios les libre, una fuente donde se surten de tinta varios comerciantes de la plazuela, y una torre Eiffel en miniatura para el teléfono y la luz eléctrica. En aquel artículo se trataba de halagar á algunos escritores contemporáneos y lanzar ciertos puyazos á otros, como el doctor Mata, que vivía en la calle del Prado enfrente de la calle del León, de quien dijo Ventura de la Vega:

«Vive en esta vecindad  
un médico algo poeta,  
que al pie de cada receta  
pone *Mata* y es verdad.»

El autor de la *Medicina legal* acababa de ser gobernador de Madrid, por gracia de D. Amadeo de Saboya, á quien en sus mismas barbas, pues seguía en su carruaje al rey italiano, le

dispararon varios tiros en la calle del Arenal una tarde que volvía de paseo. Con este motivo el doctor materialista fué tema predilecto para los escritores satíricos durante muchos meses. Mata en medicina, Mata en política; un matadero, un matador y un Mata gobernador.

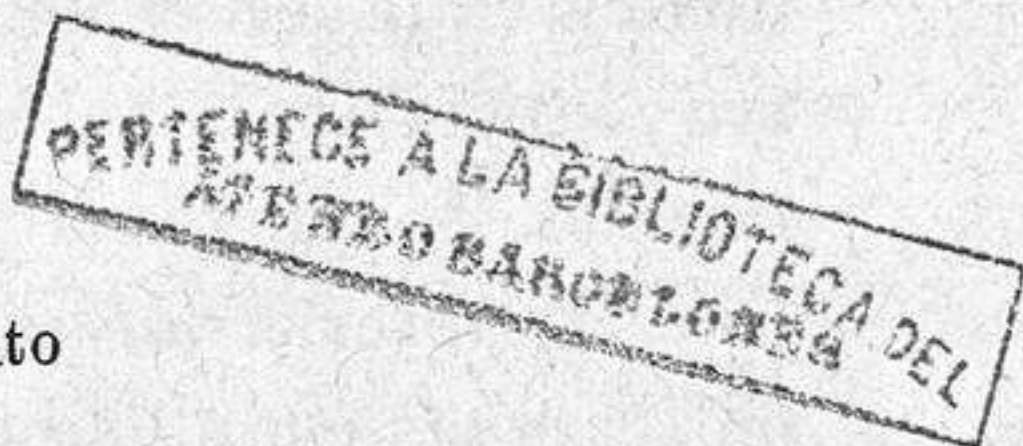
Con sólo recordar el artículo á que me refiero, y que á mi parecer era de Frontaura, podría llenar éste con datos curiosos sobre Lope de Vega, Quevedo, Cervantes, y los antiguos que por aquí habitaron, modernizando el asunto con la tertulia literaria de Cruzada Villaamil, que vivía en la calle de Cervantes al lado de donde hoy el marqués de Valmar, con los de otro sanhedrín literio-político-aristocrático que tuvo el conde de San Luis en la esquina de la calle del Prado á la del León, y con algún otro episodio de este mi barrio, si por el mismo tiempo en que se publicó el artículo de marras no se le hubiera ocurrido á Ruiz Zorrilla ceder á la Academia de la Historia el verdadero palacio que los monjes del Escorial tenían en esta última calle con el nombre de Nuevo Rezado, porque se construyó principalmente para venta y depósito de los libros monacales, de que tenía privilegio el monasterio fundado por Felipe II; librería que respetó Ruiz Zorrilla y que hoy está reducida á unas cuantas habitaciones del entresuelo de la derecha, mientras ocupan el de la izquierda, que es extraordinariamente mayor, porque dispone de todo el resto de la planta baja, incluso los sótanos con sus misteriosas escapatorias á las calles circunvecinas, la hermosa Biblioteca de la Academia y el Archivo Histórico Nacional.

Aquella mudanza, por consiguiente, trajo al centro del barrio literario por excelencia, según Frontaura, otro centro literario más constante y más curioso que las tertulias de Sartorius y de Cruzada, y quizá quizá que las tradiciones de Quevedo y de Cervantes, no incluyendo á Lope de Vega, porque me acuerdo del libro de sus *Ultimos amores*, publicado por Barbieri, y como aquellos escandalosos sucesos se desarrollaron en su mayor parte por este barrio, no quiero hacer la

ofensa á la Academia de decir que haya eclipsado la memoria del Fénix de los ingenios..... en este punto.

Siendo yo el más antiguo y caracterizado de sus vecinos, naturalmente soy el mejor depositario de sus tradiciones, y ni Frontaura, ni Rivera, ni Blasco me pondrían la ceniza en la frente si quisiera evocar personajes antiguos y modernos, contar historias, referir anécdotas y hacer el chismorro que hoy agrada tanto á los lectores, sobre todo cuando tiene algo de picante y pornográfico, cosa que nunca ha faltado por aquí, tanto en la calle de las Huertas como en la del Infante. Ni los tiempos ni mi humor están para eso, que soy más viejo que las casas á la malicia, pues el lector no habrá olvidado que mis mocedades coincidieron con la invención de esta manera de edificar, cuando los propietarios de la heroica villa, para evitarse las molestias de la regalía de aposento inventada por el señor rey Felipe III, inventaron ellos á su vez construir casas de un solo piso, por lo cual se decía de las mujeres ligeras:

Por estar á la malicia  
forrada su voluntad,  
su huésped fué de aposento  
Antón Martín el galán.



Calcule el lector si desde entonces, clavado siempre en mi barrio, como el doctor Garrido en su botica, habré yo visto cosas y habré conocido literatos mayúsculos y minúsculos, antes y después de establecida la Academia en el Nuevo Rezado.

La mudanza no me gustó mucho á la verdad, porque sus vecinos eran mucho más divertidos cuando administraba la casa la dirección de Bienes Nacionales; pero había una persona á quien gustaba menos que á mí, que era el venerable Don Pedro Sabau, secretario perpetuo de la Academia, el cual había tenido la habilidad de arreglarse en el piso último de la casa de la Panadería, propia del Ayuntamiento, donde estaba

aquel areópago establecido, una vivienda muy cuca con sol de Mediodía, que era lo que más necesitaban sus viejos huesos.

Cambiar esta jaulita por un guardillón obscuro y tétrico de la casa del Nuevo Rezado, era para el pobre viejo un sacrificio superior á sus fuerzas, y así lo demostró bien pronto muriéndose como un bendito. Cuando iba por obligación á visitar las obras que se hacían para la nueva Academia, más de una vez llegó á comunicárseme su mal humor: él sentía lo que dejaba, y yo lo que me venía, porque los literatos no suelen ser gentes de buena vecindad.

Esta muerte de D. Pedro Sabau me recuerda otra que acaba de ocurrir, también por una mudanza, pero en sentido inverso: desde un cuchitril de la Academia al palacio de la Biblioteca Nacional, en el paseo de Recoletos; me refiero al P. Vera, que así llamábamos los vecinos al cachazudo y patiocorto D. Francisco González de Vera, director del Archivo histórico, establecido, como he dicho, en los recobecos más oscuros del entresuelo de la izquierda del Nuevo Rezado. No era fraile ni mucho menos, como puede creerse, sino un estudiantón de los marrajos de Alcalá, de verde y divertida historia, á quien puso este mote otro por el estilo, D. Serafín Estébanez Calderón, tío del actual presidente del Consejo y hombre de quien hay mucho que decir en su vida y milagros, á pesar de los dos tomos que de ella ha escrito su sobrino. Aquel, pues, que no aceptaba otro mote que el de *El Solitario*, por lo mismo que nunca le había gustado la soledad, sino muy acompañado con faldas mujeriles y cañas y botellas de manzanilla, era amiguísimo de poner motes, sobre todo á los que más quería y debía entre sus amigos literatos, y sabiendo un día que su compinche González de Vera había preguntado á un vendedor de libros viejos, con quien chararileaban ambos muy frecuentemente, si había ido por allí un exclaustro del Escorial, dando unas señas muy semejantes á las de D. Serafín, creyó éste que trataba de ponerle un mote, que á la verdad no le hubiera venido del todo mal, pues tenía su cerviguillo y su



panza harto frailunas; y entonces, terciándose la capa, que nunca se le caía de los hombros, y encendiendo la colilla del cigarro, que también llevaba siempre pegada á los lábios, echóse á rodar por librerías y puestos de libros, preguntando como quien no quiere la cosa:

—¿Ha venido por aquí el P. Vera!

—¡El P. Vera! ¡El P. Vera!—repetía todo el mundo.

—Sí, hombre, sí. Ese que por mote se llamaba D. Francisco González de Vera, que ahora hemos sabido que era ya medio profeso en el Escorial cuando la desamortización, y el fruchiman quería darnos gato por liebre, escondiendo la cogolluda con su morrión de miliciano; y ya no hubo quien le quitase de encima este mote, que aunque no tenía nada de verdad, tampoco le sentaba del todo mal al P. Francisco González, pues era no poco glotón, corpulento y panzudo, y le tenía tanto apego á la casa de los frailes escurialenses, en la calle del León, que recibir la orden para trasladar su Archivo á la Biblioteca nueva y caérsele el mundo encima fué sólo una misma cosa. Cuentan los maldicientes que no era por amor á mi barrio, sino por no molestarse en revolver aquel amasijo de pergaminos y polilla de que se había ocupado muy poco en toda su vida; y otros dicen que por qué viviendo tan bien en la vecindad se iba allí en dos meneos á dormir su siesta en verano y á digerir su comida en invierno, largándose á media tarde á pasear su reuma por el Prado, para lo cual sólo necesitaba bajar paso entre paso la calle de las Huertas; mientras ahora, con la mudanza, ó tendría él también que hacer bajar la de su viejo caserón, pagando más alquiler, cosa horripilante, y quitando el polvo á los muebles de su casa que tenían patina, ó andar todos los días dos kilómetros para la nueva oficina, que más frecuentada, más visible y de más luz, amén de obligarle á trabajar algo, le turbaría la digestión ó la frailuna siesta. Ello es que con exigencias unas veces, con disculpas otras, y quemando la sangre al ministerio de Fomento, al director de la Biblioteca, al Cuerpo de archiveros y á todos los que deseá-

bamos ver con buena luz los documentos del Archivo histórico sin olor de ratones, telarañas ni sabandijas, ha conseguido morirse sin hacer la mudanza, y Dios le dé la gloria que merece por su ingenio, su marrullería y su carácter cachazudo y terco.

La de la Academia se verificó, en efecto, á pesar de las protestas de Sabau, que desde entonces no levantó cabeza; pero tenían en ello empeño decidido el director, D. Antonio Benavides, y varios académicos en víspera de vacantes, que no querían pasar la noche de los viernes por los túneles de la Plaza Mayor, fábrica de pulmonías, y tuvieron maña para sacarle al Gobierno, en los días más apurados de la guerra civil carlista, los diez ó doce mil duros que costó la obra. Hízose la inauguración solemnemente con discursos y *gaudeamus* de primera, y empezaron á frecuentar mi barrio, los viernes consabidos, una porción de personajes que ya pertenecen en gran parte á la Historia, como D. Juan Manuel Montalbán, el que provocó con su dimisión de Rector de la Universidad el motín famoso de los estudiantes en la noche de San Daniel; D. Modesto Lafuente, ya hecho personaje por obra y gracia de *Fr. Gerundio y Tirabeque*, y de la Revolución de 1854; el otro Lafuente, que todavía mejor que el P. Vera, parecía, no un fraile de campanillas, sino un novicio de prima tonsura; los hermanos Oliver, cuyo paso por aquella casa, que habitaban, por ser uno de ellos bibliotecario, fué una continua tragedia que recuerdan muchos vecinos y sobre todo vecinas; D. Cayetano Rosell, y otros y otros, entre los cuales ninguno ha muerto en olor de santidad, salvo D. Aureliano Fernández Guerra, de quien oí contar cierta vez que un emigrado italiano, llamado Constanzo, también plumista y buscavidas, siendo el académico oficial del ministerio de Fomento, no sé si por deberle favores ó por guasonería, dió en llamarle *mio angelo*, y D. Aureliano contestaba siempre *cadutto, cadutto*, con mucha broma y estupor de los presentes, que no descubrían cerca ni lejos en el *angelo* nada de naturaleza angélica. También recuerdo yo perfecta-

mente la noche que el pobre D. Fermín Caballero sufrió en la misma Academia el último ataque que le llevó al sepulcro, vomitando sangre sobre la calva de un señor que estaba sentado junto á Colmeiro y que no recuerdo su nombre.

Al que más gana tenía yo de conocer era á Cánovas, por lo mucho que de él hablaban D. Serafín, Benavides y los dioses mayores y menores. Tuve ocasión de satisfacerla, cuando, por muerte de este último, fué nombrado director y empezó á asistir con más puntualidad y pompa que antes lo hacía, poco y á pie y como de incógnito. Es el que más distracciones y más casos de observación me ha proporcionado y sigue proporcionándome; porque los viernes, desde las ocho de la noche, empiezan los pretendientes y las figuras misteriosas á agitarse por mi plazuela de Antón Martín, como sombras chinescas. Unos llevan notas y papeles, que leen y releen á la luz de los faroles, sin duda para entregárselos ó recordarle sus servicios en cuanto baja del carruaje, otros asaltan á éste en cuanto asoma, le rodean y le acompañan como santo de procesión. Aquello es una verdadera cacería á tenazón; y aunque el conserje de la Academia y los embozados misteriosos no dejan á los empapelados acercarse mucho, burlan la consigna, y hombre hay que en dos trancos sube la escalera para ponerse delante en el descansillo, donde está un tipo romano, enviando quizás á la inmensa mole, que todos los viernes, si estuviera cesante y no colocado allí, podría pedirle un destino al Presidente del Consejo. Más de una vez recordé yo, mirando el portal desde la calle, los pasos de los *cataríberas* que pinta el capitán Salazar, y que son de todos los tiempos y situaciones políticas.

Cánovas suele ser de los últimos, porque á su llegada se abre la sesión, sin más preámbulos que los cuatro ó seis achuchones que le dan antes de sentarse los académicos pretendientes y los correveidiles políticos.

Antes han ido llegando los más puntuales, ó los más vecinos del barrio, casi siempre de los primeros el general Arte-

che, que vive en la calle de Lope de Vega, tan apuesto y gentil como cuando era subsecretario de Guerra, hace más de treinta años. Después el no menos apuesto y gentil D. Pedro Madrazo, que colgado en un museo podría ostentar la firma de Van-Dich; hombre de apariencias engañosas, que viste tan petrimetre como cuando leía versos románticos en el Liceo de Madrid por los años de 1840; que conserva sus tradiciones románticas en su faz meláncolica, en su cabellera demasiado melenuda, y sobre todo, en la botella que lleva siempre en el bolsillo, no del vinagre que bebía Larrañaga, ni del veneno de Lucrecia Borgia, sino de purísima leche, única cosa con que ya se alimenta su pobre estómago. Fabié, meditabundo y pensativo, es hombre que me gusta á pesar de la injusticia con que le suelen tratar los periódicos, por lo mismo que todo lo hace en serio y correctamente. Cuando amenazó con ponerse luto por el sistema constitucional, nadie dejó de reirse, debiendo llorar á cántaros los ya escasos amadores del tal sistema, porque ningún profeta ha tenido nunca tanta razón. Después Barrantes, con su pata de palo, que nada tiene de galana ni de limpia por lo común, pues parece un chorizo manido de su tierra. D. Francisco de Cárdenas, cuya respetable cara de momia, su cortedad de vista, que está llegando casi á la ceguera, su aspecto bondadoso, hacen doblemente temible la contingencia de una vacante.

Como no me paro en cronologías ni en antigüedades, y cito á las personas al paso que las recuerdo, diré que otro de los que más me llaman la atención, porque se le siente venir desde la calle del Prado, gargajeando, carraspeando y hablando excátedra con alguno de sus discípulos á quien permite acompañarle (sobre todo en vísperas de exámenes), es Sánchez Moguel, que corta el aire con sus brazos, como las aspas de un molino de viento, y da cada zancada que parece tener el mundo por suyo; y no quiero hablar de los días presentes, sino de los pasados, antes de anabaptijarse portugués, y menudear viajes diplomáticos á aquel rincón de la Penínsu-

la, con el buen propósito de restablecer la unidad de ella, soldándola con el estaño de su literatura; antes, en fin, de que le entrara el escrúpulo diplomático de haber causado la muerte de Casal Ribeiro trayéndole á Madrid á oír su discurso sobre Herculano..... él se la achaca á las pulmonías; pero los portugueses siguen creyendo en una traición ibérica, á pesar de haberse cruzado más de una nota cancillerisca entre el Gobierno de Lisboa y el catedrático de Madrid.

Otro de los más puntuales, que ya se me olvidaba, es don Francisco Coello, el célebre geógrafo, tan circunspecto y reposado como el mismo Oliver (don Bienvenido, tercero de este nombre que ha entrado en la Academia), y del cual, como de Pirala, no tengo más que decir sino que, para distinguirlos cuando vienen, he de ponerme los anteojos y mirar al suelo.

El *non plus* de la puntualidad, que al dar las ocho y media llega en su coche á la calle de las Huertas, es el rival que á Cánovas le suscitaron hace pocos años los tres ó cuatro liberales de la Academia, capitaneados por el astuto don Manuel Colmeiro, gallegóideo de la especie que descubrió y clasificó *El Padre Cobos*. Ya comprenderán todos que me refiero al apuesto y elegante marqués de la Vega de Armijo, con sus rizadas patillas blancas, que cuando eran rubias volvían locas á las mujeres, y su andar esbelto y airoso, que parece de un hombre de cuarenta años, cuando con cinco lustros encima, quizás quizás admitiría más carga. Si se la echara encima á Riaño, apenas formarían entre los dos un viejo de buen ver, aunque para el siglo y medio no les faltara mucho.

Por el tranvía de mi plazuela suelen llegar los catedráticos que viven alrededor de la Universidad, como Fernández y González, el yerno y heredero, por varias líneas, de don José Amador de los Ríos, saco de ciencia relleno á puñetazos, donde el grano y la paja viven en la mejor armonía del mundo. También suele venir don José Codera, el catedrático de árabe, cargado siempre de libros é informes en Aljamia, que echa

de menos el alquicel y el turbante de los descendientes de Mahoma.

El último y más majestuoso de todos, porque llega siempre á la hora de levantarse la sesión, y suele irse de los primeros, es don Juan de Dios de la Rada y Delgado, el del apellido que se canta y se baila, como dice la copla, el autor de los libros por arrobas y las comisiones por quintales. Así está de gordo y lucio y también de apoplético, pues parece que siempre su digestión es difícil, y en cuanto se sienta cierra los ojos, y aún hay quien dice que runfla.

A propósito he dejado para lo último dos académicos que apenas se ven ni se sienten venir, tanto, que sólo las noches de luna suelo atisbarlos: el uno, porque parece el *bulto vestido de negro capuz* de la poesía romántica, y el otro, porque no parece sino que es la estatua del Comendador, que se filtra por las paredes.

Ya se comprenderá que me refiero al padre Fita y á Vidart, el uno más puntual que el otro en acudir á la sesión, y ambos muy dignos de estudio, no sólo por su fisiología, sino por su psicología, que si yo fuera á decir todo lo que de ellos pienso, no acabaría nunca; el primero jesuita, de capa entre larga y corta, andante y corriente, siempre cargado de bulas en latín y de cartas en hebreo, menos jesuita que otros que más lo parecen, con sus hábitos negros y su sonrisa estereotipada. Se cree el alma de la Academia porque dirige el *Boletín* con la colaboración, hoy muy eficaz, del bibliotecario Rodríguez Villa, y con el relleno de los informes de todos sus colegas, limitándose él á traducir bulas que no interesan á nadie, y á extractar cartas de académicos correspondientes con inscripciones latinas y descubrimientos arqueológicos; pero el amor de la verdad me obliga á decir que no le falta razón para creerse necesario, pues sin su puntualidad y su diligencia jesuíticas el *Boletín* no se publicaría, ó cada número sería un acontecimiento digno de esculpirse en mármoles.

Dicen que sabe hebreo y aun sanskrito, y que conoce me-

por que su propia sotana los alfabetos de las inscripciones prehistóricas; pero tanto Menéndez Pelayo como Fernández y González, juran que en esto hay que rebajar mucho: ellos sabrán por qué. Al yerno de Amador de los Ríos le he oído yo un discurso de más de tres horas en la esquina de mi plazuela de Antón Martín; tanto, que se le pasó la de los tranvías y tuvo que irse al amanecer á su casa pedibus andando, en cuyo discurso probaba, con textos de la torre de Babel y de las ruinas de Babilonia, que el padre Fita había confundido un *tau* hebreo con un jeroglífico egipcio. De Menéndez no puedo contar alardes semejantes de oratoria callejera, porque es hombre que no le gusta lucir su tartamudez chillona; pero he oído á los que conocen la Academia de puertas adentro, que más de una vez ha puesto en calzas prietas al padre jesuita, no con erudición babilónica y cuneiforme, sino con doctrinas corrientes de Díez, de Musafia y de los gramáticos más modernos.

En cuanto al pobre coronel de artillería, retirado, que entre los vivos conocemos por D. Luis Vidart, siempre que pasa á mi lado como una sombra fantástica, le tiendo los brazos temiendo que se me desmaye, ó miro á la acera á ver donde se le ha caído el sudario de que acaba de escaparse. En el siglo XVI hubieran denunciado su cara á la Inquisición, y en el XIX, si yo fuera espiritista, le creería un *medium* no viviente, porque lleva siempre los ojos entornados, sino viviente por milagro, y por esfuerzo del perespíritu, que no suelta sus restos mortales ni á tres tirones. Repito que me da pena el verle, y que me acuerdo de los andaluces cuando oyen nombrar *la bicha*.

Excuso decir, que no porque yo hable con cierto desenfado de todos estos personajes, porque la familiaridad y la vecindad hacen perder un poco el respeto al mismo *Vergonzoso en Palacio*, dejo de reconocer el mérito literario, que en todos es grande y en algunos grandísimo, y el que lo dude que se lo pregunte á ellos, ni de comprender que con tales especias y adobos deben guisarse allá arriba, en el cuarto principal, unos

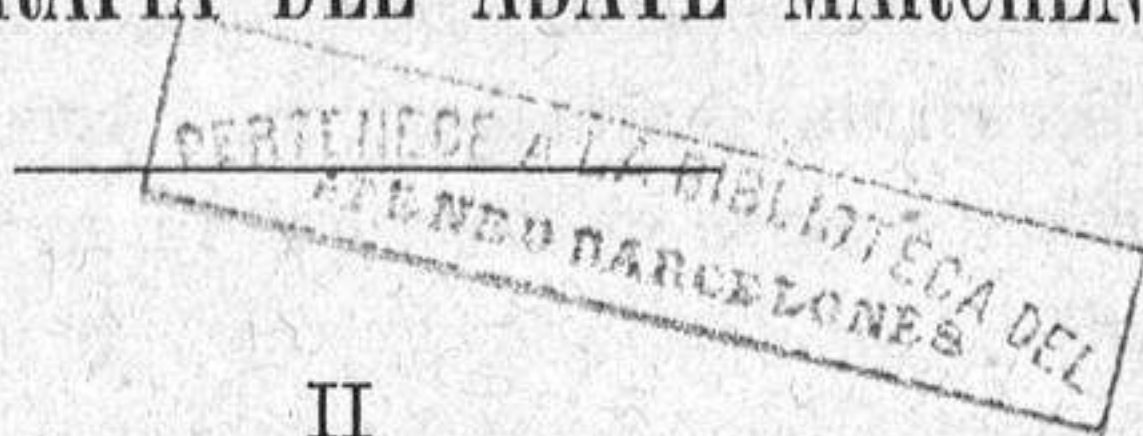
banquetes que digan quítate allá á todos los pipiripaos antiguos y modernos. Los capítulos que los frailes Jerónimos celebraran en el Nuevo Rezado, si celebraron alguno, que no lo recuerdo ni la Academia lo averiguará hasta dentro de tres ó cuatro siglos, serían indudablemente escenas del *Maestro de escuela* al lado de estos viernes, que ni en cuaresma dejan de ser apetitosos.

Si como sé lo que pasa fuera, consiguiese algún día que ciertos vecinos de la casa, que yo me sé, me permitieran meter la nariz en el conciliábulo, se lo comunicaría á los lectores de la ESPAÑA MODERNA como una reminiscencia de la España antigua.

ANTÓN MARTÍN.



# NUEVA BIOGRAFIA DEL ABATE MARCHENA (1)



## II

**A**UNQUE el manifiesto de Marchena pareciese muy propio (como dice Morel-Fatio) para convertirse en catecismo de los adeptos españoles de la Revolución francesa, no satisfizo, sin embargo, á todos los emigrados, entre los cuales, por imposible que parezca, los había aún más violentos que él. Uno de los que le desaprobó fué Guzmán (amigo de Danton y furibundo terrorista) (2), el cual extendió sus críti-

---

(1) Véase LA ESPAÑA MODERNA de Junio último.

(2) A este Guzmán dirigió Marat, poco antes de morir atravesado por el puñal de Carlota Corday, la siguiente carta:

«Esos bárbaros, amigo mío, no me han querido dejar el consuelo de morir en vuestros brazos, pero llevo conmigo á la tumba la consoladora idea de que eternamente quedaré grabado en vuestro corazón. Este pequeño obsequio, por lúgubre que sea, os hará recordar al mejor de vuestros amigos: llevadle en memoria mía. Vuestro hasta el último suspiro.—  
«MARAT.»

Estas líneas, escritas por la mano temblorosa del moribundo terrorista, fueron enviadas á Guzmán, que las conservó consigo hasta la muerte en una especie de relicario de tafetán negro.

El *facsimile* de esta carta está en el libro de Dulaure *Esquisses historiques sur les principaux événements de la Révolution*. (París, 1823), tomo II, cap. X, pág. 455.

Luis Blanc, en su *Historia de la Revolución francesa* (tomo IX, 1857, pág. 85), dice que el documento presenta signos evidentes de autenticidad, pero que no parece creíble que Marat, moribundo y traspasado de parte á parte, tuviera fuerzas para coger la pluma. Opina, pues, que esta carta debió de ser escrita la víspera ó dos días antes, pero su contexto parece que lo contradice.

cas al lenguaje, que encontraba bárbaro, y á las faltas de ortografía, que efectivamente hormiguean en la proclama de Marchena (1). Le Brun había organizado en la frontera dos comités de propaganda revolucionaria, compuestos de españoles, uno en Bayona y otro en Perpiñán. Designado Marchena para formar parte de uno de ellos, dirigió al Ministro en 23 de Diciembre de 1792, una *Memoria* en francés, bastante más sensata que sus alocuciones.

«Nada es más contrario (decía) á los principios del buen juicio que obrar sin un plan determinado. El comité revolucionario establecido en las fronteras de España, tiene por objeto preparar y acelerar la revolución. Pero este fin tiene que ser muy vago, mientras no se defina lo que se entiende por revolución, cuál debe ser la que ha de realizarse en España, y cuáles son los medios que se han de poner en práctica para hacerla triunfar.

»Hay un axioma de eterna verdad en todas circunstancias y en todos tiempos, y es que los hombres consultan más bien la experiencia de lo que se ha hecho que lo que debería

---

(1) Citoyen Ministre!

Le hazard (*sic*) m'a mis aujord'hui entre les mains une brochure qui sort de vos bureaux, qui a pour titre, *Aviso á los Españoles*, je croirais donner une preuve d'incivisme si je passais sous silence mes observations sur une brochure destinée sans doute à éclairer les Espagnols.

1.º On peut dire avec vérité qu'elle n'est pas du tout écrite en espagnol, les contresens, les fautes d'orthographe et les barbarismes sont en si gran nombre, qu'on est réduit après l'avoir lue, à se demander à soi même ce qu'on voulu dire; quant au peuple, il est des faits qu'il n'y entendra rien, les gens instruits s'ils ont la patience de la lire, n'auront pas le courage de la soutenir.

2.º Je crois que l'auteur ne connaît pas parfaitement bien l'espagnol; s'il l'avait connu, il aurait cherché à parler au peuple le langage qu'il entend.—GUZMÁN.

Paris, le 4 mars l'an 2 de Republique. Rue neuve des Mathurins, n.º 36.  
(Esp. 635, pièce 194.)

(Comunicación del Sr. Morel-Fatio.)

»ser. Nunca hubiera llegado Francia al grado de libertad  
»de que ahora goza, y que va á consolidarse por la caída de  
»los tiranos que la asedian, si se hubiese hablado, en el primer  
»momento, de una Convención nacional que había de estable-  
»cer la República sobre las ruinas del trono. Los franceses  
»del 88 creían de buena fe que sus mayores habían sido libres  
»en tanto que se dejó oír la voz de sus Estados Generales; y no  
»suspiraban más que por su restablecimiento. Los filósofos y los  
»hombres de Estado que conocían toda la imperfección de es-  
»tas corporaciones aristocráticas, se guardaban muy bien de  
»entibiar el ardor impaciente del pueblo. Creían, por el con-  
»trario, que el remedio de todas las imperfecciones inherentes  
»á la constitución de los Estados Generales, estaba en estas  
»mismas asambleas, y solamente en ellas. La experiencia ha  
»mostrado que no se engañaban en esto.

»Hombres que no son ni filósofos ni estadistas, se han  
»aventurado á decir que el comité revolucionario de España  
»no debía hablar de la convocatoria de Cortes, es decir, en  
»otros términos: que el comité revolucionario no debía hablar  
»de revolución. Y entonces los españoles podrían decir: *los*  
»*franceses nos traen la libertad, según dicen, pero no nos la*  
»*presentan con las formas con que nosotros la hemos conocido.*  
»¿Con qué derecho pretenden prescribirnos reglas sobre la ma-  
»nera de ejercer nuestra soberanía? ¿Con qué derecho se atre-  
»ven á cambiar la manera de expresar la voluntad general,  
»que nosotros habíamos adoptado antes que la nación hubiese  
»decidido sobre sus inconvenientes? No es la libertad lo que  
»nos ofrecen: nos prescriben leyes imperiosas, dándose por  
»nuestros libertadores. No hemos hecho, pues, más que cam-  
»biar de esclavitud, porque una nación es siempre esclava  
»cuando obedece á otra voluntad que la suya, ya sea esta vo-  
»luntad la de un rey, ya la de otro pueblo. ¿Y qué había que  
»responder á este lenguaje? ¿Cómo queréis interesar á los otros  
»pueblos para que rompan sus cadenas cuando están viendo  
»que les preparais otras nuevas?

»Aun en los tiempos de más espantoso despotismo, no ol-  
»vida un pueblo las instituciones que le han asegurado en  
»otros siglos una suma mayor ó menor de libertad. El pueblo  
»español se acuerda siempre de sus Cortes, y en el año 89 el  
»público recibió con la más violenta indignación una pieza en  
»que se ultrajaba la memoria de *Doña María Coronel* (1). Pero  
»independientemente de estas razones universales, hay otras  
»peculiares de la nación española, las cuales demuestran evi-  
»dentemente que el único medio de hacer la revolución en Es-  
»paña, es la pronta convocatoria de Cortes.

»Cuando se habla de Cortes en España, hay que distinguir  
»entre las de Castilla, las de Aragón, las de Valencia, las de  
»Cataluña y las de Navarra. La organización de cada uno de  
»estos cuerpos difería enteramente de la de los otros. El poder  
»y la influencia de los municipios era mucho más considerable,  
»y la autoridad estaba más limitada en Cataluña que en nin-  
»guna otra parte. Se puede decir que las Cortes de Castilla no  
»tuvieron nunca un régimen muy fijo, y que las que se cele-  
»braron durante el reinado de Carlos V diferían tanto de los  
»Concilios de Toledo, celebrados en tiempo de los reyes Godos  
»(y que realmente no eran más que las asambleas de la na-  
»ción), como los Estados generales de 1614 diferían de las  
»asambleas del Campo de Marte en tiempo de Clodoveo. Así,  
»nada es más fácil que dar á estas Cortes una forma democrá-  
»tica sin desnaturalizarlas ni abolirlas del todo, lo que indis-  
»pondría á todos los españoles contra reformas en que ellos  
»no hubieran consentido.

»No debo de parecer sospechoso de tibio amor á la libertad:  
»hartos sacrificios he hecho por esta divinidad para que se  
»crea que yo pueda apostatar de su culto. Pero examinemos  
»fríamente si los españoles son capaces, en el momento actual,

---

(1) Querrá decir *Doña María Pacheco*. Este mismo error histórico se encuentra en la alocución.

»de una libertad igual á la que disfrutaban los franceses. Ruego  
»que se lean con atención estas rápidas reflexiones, sugeridas  
»únicamente por el interés de mi patria y el de la humanidad.

»Hay que convenir en que la religión papista ó católica ha  
»echado raíces más profundas en el suelo español que en el  
»francés; y sería temerario atacar de frente las preocupaciones  
»religiosas.....

»Por otra parte, el estado actual de España es muy dife-  
»rente del de Francia: no hay que buscar allí un Mirabeau, un  
»Brissot ó un Condorcet. Sin duda hay gentes ilustradas, pero  
»no se encuentra uno de esos grandes genios capaces de abrir  
»los ojos á un pueblo entero, y de regenerar la nación. Como  
»los hombres que piensan no se comunican con el pueblo; como  
»el temor de la Inquisición obliga á los hombres más ilustra-  
»dos á aparentar que creen en las fábulas más absurdas, todos  
»los que no son verdaderamente filósofos están imbuídos en las  
»preocupaciones más groseras. Un hombre que se respeta á sí  
»mismo no se dedica en España al oficio de autor, porque no  
»se pueden imprimir más que frivolidades ó libros ascéticos:  
»por eso no es posible ilustrarse sin adquirir el conocimiento  
»de las lenguas extranjeras. En este país no hay más que dos  
»clases de hombres, unos enteramente ilustrados, otros ente-  
»ramente supersticiosos.

»La manía de los mayorazgos, la indolencia de la nación,  
»oprimida por los impuestos más gravosos que se pueden in-  
»ventar, han ahogado la industria y han concentrado en muy  
»pocas manos casi toda la propiedad territorial. Si empeza-  
»mos por hablar de igualdad absoluta antes de haber prepa-  
»rado al pueblo gradualmente para disfrutar de ella, podrá ve-  
»nir la ley agraria, esto es, la rapiña, la anarquía y la disolu-  
»ción social.

»Francia ha adoptado una Constitución que hace de esta  
»vasta nación una república una é indivisible. La conformi-  
»dad en las costumbres, la cultura, difundida casi igualmente  
»por toda la superficie del país, la hacen propia para esta ins-

»titución. Pero España, cuyas diversas provincias tienen usos  
 »y costumbres diferentes, España, *con la cual debe ser unido*  
 »*Portugal*, no puede formar más que una república federal.  
 »Para la felicidad de la nación, se puede y se debe dejar subs-  
 »sistir las antiguas Cortes.

»Francia tiene, sin duda, derecho para decir al pueblo es-  
 »pañol: «Tenéis un rey, que es mi enemigo natural; os haré la  
 »guerra hasta que le hayais precipitado del trono.» Pero no  
 »tiene derecho para constituir nuestra nación á su modo: Es-  
 »paña es la que debe darse á sí propia una constitución. Las  
 »Cortes subsisten de derecho mientras el pueblo español no  
 »las haya abolido.

»Como tengo el mayor interés en que estas reflexiones sean  
 »leídas por el ciudadano ministro, no añado ningún desarrollo  
 »á estas indicaciones rápidas. Notaré solamente que es indis-  
 »pensable que el comité tenga un punto de reunión ó un pre-  
 »sidente instruído á fondo en la historia de España, hombre de  
 »Estado, y de carácter enérgico, que pueda dar cierta forma-  
 »lidad á las operaciones, y encaminarlas á un solo punto: el  
 »triunfo definitivo de la revolución.—*J. Marchena.*»

Esta Memoria, en que, á despecho de los errores propios del fanatismo nivelador y de la abstracta política de aquel tiempo, no deja de campear cierto espíritu tradicional é histórico, no pudo ser grata á la mayor parte de los revolucionarios franceses, que odiaban de muerte el federalismo, y no querían oír hablar de Cortes ni de ninguna otra institución representativa de los tiempos medios. Hubo, pues, una excisión entre los que á todo trance querían, como el dantonista Guzmán y el alcalde de Bayona, Basterreche, implantar en España los principios de la república una é indivisible; y los que podemos llamar *federales*, á cuyo frente estaba Marchena con otros españoles amigos suyos.

Era de los principales *el ciudadano Hevia*, antiguo secretario de la embajada de España en París, de la cual había desertado para pasarse al campo enemigo, haciendo los más vio-

lentos alardes de furor demagógico, por lo mismo que su origen era aristocrático, puesto que pertenecía á la familia de los marqueses del Real Transporte. Cuando llegó la guerra del 93, Hevia redactó una proclama mucho más violenta y desaforada que la de Marchena, llena de innobles insultos contra Carlos IV y María Luisa y, lo que es peor, contra la desdichada y heroica María Antonieta, cuya cabeza iba á rodar pocos meses después en el patíbulo (1). Reconozcamos que Marche-

(1) Creemos oportuno reproducir, como muy característicos de la época, los principales párrafos de este bárbaro y grosero documento:

«Á LA NACIÓN ESPAÑOLA.

Españoles:

Amaneció por fin el suspirado día de la libertad de vuestra patria.....

Los franceses habían contraído una deuda inmensa con vosotros..... os habían impuesto á los principios del siglo el intolerable yugo de la dominación de la casa de Borbón.....

Los franceses también eran esclavos; también una corte corrompida, sentina de vicios y maldades, infestaba con sus ponzoñosas influencias las costumbres de la nación entera; también una *Antonia de Austria*, semejante á tu *Mesalina de Borbón*, exprimía la sangre del pueblo para saciar á otros *Godoyes* no menos avarientos ni menos indignos que ese vil privado que tú consientes ignominiosamente al frente de la nación, y que debieras, juntamente con su manceba, haber ya arrastrado al patíbulo.....

¡A cuánto no se han aumentado las contribuciones baxo los reynados de esta funesta familia, pues en sólo seis años que manejó Lerena el Erario, se doblaron casi los impuestos! Yo vi los funerales de ese ministro; yo vi su cadáver expuesto; yo vi atropellarse al pueblo por maldecir al que miraban como causador de la miseria universal.....

¿Quién os ha dicho que los franceses querían destruir vuestra antigua religión? ¡Ah! ¡cómo los tiranos se valen de los medios más engañosos para seduciros! Españoles: la religión de Jesús predica la igualdad, y vosotros sois esclavos.....

¡Oh! quan fácil cosa fuera demostrar que la religión de vuestros abominables inquisidores es el más horrible antichristianismo; que la conducta de los franceses no es otra que la moral apostólica.....—J. HEVIA.»  
—(Esp. 635, pieza 310).

na, aun en el mayor arrebató de sus pasiones, jamás descendió á estas abominables invectivas, y que mostró siempre cierta nobleza de alma, la cual parece incompatible con el medio en que vivía.

Por lo demás, Hevia abundaba en el sentir político de Marchena en lo que toca á la convocatoria de Cortes, como lo prueban ciertas *Reflexiones* que, apoyando las de su amigo, dirigió al ministro Le Brun (1).

«Francia, decía, no puede pensar en la reunión de España á la República francesa. El estado moral y físico de esta nación se opone fuertemente á esta reunión. Un buen tratado de comercio que asegure á Francia todas las ventajas que puede sacar de su situación respecto de España, será el bien más precioso que pueda obtener en esta guerra.....

»Sostengo que si no se convocan las Cortes, la nación española no tendrá ningún punto de reunión y será desgarrada por la más completa anarquía, ó se verá obligada á echarse en brazos de Francia.

»Esos señores del *Comité* de Bayona, que no quieren las Cortes, querrán sin duda ser considerados como representantes de la nación española. Pero si la nación no los quiere mirar como tales, ¿qué podrán hacer?.....

»Sin duda que hay que minar poco á poco la religión cristiana. La teocracia debe desaparecer de la superficie de la tierra, juntamente con la tiranía, á la cual sirve de apoyo. Pero no hemos de creer que en poco tiempo se logrará descuajar esta planta parásita. Díganme de buena fe si creen que *un pueblo que tiene la desdicha (!) de ser profundamente adicto á la religión cristiana*, puede ejercer la plenitud de su soberanía.....

»Aprovecho esta ocasión para ofrecer al ciudadano ministro el resultado de las conversaciones que yo y el ciudadano

---

(1) *Aff. Etr. Espagne*, vol. 634, pieza 165 (comunicación de Moret Fatio).



»Marchena hemos tenido sobre la organización del Co-  
»mité. Es indispensable que haya un punto de reunión; que  
»haya también un presidente, dotado de todas las cualidades  
»propias para tal empleo..... Los individuos de esta Junta  
»deben ocuparse en el estudio de la historia de España, y recor-  
»dar al pueblo español las épocas en que gozaba de cierta suma  
»de libertad..... Hay que poner mucho empeño en hacer abo-  
»rrrecible la casa de Borbón, y sobre todo en disminuir el in-  
»flujo de la clerigalla en el espíritu del pueblo.»

Otro de los más conspicuos individuos del grupo de Marchena era el ya citado don Vicente María Santibáñez, que acababa de llegar de España en Enero de 1793, y á quien en los términos más eficaces recomendaba el ciudadano Basterreche al ministro Le Brun, anunciándole de paso la próxima llegada de otro escritor español, todavía de más mérito; nada menos que de un *émulo de Cervantes*, á quien por tales señas nadie descubrirá fácilmente entre los ingenios de entonces.

«Hallegado aquí (decía el alcalde de Bayona en 20 de Enero)  
»un español recomendable por su talento y carácter; se llama  
»*Vicente María Santibáñez*: viene escapado como por milagro  
»de las persecuciones de la Inquisición y de la corte. Era pro-  
»fesor de elocuencia y de política en una Universidad, pero  
»hace algún tiempo se había establecido en Madrid, donde  
»cultivaba con éxito las bellas letras. Es hombre que ha fre-  
»cuentado la mejor sociedad, y que conoce á fondo toda la  
»máquina del gobierno español, y todavía mejor á los indi-  
»viduos que la dirigen. Nos podrá ser sumamente útil, por-  
»que tiene conocimientos, mucho ingenio, y se expresa con  
»elocuencia en castellano, y si es menester, en francés.....  
»Tengo motivos para creer que dentro de poco veremos lle-  
»gar también á uno de los primeros escritores de aquella  
»nación, á un émulo de Cervantes, si es que puede escapar  
»felizmente de las persecuciones que ya han comenzado con-  
»tra él.»

Las noticias que he podido adquirir de Santibáñez son muy

escasas. Debía de ser hombre de imaginación fantástica y exaltada. En sus mocedades cantaba *el amor libre*, tema de una oda ó silva, que dirigió en consulta á don Tomás de Iriarte, con una carta que parece escrita por un erotómano. Más adelante cambió de rumbo, y se dedicó á trabajos de más provecho para su reputación literaria. En la Universidad de Valencia, donde parece haber estudiado, y donde desempeñó alguna cátedra, leyó la oración latina inaugural del curso de 1774 (*Oratio de eloquentiæ laude et præstantia habita ad Senatam et Academiam Valentiam in studiorum instauratione*). En 1780 aparece en las Actas de la Real Academia de San Carlos, de aquella ciudad, leyendo un *romance heroico* en la distribución de premios generales, y en 1783 leyendo una silva. Son suyos, aunque no llevan su nombre, los prólogos y notas de las espléndidas ediciones de las «Crónicas de D. Juan II y de los Reyes Católicos,» publicadas por el impresor Benito Monfort en 1779 y 1780, verdaderos monumentos tipográficos, en que es lástima que la corrección del texto no corresponda siempre á la belleza y pulcritud de los tipos y de la estampación, que es de lo más bello que nunca se vió en España. En 1782, Santibáñez estaba ya de profesor en el Seminario de Vergara, y publicaba en Vitoria, bajo los auspicios de la Sociedad Vascongada, diversos elogios fúnebres de sus consocios: el de don Ambrosio de Meave, en 1782, el del marqués González Castejón, en 1784, el del conde de Peñafiorida (fundador de la Sociedad y del Seminario), en 1785. Tres años después le hallamos en Valladolid, donde publicó, traducida, una de las *Novelas morales* de Marmontel, *La mala madre*, con un prólogo muy curioso, en que se trata de la antigüedad, progresos y utilidad de este género de literatura (1780) (1). Pero mucho más celebridad que esta traducción tuvo otra, que no lleva su nombre, y que ha sido atribuida con error al abate Marchena,

---

(1) Vid. Sempere y Guarinos, *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, tomo V, pág. 150.

á pesar de que Quintana (1) señala con precisión su autor verdadero. Es la famosa *Heroida* de Heloísa á Abelardo, traducida libremente, y no del original inglés de Pope, sino de la paráfrasis ó imitación francesa de Colardeau. Santibáñez añadió otra *Heroida* original suya, de Abelardo á Heloisa, imitada de otras francesas de aquel tiempo, y también de Ovidio y otros antiguos; y con todo ello formó el tomito de las *Cartas de Abelardo y Heloísa*, que por la mezcla de sentimentalismo y voluptuosidad que en ellas rebosa, y por las declamatorias imprecaciones que contienen contra los votos monásticos y contra el celibato religioso, fueron puestas por la Inquisición en su Índice, sirviendo esto de incentivo, como de costumbre, para que fuesen más ávidamente leídas por la juventud de uno y otro sexo, en innumerables copias que corrieron manuscritas (2). El estilo poético de Santibáñez es desaliñado, y muchas veces prosaico, pero algunos pasajes no carecen de pasión, y en conjunto las dos epístolas se dejan leer sin hastío, dentro de su género ficticio y anticuado. En prosa escribía mejor, y no era de los más incorrectos y galicistas de su tiempo, á pesar de su intimidad con las ideas y los libros de Francia. Pero ni en prosa ni en verso pasó nunca de una razonable medianía.

Llegaba á Francia como un arbitrista político, cargado de Memorias y proyectos para hacer la felicidad de España. Uno de ellos se titula: *Reflexiones imparciales de un español á su nación, sobre el partido que debería tomar en las ocurrencias actuales*, y lleva la fecha de Marzo de 1793 (3). En ella Santibáñez, apartándose algo de las ideas de Marchena y sus ami-

---

(1) *Introducción á la poesía del siglo XVIII*, cap. IV. «Don Vicente »María Santibáñez, traductor de la *Heroida*, de Pope, con cuyo estilo y »carácter tenía el suyo tan poca analogía y semejanza.»

(2) La primera edición es de Salamanca, 1796, por Francisco de Toxar. El edicto que las prohíbe tiene la fecha de Abril de 1799.

(3) Vid. Morel-Fatio, *Revue Historique*, en el artículo ya citado.

gos, aboga, no por las antiguas Cortes, sino por un nuevo *Cuerpo político*, una *representación nacional*, á la moderna.

Estalló en tanto la guerra en el Pirineo Oriental, emprendiendo el general Ricardos su campaña de 1793, la más gloriosa para nuestras armas desde los días, ya lejanos, de Montemar y del Marqués de la Mina. Mientras que el inmortal caudillo aragonés se aprestaba á recoger los lauros inmarcesibles de Masdeu, de Truillas y del campamento atrincherado del Boulou, los malos españoles á quienes su impío fenatismo había arrastrado á Francia, se ponían al servicio de la República para iniciar en las filas de nuestro ejército la propaganda revolucionaria. Le Brun llamaba á París á Marchena y á Hevia para tratar de la organización definitiva de los comités de Bayona y Perpiñán, y Santibáñez admitía el encargo de poner en castellano la ley de 3 de Agosto de 1792, provocando á la deserción á los sargentos, cabos y soldados.

Pero todavía hubo quien fuese más lejos en estos crímenes de lesa nación. En las Memorias ya citadas del vasco francés Reynon, extractadas por el capitán Du Voisin, se leen los más curiosos detalles acerca de otro revolucionario español, que llevó su insano furor hasta el punto de tomar armas contra su patria. Permítase una leve digresión sobre este odioso personaje.

Llamábase D. Primo Feliciano Martínez de Ballesteros, y había nacido en Logroño por los años de 1745. Su familia era distinguida, su educación esmerada. Sabía bien el latín, y hablaba con mucha soltura el italiano y el francés. Era buen músico y tocaba con talento el piano y el órgano. A la edad de treinta años se estableció en Bayona, donde se ganaba la vida como intérprete y profesor de lenguas. Decíase que había sido novicio de los jesuitas, pero nunca pudo comprobarse. Hombre ingenioso y de ameno trato, ganó en breve tiempo muchos amigos, á quienes divertía con su gracia para contar anécdotas chistosas y felices ocurrencias, cuyo gusto sabía variar según la calidad de las gentes con quien trataba.

Escribiendo tenía menos donaire: publicó en castellano la famosa *Academia Asnal*, con caricaturas en madera: una de las más insulsas diatriabas entre las innumerables que se han escrito contra la Academia española desde que, en tiempos inmediatos á su fundación, Don Luis de Salazar y Castro rompió el fuego en la *Carta del maestro de niños* y en la *Jornada de los coches de Madrid á Alcalá*. De estas escaramuzas literarias pasó pronto á otras de peor calidad.

En la guerra de 1793, no contento con provocar á la desertión á los soldados españoles, intentó formar una legión de migueletes, que él se proponía mandar con título de coronel. Llegó á reunir unos 200 hombres, que se acuartelaron en el convento llamado de *Dames de la Foi*, en Bayona. Allí se encargó de educarlos en la doctrina revolucionaria, otro español refugiado, el exoficial de Marina Rubín de Célis (1), hombre instruído, pero fanatizado por las ideas *humanitarias* y filosóficas de la época. Célis daba conferencias á los desertores, y les explicaba el catecismo de los derechos del hombre. Pero esta

---

(1) No sé si será el mismo D. Manuel Rubín de Célis que en 1775 publicó traducida la obra de Saverien, *Historia de los progresos del entendimiento humano en las ciencias exactas y en las artes que dependen de ellas*. (Madrid, en la imprenta de Sancha).

Este Rubín de Célis era asturiano, natural de Lastres. Publicó, ya con su nombre y apellido más usuales, ya con los semi-seudónimos de *D. Santos Célis* y *D. Santos Manuel Pariente y Noriega*, varios libritos en prosa y verso, de diversas materias, todos de poco fuste, y en los cuales se acredita de incansable *grafómano*. El más conocido es un suplemento á *Los Eruditos á la violeta*, que suele acompañar á las ediciones de aquella graciosa sátira del coronel Cadalso. Los restantes son: *Égloga pastoril*, *Lamentos á la muerte de María Ladvenant, primera dama del teatro*. (Madrid 1765).—*Discursos políticos sobre los proverbios castellanos* (1767).—*Paralelo entre la juventud y la vejez* (1768).—*Carta histórico-médica sobre la inoculación de las viruelas* (1773).—*Oración fúnebre de Carlos Manuel, rey de Cerdeña* (traducida del francés, 1774).—*Tratado del cáñamo, escrito en francés por Mr. Marcandier* (traducido y adicionado, 1774).

instrucción teórica no bastaba para los designios de Ballesteros; y además, antes que aquella tropa estuviese en disposición de moverse estalló una sangrienta reyerta entre el cuerpo séptimo de voluntarios de Burdeos y los migueletes españoles, la mayor parte de los cuales determinaron volver á pasar la frontera y acogerse á indulto. Ballesteros no se desanimó por eso, y con foragidos y vagabundos de todos países formó una nueva legión, á la cual dió el nombre de *Cazadores de las montañas*. Con ellos entró en campaña, y no dieron mala cuenta de sí, pero agotados en breve tiempo los recursos del coronel, tuvo que poner su pequeña tropa á disposición del general La Bourdonnaye, que mandaba el ejército de los Pirineos occidentales. La Bourdonnaye le reconoció el grado de comandante de batallón, y le incorporó á su Estado Mayor en calidad de intérprete de lenguas extranjeras. Pero Ballesteros no conservó mucho tiempo su posición ni su grado, porque es bien sabido que los comisarios de la Convención hacían y deshacían diariamente generales y oficiales (1).

Quedó, pues, separado del servicio, y sólo mucho después remuneró el Gobierno de la República sus servicios con una módica pensión vitalicia de 800 francos, harto pequeña para quien se jactaba de que el Gobierno español había ofrecido cien mil reales por su cabeza. Aquí termina su papel político. En la venta de bienes nacionales había comprado á bajo precio la abadía de San Bernardo, cerca de Bayona. Allí estableció una fábrica de botellas, que fué destruída por un incendio. Entonces buscó nueva y menos lícita industria, aprovechando sus conocimientos químicos para falsificar el tabaco de España. Enriquecido por la falsificación y el contrabando, alcanzó la avanzadísima edad de noventa años, y murió en 1830, «muy

---

(1) Probablemente en este tiempo le dedicó Marchena un poema titulado *La Patria á Ballesteros*, del cual sólo quedan tres octavas, insertas en las *Lecciones de Filosofía moral y Elocuencia*.

llorado (según dice Reynon) por las muchachas del pueblo, muchas de las cuales conservaban prendas de su amor (1).»

Volvamos á Marchena y á su compañero Hevia, los cuales por este tiempo empezaban á caer de la gracia del ministro Le Brun. Había entrado éste al principio en sus planes, como lo prueba su correspondencia con el alcalde de Bayona. En 8 de Marzo le escribía:

«Persisto en creer que Bayona es el punto más conveniente »para reunir á los patriotas españoles, y para trabajar en la »regeneración de su país..... hasta que el comité revolucionario »empiece á funcionar lo antes posible, pero ajustando su conducta á principios de moderación y prudencia. Es evidente »que la lengua de los franceses regenerados y republicanos no »puede todavía ser la de los españoles. Estos tienen que irse »preparando gradualmente para digerir los alimentos sólidos »que les preparamos. Sobre todo, hay que respetar durante algún tiempo ciertas preocupaciones ultramontanas, que, á la »verdad, son incompatibles con la libertad, pero que están demasiado profundamente arraigadas en nuestros vecinos, para »que puedan ser destruídas de un golpe (2).»

En 26 de Marzo añadía:

«Ya os he hablado de la organización de dos comités, uno »en Bayona y otro en Perpiñán, y os he indicado los nombres »de muchos de los que deben ser sus miembros. Uno á esta »lista dos españoles que están aquí, Marchena y Hevia: partirán dentro de pocos días, y espero que quedaréis satisfecho »de su celo y de su talento (3).»

Pero los tiempos eran de recelo y desconfianza.

«El grupo francés (dice Morel-Fatio), quería á todo trance excluir de los comités á Marchena y á Hevia, cuyo conoci-

---

(1) Págs. 223 y 233 de las Memorias manuscritas, ya citadas, de que nos envió extracto nuestro amigo Mr. Wentworth Webster.

(2) *Aff. Et. Esp.* 635, pieza 219.

(3) *Aff. Et. Esp.* 635, pieza 291.

»miento de las cosas de España, así como la superioridad de su  
 »cultura, mortificaban á las medianías y á los ignorantes que,  
 »tanto en Bayona como en Perpiñán, pretendían tomar la di-  
 »rección de los negocios españoles.» Acordaron, pues, según  
 era costumbre entonces, denunciarlos como sospechosos de  
 traición é *incivismo*. El ciudadano Taschereau, antiguo agente  
 secreto en Madrid, encargado de espiar al embajador Bour-  
 going; y otro ciudadano, todavía más obscuro, llamado Car-  
 les, escriben á Le Brun, pintando á Marchena como «un jo-  
 »ven aturdido, que no tiene más que las apariencias de un hom-  
 »bre instruído, y que posee, en cambio, toda la presunción de  
 »un ignorante.

»Se le ha visto (dicen) vacilar muchas veces en sus princi-  
 »pios revolucionarios, entusiasmarse con los Bernardos (*Fewi-  
 »llants*, sociedad compuesta de moderados), declamar como un  
 »frenético contra la famosa jornada del 10 de Agosto (asalto de  
 »las Tullerías y caída de la monarquía); se le ha oído en Ba-  
 »yona decir á gritos: *España, ó la muerte*. ¿Es patriotismo  
 »este? Este hombre es sospechoso de todo punto, y muchas car-  
 »tas que ha escrito á Madrid pueden atestiguarlo. Además,  
 »fuera de algunos conocimientos en moral y política, Marche-  
 »na no sabe absolutamente nada, porque no ha meditado ni  
 »reflexionado sobre nada. El otro colaborador, llamado Hevia,  
 »está igualmente vacío que Marchena de buen sentido y de  
 »reflexión (1).»

Estas denuncias surtieron su efecto en el ánimo del minis-  
 tro, y cuando Marchena y Hevia estaban á punto de salir de  
 París, para trasladarse á Bayona, fueron arrestados por los co-  
 misarios de la sección de las cuatro Naciones, como *extranje-  
 ros y sospechosos*. Apenas se enteró de ello Brissot, amigo y  
 protector de Marchena, se apresuró á intervenir en su favor,

---

(1) La carta de Taschereau es de 28 de Marzo de 1793; la de Carles,  
 de 9 de Abril.



solicitando que inmediatamente fuesen puestos en libertad los dos emigrados españoles. Su carta á Le Brun es de 4 de Mayo, y dice así:

«Ciudadano ministro:

»Acabo de saber que Marchena ha sido arrestado y con él  
»Hevia. Parece increíble que se haya llegado á tales excesos  
»contra hombres á quienes el amor á la libertad ha traído á  
»Francia, y que tantas pruebas han dado de sus sentimientos  
»cívicos. No sé á qué atribuir el cambio de vuestras disposi-  
»ciones respecto á ellos, y por qué, después de haberlos nom-  
»brado para el comité revolucionario español, en que podían  
»ser tan útiles, habéis hecho borrar sus nombres sin motivo  
»alguno. Sea como quiera, hoy la desdicha pesa sobre ellos, y  
»el ministro de Negocios extranjeros es quien debe sacarlos  
»de tal situación. Podéis y debéis informar á la sección de todo  
»lo que sabéis sobre esos hombres, del empleo á que pensábais  
»destinarles; y, puesto que ya no pueden servir á la República  
»francesa por haber cambiado vuestra opinión en ese punto,  
»lo menos que podéis hacer es darles un pasaporte para que  
»salgan de Francia. Están proscritos en España como amigos  
»de la revolución francesa. ¿Los hemos de proscribir aquí co-  
»mo españoles? Cuando un extranjero no tiene embajador,  
»al ministro de Negocios extranjeros toca protegerle.....—  
»J. P. BRISOT.»

Esta carta no convenció á Le Brun, que sólo se prestó á intervenir en favor de Hevia, sin dignarse nombrar siquiera á su compañero. De todos modos, este primer encarcelamiento de Marchena no fué largo, ya porque se le pusiera en libertad, ya porque lograra evadirse. Y entonces la gratitud le unió más estrechamente que nunca con Brissot y los girondinos, cuyas vicisitudes, prisiones y destierros compartió con noble y estoica entereza.

No hay para qué repetir aquí lo que todo el mundo sabe y en cualquier historia de la Revolución francesa puede leerse. Proscritos los girondinos en 2 de Junio de 1793, declarados

traidores á la patria en 25 de Julio, encarcelados ú ocultos algunos de ellos, fueron los restantes á encender la guerra civil en los departamentos del Mediodía, del Centro y del Este. El principal foco de esta insurrección, que era federal en su tendencia, aunque no llevase tal nombre, fué Normandía, á donde se dirigieron la mayor parte de los representantes fugitivos de París, Buzot, Salle, Barbaroux, Larivière, Gorsas, Louvet, Guadet, Pétion y otros, hasta el número de veinte. Además de estos diputados bullían entre los caudillos de la insurrección, el periodista Girey Dupré, un joven literato llamado Riouffe, y *el español Marchena*, amigo de Brissot (1). Constituyóse en Caen una *Asamblea central de resistencia á la opresión*, y el general Félix Wimffen se puso al frente de las fuerzas destinadas á marchar sobre París. Pero fuese por la nulidad del general ó de los representantes, ó por la discordia de pareceres que entre ellos reinaba, aquella insurrección tuvo un resultado no sólo infeliz, sino ignominioso; y algunos cañonazos disparados en Vernon el 13 de Julio, bastaron para disiparla y reducir á la obediencia de la Convención toda la Normandía. Y entonces comienza la triste odisea de los girondinos, largamente relatada en las Memorias de Louvet y de Meillan.

Empezaron por buscar asilo en Bretaña, con esperanza de embarcarse allí para la Gironda, donde contaban con elementos para la lucha; después de increíbles penalidades, llegaron á Quimper, donde su amigo Duchâtel había fletado una barca para conducirlos á Burdeos. Pero esta barca estaba en mal estado, hubo que hacer grandes reparaciones en ella, y no pudo partir hasta el 21 de Agosto. En ella iban nueve viajeros: Cussy, Duchâtel, Bois-Guyon, Girey Dupré, Salle, Meillan, Bergoeing, Riouffe y *Marchena*.

---

(1) J. Guadet. *Les Girondins, leur vie privée, leur vie publique, leur proscription et leur mort* (París, 1889, pág. 357).

Véase también el excelente libro de Edmond Biré, *La Légende des Girondins* (París, 1896), aunque no nombra á Marchena.

La navegación fué feliz, y el 24, á prima noche, llegaron á la Gironda, delante del pico de Ambès. Bergoeing y Meillan, únicos que conocían el país, saltaron en tierra para informarse del estado de las cosas, y los demás se quedaron á bordo hasta que sus colegas les diesen aviso de desembarcar. A fines del mes de Septiembre llegó otro grupo de girondinos: Guadet, Pétion, Valady, Barbaroux, que venían en una embarcación procedente de Brest.

Terrible fué su desencanto al saber que el movimiento de Burdeos y Marsella había fracasado, lo mismo que el de Normandía y Bretaña. Y aquí dejaremos la palabra á un sobrino del girondino Guadet, que cuenta estos sucesos con más pormenores que los que se contienen en las historias generales, como que el autor consigna sus propias tradiciones de familia:

«Al saber tan tristes nuevas, los proscritos, reunidos en el Pico de Ambès, no pensaron más que en ponerse en salvo. Guadet dejó á sus amigos en una casa perteneciente á su suegro, y partió él mismo para su pueblo natal, St. Emilion, residencia de su familia y de la mayor parte de los amigos de su infancia. Allí esperaba encontrar protección y asilo para sus colegas, á quienes prometió enviar un emisario.

»Pero no faltó en el lugar de Ambès quien conociera á los diputados. El mismo Guadet, con su confianza ordinaria, como dice Louvet, había dado su nombre, y no era difícil adivinar quiénes podían ser los otros. Pensaron, pues, que la prudencia exigía que se mantuviesen cuidadosamente ocultos. Pero en vano, porque muy pronto fué conocido el punto en que estaban refugiados. Supieron que un ciudadano de aquellas cercanías, ardiente revolucionario, había hecho un viaje á Burdeos, y que había vuelto trayendo consigo gente desconocida, y que se notaban en la casa conciliábulo y movimiento. La inquietud de los diputados aumentaba. ¡Y Guadet no volvía, ni enviaba aviso alguno!

»Dispuestos á cualquier suceso, se prepararon para la defensa, hicieron barricadas, y se repartieron las armas de que

disponían: catorce pistolas, cinco sables y un fusil. Era de noche. Algunos se acostaron vestidos, otros hicieron centinela, pero nadie se presentó aquel día.

»A la noche siguiente llega un enviado de Guadet. Este no había podido encontrar más que una sola persona que se atreviese á recibir á dos de sus colegas, pero se ocupaba en buscar asilo para los demás.

»Con estas nuevas quedaron todos consternados. Entonces exclamó Barbaroux: «¿Quién de nosotros puede pensar en salvarse solamente á sí mismo, sin que le detenga el pensamiento de que mañana acaso no existirán los que va á dejar aquí? Por lo que á mí toca, no abandonaré nunca á los compañeros de mis trabajos y de mi gloria. ¿No hay asilo más que para dos? Pues quedémonos todos, y muramos juntos. Pero Guadet, si conociese nuestra posición, ¿no enviaría á buscar más que dos? ¿No conocería que lo más urgente es salir de aquí? Hay quien ofrece asilo para dos de nosotros. Pues bien, para cuatro ó cinco días, si es menester, ¿no hemos de caber seis en el lugar donde se espera á dos? Partamos todos.»

»Mientras así deliberaban, vino alguien á advertir que había mucho ruido en la posada inmediata. Acababan de llegar treinta oficiales, y se veían ya por aquellos contornos muchos destacamentos de la guardia nacional, y algunas brigadas de gendarmería. Con esto quedó cortada toda deliberación. Partieron en silencio, siguieron á su guía hacia la barca que les esperaba, y en esto les fué propicia la fortuna, porque apenas habían abandonado la casa cuando fué ya asaltada.

»Muy cerca de la villa de St. Emilion estaba la casa del padre de Guadet, separada de todas las demás habitaciones. Guadet (padre), un hijo suyo y una hermana, componían todo el personal de la casa. El padre de Guadet era un viejo de setenta años: su aspecto, sus modales, su lenguaje, anunciaban un hombre habituado á la autoridad: sus hijos tenían por él profundo respeto y sumisión absoluta.....

»A esta puerta vinieron á llamar el 27 de Septiembre los

fugitivos del Pico de Ambès. Fueron acogidos como hijos, como hermanos: encontraron afecto, de parte del viejo; tierno interés, de parte de sus hijos. Pero no podía haber seguridad para ellos en casa del representante Guadet: á mitad del día que siguió á su llegada, se les vino á decir que el comandante de la expedición del Pico de Ambès seguía sus huellas, que avanzaba al frente de cincuenta caballos, y que venía seguido por un batallón revolucionario. Era domingo. Para colmo de desdichas, un hombre que desde la mañana corría por aquellos alrededores para buscarles un retiro más seguro, volvió por la noche con la triste noticia de que nadie se atrevía á recibirlos. Guadet quedó confundido (dice Louvet); ¡qué dignos de lástima éramos; pero él todavía más que nosotros!

»¿Qué podían hacer ya? Separarse, puesto que yendo perseguidos tan de cerca, no convenía que marchasen juntos. Los proscriptos se separaron, dándose el último abrazo de despedida (1).»

Marchena y algún otro tuvieron la temeridad de meterse en la misma ciudad de Burdeos, y fueron, por tanto, de los primeros que cayeron en manos de sus enemigos. Sobre este interesantísimo período de la vida de nuestro autor derraman mucha luz las *Memorias* de su amigo y compañero de cautividad el marsellés Honorato Riouffe (2). De ellos resulta que Marchena fué preso en Burdeos el mismo día que Riouffe, es á saber, el 4 de Octubre de 1793, conducido con él á París, y encerrado en los calabozos de la Conserjería. Riouffe le llama á secas *el español*, pero Mr. Thiers nos descubre su nombre al

---

(1) J. Guadet: obra citada, págs. 376 380.

(2) Le llamo marsellés porque de Marsella eran sus padres, aunque él naciese casualmente en Roma. El título de su libro, muy utilizado por todos los historiadores de la época del Terror, es *Mémoires d'un détenu, pour servir à l'histoire de la tyrannie de Robespierre*. Se publicó por primera vez en la *Collection des Mémoires relatifs à la Revolution française*, de Berville y Barrière, que comprende más de sesenta volúmenes. Latour extracta del libro de Riouffe los párrafos relativos á Marchena.

contarnos la fuga de los girondinos por el Mediodía de Francia.

«Barbaroux, Pétion, Salle, Louvet, Meilhan, Guadet, Ker-  
 »velégan, Gorsas, Girey-Dupre, *Marchena, joven español que*  
 »*había venido á buscar la libertad en Francia*, Riouffe, joven  
 »que por entusiasmo se había unido á los girondinos, formaban  
 »este escuadrón de ilustres fugitivos, perseguidos como traido-  
 »res á la libertad (1).

Después de la prisión, Riouffe es más explícito:

«Me habían encarcelado (dice) juntamente con un español  
 »que había venido á Francia á buscar la libertad, bajo la ga-  
 »rantía de la fe nacional. Perseguido por la Inquisición reli-  
 »giosa de su país, había caído en Francia en manos de la in-  
 »quisición política de los comités revolucionarios. No he co-  
 »nocido un alma más entera ni más enérgicamente enamorada  
 »de la libertad, ni más digna de gozar de ella. Fué su destino  
 »ser perseguido por la causa de la república y amarla cada vez  
 »más. Contar mis desgracias es contar las suyas. Nuestra per-  
 »secución tenía las mismas causas, los mismos hierros nos ha-  
 »bían encadenado, en las mismas prisiones nos encerraron y  
 »un mismo golpe debía acabar con nuestras vidas.....»

El calabozo donde fueron encerrados Riouffe, Machena y otros girondinos, tenía sobre la puerta el número 13. Allí escribían, discutían, y se solazaban con farsas de pésimo gusto. Todos ellos eran ateos, *muy crudos, muy verdes*, y para inicua diversión suya vivía con ellos un pobre benedictino, santo y pacientísimo varón, á quien se complacían en atormentar de mil exquisitas maneras. Cuándo le robaban su breviario, cuándo le apagaban la luz, cuándo interrumpían sus devotas oraciones con el estribillo de alguna canción obscena. Todo lo llevaba con resignación el infeliz monje, ofreciendo á Dios aquellas tribulaciones, sin perder nunca la esperanza de convertir á alguno de aquellos desalmados. Ellos, para contestar

---

(1) *Historia de la Revolución francesa*, cap. XXIV.

á sus sermones y argumentos, imaginaron levantar altar contra altar, fundando un nuevo culto con himnos, fiestas y música. Al flamante é irrisorio dios le llamaron *Ibrascha*, y Riouffe redactó el símbolo de la nueva secta, muy parecido á lo que fué luego el credo de los *theophilántropos*. Y es lo más peregrino que el inventor llegó á tomarlo por lo serio, y todavía, cuando muchos años después redactaba sus Memorias, convertido ya en personaje grave y en funcionario del Imperio, no quiso privar á la posteridad del fruto de aquellas lucubraciones, y las insertó en toda su extensión, diciendo que «aquella religión (!) valía tanto como cualquiera otra, y que »sólo podría parecer pueril á espíritus superficiales.»

Las ceremonias del nuevo culto comenzaron con grande estrépito: entonaban á media noche un coro los adoradores de *Ibrascha*, y el pobre monje quería superar su voz cantando el *de profundis*; pero débil y achacoso él, fácilmente se sobreponía á sus cánticos el estruendo de aquella turba desaforada. A ratos quería derribar la puerta del improvisado santuario y ellos le vociferaban: «¡Sacrílego, espíritu fuerte, incrédulo!»

En medio de esta impía mascarada adoleció gravemente Marchena, tanto que en pocos días llegó á peligro de muerte. Apuraba el benedictino sus esfuerzos para convertirle, pero él, á todas sus cristianas exhortaciones, respondía con el grito de «¡Viva *Ibrascha!*»

Y, sin embargo, en la misma cárcel teatro de estas pesadísimas bromas con la eternidad y con la muerte, leía asiduamente Marchena la *Guía de pecadores* de Fr. Luis de Granada. ¿Era todo entusiasmo por la belleza literaria? ¿Era alguna reliquia del espíritu tradicional de la vieja España? Algo habría de todo, y quizá lo aclaren estas palabras del mismo Marchena al librero Faulí, en Valencia, el año 1813:

«¿Ve V. este volúmen que, por lo ajado, muestra haber »sido tan manoseado y leído como los breviarios viejos con »que rezan diariamente nuestros clérigos? Pues está así porque

»hace veinte años que le llevo conmigo, sin que se pase día en  
»que deje de leer en él alguna página. Él me acompañó en los  
»tiempos del terror en las cárceles de París; él me siguió en  
»mi precipitada fuga con los girondinos; él vino conmigo á  
»las orillas del Rhin, á las montañas de Suiza, á todas par-  
»tes. Me pasa con este libro una cosa que apenas sé explicar-  
»me. Ni lo puedo leer, ni puedo dejar de leerlo. No lo puedo  
»leer, porque convence mi entendimiento y mueve mi voluntad  
»de tal suerte que, mientras le estoy leyendo, me parece que  
»soy tan cristiano como V., y como las monjas, y como los  
»misioneros que van á morir por la fe católica en la China ó  
»en el Japón. No lo puedo dejar de leer, porque no conozco  
»en nuestro idioma libro más admirable.»

El hecho será todo lo extraño que se quiera, pero su explicación ha de buscarse en las eternas contradicciones y en los insondables abismos del alma humana, y no en el pueril recurso de decir que el abate Marchena gustaba sólo en Fr. Luis de la fuerza y armonía de la lengua. No cabe en lo humano encariñarse hasta tal punto con un escritor cuyas ideas totalmente se rechazan. No hay materia sin alma que la informe, ni nadie, á no estar loco, se enamora de palabras vacías, sin parar mientes en su contenido.

Pero tornemos á Marchena y á sus compañeros de prisión. Casi todos fueron subiendo en el transcurso de pocos meses al cadalso. Los veintiún diputados girondinos (Vergniaud, Gensonné, Brissot, Lassource, Lacaze, Fauchet, Fonfrède, Ducos.....) en 31 de Octubre; Mad. Roland, la ninfa Egeria, la gran sacerdotisa de la Gironda, en 9 de Noviembre; el ministro Le Brun en 27 de Diciembre, y antes y después otros más oscuros, sin contar con los que perecieron en provincias, como Salle, Guadet y Barbaroux, ejecutados en Burdeos, y los que, como Roland, Condorcet y otros muchos, apelaron al suicidio por medio del puñal ó del veneno.

Marchena fué de los pocos que salieron incólumes de aquella general proscripción, ya por su calidad de extranjero, ya



por ser figura de segundo orden en su partido, á pesar de la notoriedad que tenía como periodista y orador de club. Pero lo cierto es que, sintiéndose ofendido por la preterición, había escrito á Robespierre aquellas extraordinarias provocaciones, algo teatrales á la verdad, aunque el valor moral del autor las explique y defienda. «Tirano, me has olvidado.» «Ó mátame, »ó dame de comer, tirano.» Hay en todos estos apotegmas y frases sentenciosas del tiempo de la Revolución, algo de *laco-**nismo* y de estoicismo de colegio, un infantil empeño de remedar á Leónidas y al rey Agis, á Tasíbulo, á Timoleón y á Tráseas, que echa á perder todo el efecto, hasta en las situaciones más solemnes. Yo no llamaré, como Latour y otros, sublimes insolencias á las de Marchena, porque toda afectación, aun la de valor, me parece mala y viciosa. La muerte se afronta y se sufre honradamente cuando viene: no se provoca con carteles de desafío, ni con botaratadas de estudiante. Ni murieron así los grandes antiguos, aunque mueran así los antiguos de teatro.

Pero los tiempos eran de retórica, y á Robespierre le encantó la audacia de Marchena. Es más: quiso atraérsele y comprar su pluma, á lo cual Marchena se negó con digna altivez, continuando en la Conserjería, siempre bajo el amago de la cuchilla revolucionaria, hasta que vino á restituirle la libertad, la caída y muerte de Robespierre en 9 de Thermidor (27 de Julio de 1794).

La fortuna pareció sonreírle entonces. Le dieron un puesto, aunque subalterno, en el *Comité de Salvación Pública*, y empezó á redactar con Poulthier un nuevo periódico: *El Amigo de las Leyes*. Pero los thermidorianos vencedores se dividieron al poco tiempo; y Marchena, cuyo perpetuo destino fué afiliarse á toda causa perdida, se declaró furibundo enemigo de Tallien, Legendre y Fréron; escribió contra ellos venenosos folletos; perdió su empleo; se vió otra vez perseguido y obligado á ocultarse; sentó, como en sus mocedades, plaza de conspirador, y fué denunciado y proscrito en 1795, como uno de

los agitadores de las secciones del pueblo de París en la jornada de 5 de Octubre contra la Convención (1).

Pasó aquella borrasca, pero no se aquietó el ánimo de Marchena; al contrario, en 1797 le vemos haciendo crudísima oposición al Directorio, que para deshacerse de él no halló medio mejor que aplicarle la ley de 21 de Floreal contra los extranjeros sospechosos, y arrojarle del territorio de la República. Conducido por gente armada hasta la frontera de Suiza, fué su primer pensamiento refugiarse en la casa de campo que tenía en Coppet su antigua amiga Mad. [de Staël, cuyos salones había frecuentado él en París. Pero la futura *Corina* no quería comprometerse con el Directorio, y además no gustaba de la insufrible mordacidad y del cinismo nada culto de Marchena, á quien Chateaubriand (que le conoció en aquella casa), define en sus *Memorias de ultratumba* con dos rasgos indelebles: *Sabio inmundo y aborto lleno de talento*. Lo cierto es que la castellana de Coppet dió hospitalidad á Marchena, pero con escasas muestras de cordialidad, y que á los pocos días riñeron del todo, vengándose Marchena de Mad. de Staël con espantosas murmuraciones.

Decidido á volver á Francia, entabló reclamación ante el Consejo de los Quinientos para que se le reconocieran los derechos de ciudadano francés; y mudándose los tiempos, según la vertiginosa rapidez que entonces llevaban las cosas, logró, no solo lo que pedía, sino un nombramiento de oficial de Estado Mayor en el ejército del Rhin, que mandaba entonces el general Moreau, célebre por su valor y por sus rigores disciplinarios.

Agregado Marchena á la oficina de Contribuciones del Ejército en 1801, mostró desde luego aventajadas dotes de administrador militar, laborioso é íntegro; porque su entendi-

(1) De todo esto hay datos en la *Biographie Universelle*, de Michaud, y en la ya citada nota de D. Sebastián Miñano á su traducción de la *Historia de la Revolución francesa*, de Thiers).

miento rápido y flexible le daba recursos y habilidad para todo. Quiso Moreau en una ocasión tener la estadística de una región no muy conocida de Alemania; y Marchena aprendió en poco tiempo el alemán, leyó cuanto se había escrito sobre aquella comarca, y redactó la estadística que el general pedía, con el mismo aplomo que hubiera podido hacerlo un geógrafo del país.

Pero no bastaban la topografía ni la geodesia para llenar aquel espíritu ansioso, ávido de novedades y esencialmente literario; por eso en los cuarteles de invierno del Ejército del Rhin, volvía, sin querer, los ojos á aquellos dulces estudios clásicos, que habian sido encanto de los alegres días de su juventud en Sevilla. Entonces forjó su breve fragmento de Petronio, fraude ingenioso, y cuya fama dura aún entre muchos que jamás le han visto. Los biógrafos han tenido muy obscuras é inexactas noticias de él. Unos han supuesto que estaba en verso; otros han referido la sospechosa anécdota de que habiendo compuesto Marchena una canción harto libre en lengua francesa, y reprendiéndole por ella su general Moreau, se disculpó con decir que no había hecho más que poner en francés un fragmento inédito del *Satyricon* de Petronio, cuyo texto latino inventó aquella misma noche, y se le presentó al día siguiente, cayendo todos en el lazo.

Pero todo esto es inexacto, y hasta imposible, porque el fragmento no está en verso, ni ha podido ser nunca materia de una canción, sino que es un trozo narrativo, compuesto *ad hoc* para llenar una de las lagunas del *Satyricon*, de tal suerte, que apenas se comprendería si le desligásemos del cuadro de la novela en que entra. Sabido es que esta singular novela de Petronio, *auctor purissimæ impuritatis*, monumento precioso para la historia de las costumbres del primer siglo del Imperio, ha llegado á nosotros en un estado deplorable, lleno de vacíos y truncamientos, donde quizá haya desaparecido lo más precioso, aunque haya quedado lo más obscuro. El deseo de completar tan curiosa leyenda ha provocado supercherías y

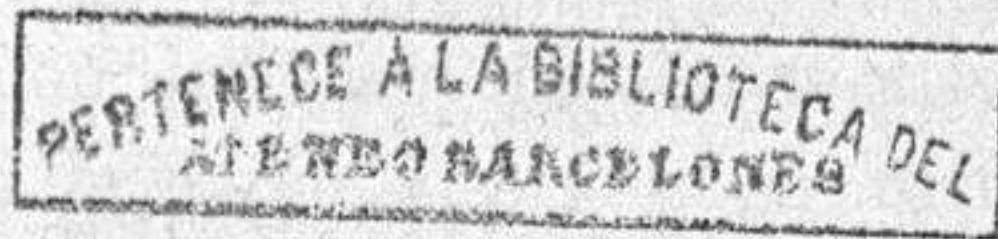
también errores de todo género, entre ellos aquel que con tanta gracia refiere Voltaire en su *Diccionario Filosófico*. Leyó un humanista alemán en un libro de otro italiano no menos sabio: *Habemus hic Petronium integrum, quem sæpe meis oculis vidi, non sine admiratione*. El alemán no entendió sino ponerse inmediatamente en camino para Bolonia, donde se decía que estaba el Petronio entero. ¡Cuál no sería su asombro cuando le mostraron en la iglesia mayor el cuerpo íntegro de San Petronio, patrono de aquella religiosa ciudad!

Lo cierto es que la bibliografía de Petronio es una serie de *fraudes honestos*. Cuando en 1662 apareció en Trau de Dalmacia el insigne fragmento de la *Cena de Trimalchion*, que era el más extenso de la obra, y casi duplicaba su volumen, no faltó un falsario, llamado Nodot, que, aprovechándose del ruido que había hecho en toda la Europa literaria aquel hallazgo, fingiese haber descubierto en Belgrado (*Albagræca*) el año 1688 un nuevo ejemplar de Petronio, en que todas las lagunas estaban colmadas. Á nadie engañó tan mal hilada invención, porque los supuestos fragmentos de Nodot están en muy mal latín, y abundan en groseros galicismos, como lo pusieron de manifiesto Leibnitz, Crammer, Perizonio, Ricardo Bertley y otros cultivadores de la antigüedad. Pero como quiera que los suplementos de Nodot, á falta de otro mérito, tienen el de dar claridad y orden al mutilado relato de Petronio, siguen admitiéndose tradicionalmente en las mejores ediciones.

Marchena fué más afortunado, por lo mismo que su fragmento es muy corto, y que puso en él los cinco sentidos, bebiendo los alientos al autor, con aquella pasmosa facilidad que él tenía para remedar estilos ajenos. Toda la malicia discreta, y la elegancia un poco relamida de Petronio, atildadísimo cuentista de decadencia, han pasado á este trozo, que debe incorporarse en la descripción de la monstruosa zambra nocturna de que son actores Giton, Quartilla, Pannychis y Embasitetas. Claro que un trozo de esta especie, en que el autor no ha emulado solo la pura latinidad de Petronio, sino también su

desvergüenza inaudita, no puede trasladarse en una *Revista* destinada á correr en todas las manos: con todo eso, y á título de curiosidad filológica, pongo en nota algunas líneas, que no ofrecen peligro, y que bastan á dar idea de la manera del abate andaluz en este notable ensayo (1):

El éxito de esta *facecia* fué completísimo. Marchena la pu-



(1) *Fragmentum Petronii, ex bibliothecæ S. Galli antiquissimo ms. excerptum, nunc primum in lucem editum, gallice vertit ac notis perpetuis illustravit Lallemandus, Sacræ Theologiæ doctor.* (Toda esta portada es burlesca, como se ve: la edición se hizo en Basilea, en 1802; es hoy rarísima, y apenas hay biblioteca pública que la posea). Ha sido reimpressa el año 1865 en Bruselas, con la falsa data de Soleure, precedida de una introducción biográfica, escrita por *el bibliófilo Jacob* (Paul Lacroix). La tirada fué cortísima, y sólo para aficionados (112 ejemplares numerados, y 20 más en papel superior.) Es un cuadernito de VIII páginas preliminares, y 53 de texto.

El fragmento sin las notas, puede leerse en uno de los apéndices del *Catulo* de Noel (año XI, 1803, pág. 344), y, traducido al francés, figura también en el *Petronio* de la colección Nisard, donde es lástima que falte el texto latino. Véase alguna muestra de él.

*Hæc dum fiunt, ingenti sono fores repente perstrepunt, omnibusque, quid tam inopinus sonitus esset mirantibus, militem, ex excubiis nocturnis unum, districto gladio, adolescentulorumque turba stipatum conspiciamus. Trucibus ille oculis ac Thrasonico gestu omnia circumspiciebat: tandem Quartillam intuens: ¿Quid est (inquit) mulier impudentissima? ¿Falsis me pollicitationibus ludis, nocteque promissa fraudas? At non impune feres, tuque amatorque iste tuus me esse hominem intelligetis... tum vero anus illa ipsa, quæ dudum me domicilium quærentem luserat, velut e cælo demissa, miseræ Pannychidi auxilio fuit. Magnis illa clamoribus domum intrat, vicum pererrare prædones autumat; frustra cives Quiritium fidem implorare, nec vigillum excubias, aut somno sopitas, aut comensationibus intentas præsto esse. Hic miles graviter conmotus præcipitanter se ex Quartillæ domo abduxit, eum insecuti comites, Pannychida impendente periculo, nos omnes metu, liberarunt.*

Siento no poder copiar lo más característico del relato. Noel (que como queda dicho, le copia entero y le elogia mucho) llama á Marchena *español notable por la prodigiosa variedad de sus conocimientos.*

blicó con una dedicatoria jocosa al ejército del Rhin (1) y con seis largas notas de erudición picaresca, que exceden, lo mismo que el texto, los límites de todo razonable desenfado, por lo cual no nos hemos atrevido á incluirlas en la colección de los escritos sueltos de Marchena. Estas notas son mucho más largas que el texto que comentan, al modo que lo vemos en el *Chef d'oeuvre d'un inconnu*, y en otros pasatiempos semejantes, cuyos autores han querido satirizar la indigesta erudición con que suelen abrumar los comentadores el texto que interpretan.

A pesar del tono de broma de las notas y del preámbulo, la falsificación logró su efecto. Un profesor alemán *demostró* en la *Gaceta Literaria Universal* de Jena la autenticidad de

---

(1) En esta dedicatoria daba cuenta de su hallazgo en los términos siguientes:

«Las conquistas de los franceses han contribuído mucho, durante estas últimas guerras, al progreso de las ciencias y de las letras. El Egipto nos ha revelado monumentos de sus primeros habitantes, que la ignorancia y la superstición de los coptos y de los musulmanes ocultaban á las naciones ilustradas. Las bibliotecas de los conventos de los diferentes países conquistados han sido exploradas por los sabios, y de este modo han visto la luz manuscritos preciosos.

»No es la menos interesante de estas adquisiciones el fragmento de Petronio, que ofrecemos al público, sacado de un antiguo manuscrito, que la bravura invencible de los soldados conquistadores de S. Gall nos ha permitido examinar. Hemos hecho este importante descubrimiento leyendo un pergamino que contiene la obra de San Gennadio sobre los deberes de los presbíteros. Este códice, por la forma de sus caracteres, nos parece datar del siglo XI. Un examen más atento nos ha hecho ver que la obra del Santo estaba escrita en hojas que contenían ya otra escritura, la cual se había intentado borrar. Se sabe que en estos siglos de ignorancia era frecuente escribir los libros eclesiásticos sobre códices que contenían las obras de los autores de la mejor latinidad. A fuerza de trabajo hemos llegado á descifrar el trozo que damos al público, y cuya autenticidad nadie puede poner en duda..... El estilo del latín tiene tan impreso el sello original de Petronio, que es imposible creer apócrifo este fragmento.»

aquel fragmento; el Gobierno de la Confederación Helvética mandó practicar investigaciones oficiales en busca del código del monasterio de S. Gall, donde Marchena declaraba haber hecho su descubrimiento. ¡Cuál sería la sorpresa y el desencanto de todos, cuando Marchena declaró en los papeles periódicos ser el único autor de aquel bromazo literario! Y cuentan que hubo sabio del Norte que ni aun así quiso desengañarse.

En las notas quiso alardear Marchena de poeta francés, así como en el texto se había mostrado ingenioso poeta latino. Su traducción de la famosa oda ó fragmento segundo de Safo, tan mal traducida y tan desfigurada por Boileau, no es ciertamente un modelo de gusto, y adolece de la palabrería á que parece que inevitablemente arrastran los alejandrinos franceses; pero tiene frases ardorosas y enérgicas que se acercan al original griego (ó á lo menos á la traducción de Catulo) más que la tibia elegancia de Boileau, de Philips ó de Luzan.

A peine je te vois, à peine je t'entends,

.....

Immoble, sans voix, accablée de langueur

D' un tintement soudain mon oreille est frappée,

Et d' un nuage obscur ma vue enveloppée:

Un feu vif et subtil se glisse dans mon cœur.

El *tintinnant aures* nunca se ha traducido mejor (1).

Animado Marchena con el buen éxito de sus embustes, qui-

---

(1) A propósito de la segunda oda de Safo (de que hay en castellano seis ó siete traducciones, entre ellas una mía), recordaré que nuestro ilustre comentador de Catulo, Aquiles Estazo (*Statius*) completó la versión latina del poeta veronés con la siguiente estrofa, no digna ciertamente de caer en olvido:

Sudor it late gelidus trementi  
 Artubus totis, violamque vincit  
 Insidens pallor, moriens nec auras  
 Ducere possum.

so repetirlos, pero esta vez con menos fortuna, por aquello de *non bis in idem*. Escribió, pues, cuarenta exámetros á nombre de Catulo, y como si fueran un trozo perdido del canto de las Parcas en el bellísimo *Epitalamio de Tétis y Peleo*, y los publicó en París el año de 1806, con un prefacio de burlas en que zahería poco caritativamente la pasada inocencia de los sesudos filólogos alemanes.

«Si yo hubiera estudiado latinidad, decía, en el mismo colegio que el célebre doctor en teología Lallemand, editor de un fragmento de Petronio, cuya autenticidad fué demostrada en la *Gaceta* de Jena, yo probaría, comparando este trozo con todo lo demás que nos queda de Catulo, que no podía menos de ser suyo; pero confieso mi incapacidad y dejo este cuidado á plumas más doctas que la mía» (1).

Pero esta vez el supuesto *papiro herculanense* no engañó á nadie, ni quizá Marchena se había propuesto engañar. La insolencia del prefacio era demasiado clara: los versos estaban llenos de alusiones á la revolución francesa y á los triunfos de Napoleón, y además se le habían escapado al hábil latinista algunos descuidos de prosodia y ciertos arcaísmos afectados, que Eichstaedt, profesor de Jena, notó burlescamente como variantes.

El aliento lírico del supuesto fragmento de Catulo, es muy superior al que en todos sus versos castellanos mostró Marchena. ¡Fenómeno singular! Así él, como su contemporáneo Sán-

---

(1) *Catulli fragmentum. Paris, 1806. Firminus Didot* (No hay más portada que esta). Le reimprimió Federico Schoell en su *Répertoire de littérature ancienne* (París, 1808, págs. 184-188), con las correcciones de Eichstaedt, publicadas en un programa de la Universidad de Jena el 7 de Agosto de 1807, con ocasión del nombramiento de nuevo rector.

Eichstaedt dice de Marchena: *Josephus Marchena, natione Hispanus, inter Franco-Gallos bellica virtute non minus quam scientia clarus, ceterum, ut Catullino quodam præconio omnia complectamur, homo venustus, dicax et urbanus.*



chez Barbero, con quien no deja de tener algunas analogías, eran mucho más poetas usando la lengua sabia que la lengua propia. Véase una muestra de esta segunda falsificación:

Virtutem herois non finiet Hellespontus:

Victor lustrabit mundum, qua maxumus arva  
Æthiopum ditat Nilus, qua frigidus Ister  
Germanum campos ambit, qua Thybridis unda  
Læta fluentisona gaudet Saturnia tellus.  
Currite, ducentes subtemina, currite, fusi.

Hunc durus Scythæ, Germanus Dacusque pavebunt:

Nam flammæ similis, quom ardentia fulmina cœlo  
Juppiter iratus contorsit turbine mista,  
Si incidit in paleasque leves, stipulasque sonantes,  
Tunc Eurus rapidus miscens incendia victor  
Sævitur, et exultans arva et silvas populatur:  
Hostes hand aliter prosternans alter Achilles,  
Corporum acervis ad mare iter fluviis præcludet.  
Currite, ducentes subtemina, currite, fusi.

At non sævus erit, cum jam victoria læta

Lauro per populos spectandum ducat ovantem,  
Vincere non tantum norit, sed parcere victis.....

No para hacer alarde de malos versos, sino para facilitar la inteligencia del fragmento poético de Marchena á los que no puedan leerle en su original, me atrevo á insertar aquí la traducción ó paráfrasis que hice veinte años há, prescindiendo de los versos añadidos por Eichstaedt, y limitándome á los de nuestro abate, el cual los enlaza con el elogio profético de Aquiles que hay en el canto de las Parcas:

Mas ya traerán los siglos un héroe más excelso

Invicto en las batallas más que ningún mortal:

Será de estirpe Eácida, que sólo el fuerte Aquiles

A tal varón pudiera noble prosapia dar:

Le admirarán los siglos, y en tanto nuestros dedos

De las humanas gentes los hados urdirán.

Cruzando los estambres, corred, husos lijeros,

Del porvenir las telas fatídicos hilad.

Y no en el Helesponto se encerrará su gloria,

E. M.—*Diciembre* 1896.

Antes el orbe todo triunfante correrá;  
 Los campos de Germania, que corta el Istro helado,  
 Los que el etiope Nilo fecundizando va,  
 La tierra de Saturno, de mieses abundosa,  
 Do lame el rojo Tíber de Remo la ciudad.  
 Cruzando los estambres, etc.

De su valor ingente se asombrará el germano,  
 Y el dacio y el scita guerrero temblarán,  
 Pues como la centella que Jove airado lanza  
 Entre fragor de truenos y recia tempestad,  
 Si prende en seca paja ó en resonante espiga,  
 Por campos y montañas extiéndese voraz,  
 Así él con muertos cuerpos atajará los ríos  
 Cuando soberbios corran á sumergirse al mar.  
 Cruzando los estambres, etc.

Mas cuando la victoria su frente coronare,  
 ¡Que brille la clemencia en su gloriosa faz!  
 Triunfando y perdonando someta á los vencidos,  
 Y su triunfal carroza cien pueblos seguirán.  
 Cruzando los estambres, etc.

Estos serán los juegos en que el invicto Aquiles  
 Los años ejercite de su primera edad;  
 Y cuando rinda el hierro cansado el enemigo,  
 Y al orbe retornare la fugitiva paz,  
 El hórrido caudillo, las armas ya depuestas,  
 En senectud gloriosa su pueblo regirá,  
 Y al pueblo y al monarca los dioses sus mercedes  
 Como en el siglo de oro, sin tasa otorgarán.  
 Cruzando los estambres, etc.

Nunca el furor impío, su veste desgarrando,  
 En intestinas lides el pueblo abrasará,  
 Ni hermanos contra hermanos, ni padres contra hijos  
 En propia sangre el brazo feroces teñirán.  
 Cruzando los estambres, etc.

Desde la santa era de Deucalión y Pirra  
 Ninguna más dichosa que esta futura edad.  
 Cruzando los estambres, etc.

Además de estos trabajos publicó Marchena en Francia muchos opúsculos políticos y religiosos (ó más bien irreligiosos), de que he logrado escasa noticia, y también algunas tra-

ducciones; todo ello en lengua francesa. Entre los escritos originales figuran un *Ensayo de teología*, que fué refutado por el doctor Heckel en la cuestión de los clérigos juramentados; unas *Reflexiones sobre los fugitivos franceses*, escritas en 1795, y *El Espectador francés*, periódico de literatura y costumbres, que empezó á publicar en 1796, en colaboración con Valmottle, y que no pasó del primer tomo, reducido á pocos números (1). En los *Anales de viajes* insertó una descripción de las provincias Vascongadas.

Del inglés tradujo en 1802 la *Ojeada* del doctor Clarke sobre la fuerza, opulencia y población de la Gran Bretaña, añadiendo por apéndice la importante correspondencia inédita de David Hume y el doctor Tucker. Y del italiano una obra muy extensa y fundamental que hizo época en los estudios orientales: el *Viaje á la India*, del carmelita descalzo fray Paulino de San Bartolomé, misionero apostólico en la costa de Malabar, y uno de los que revelaron á Europa la existencia y los misterios de la lengua sanscrita y de las religiones del extremo Oriente. El libro original se había publicado en Roma en 1796, dedicado al Papa Pío VI. La traducción de Marchena, emprendida por encargo del librero Levrault, mereció la honra de ser escrupulosamente revisada en sus dos primeros volúmenes por el sabio Anquetil du Perron; y habiendo fallecido éste en 1805, su amigo y executor testamentario, el célebre arabista Silvestre de Sacy, se encargó de dirigir la impresión del tercer volumen y del *Atlas* que sirve de complemento á esta publicación. Las notas de Historia Natural son las mismas que acompañan á la traducción alemana de J. R. Forster, profesor de Mineralogía en Halle (1798); y al fin del tercer volumen se encuentra una Memoria original de Anquetil du

---

(1) *Essai sur la Théologie*, París, 1797. — (*Heckel à Marchena sur les prêtres asermentés.*) — *Quelques reflexions sur les fugitifs français*, 1795. — *Le Spectateur français*. Año V, 1796, 12.º

Perron sobre la propiedad individual y territorial en la India y en Egipto, leída en varias sesiones al Instituto de Francia. Con todo este aparato de erudición oriental se presentó al público la traducción de la obra del P. Paulino, que era quizá la principal que hasta entonces se había escrito sobre la India, y puede competir con los mejores viajes del siglo pasado, por ejemplo, con el de Volney á Siria y Egipto (1).

Como se ve por estos últimos escritos, la actividad de Marchena parecía dirigirse entonces á los libros de viajes y de geografía, alimento muy adecuado para su índole movediza y aventurera. Pero el círculo de sus estudios era tan vasto, que simultáneamente le vemos ocupado en una tarea de historia jurídica, que por cierto nadie esperaría de él, y que prueba su sagaz instinto hasta en un género de erudición que apenas había saludado. En 1798, hallándose en París con pocos recursos, solicitó del rey de España una pensión para dedicarse á investigaciones útiles sobre nuestra historia, en la Biblioteca Nacional de la República.

«Entre los manuscritos que hay en ella (decía), citaré algunas de las leyes de los visigodos, inéditas y absolutamente desconocidas hasta ahora, que se leen en un código del siglo VII, donde están las obras de San Jerónimo y Gennadio, *De viris illustribus*. Estas leyes se hallan esparcidas en quince ó veinte páginas, desde la 71 hasta la 144; y aunque se han raspado, y sobre el mismo pergamino se han escrito los dos Tratados citados, sin embargo, muchas de estas leyes son aun legibles y preciosísimas por su antigüedad, que sube

---

(1) *Coup-d'œil sur la force, l'opulence et la population de la Grande Bretagne, par le docteur Clarke* (Paris, 1802, 8.º)

—*Voyage aux Indes Orientales, par le P. Paulin de S. Barthélemy, missionnaire, traduit de l'italien par M... , avec les observations de messieurs Anquetil du Perron, J. R. Forster et Silvestre de Sacy. Paris, chez Turneisin fils, libraire, 1808. 3 ts. 4.º, y uno de Atlas en tamaño algo mayor.*

»hasta el siglo VI, y por ser las fuentes de nuestra legislación.  
»Muchos de estos códigos ilustran igualmente puntos muy  
»esenciales de nuestra historia civil y eclesiástica y de nuestra  
»cronología, especialmente desde Fernando I hasta los Reyes  
»Católicos. Estos materiales son indispensables para saber á  
»fondo nuestra historia. Como el que representa se haya ocu-  
»pado con fervor en este género de investigaciones y desee  
»continuarlas, haciendo útiles para la nación española sus tra-  
»bajos literarios, y como para ello le fuera necesario abando-  
»nar cualquiera otra ocupación, solicita sobre los gastos extra-  
»ordinarios de esta Embajada la pensión que fuere del agrado  
»de S. M. concederle.»

El ministro Saavedra pidió informe sobre esta petición de Marchena á nuestro embajador en París, D. José Nicolás de Azara, persona (como es sabido) de grande ilustración y cultura, pero que, por haber trocado en odio su antigua afición á los principios de la revolución francesa, no podía mirar con buenos ojos á los que en ella habían tomado tan activa parte. Contestó, pues, al ministro que Marchena era una cabeza destornillada, alegando, en prueba de ello, que había compuesto y publicado un libro en defensa del ateísmo, que probablemente sería el *Ensayo de teología*, impreso el año anterior.

Con tales informes, es claro que no había de prosperar la pretensión de Marchena; y fué lástima, porque en vez de continuar perdiendo el tiempo en tales *teologías espinosistas* y en otras lucubraciones más ó menos perjudiciales para su buen nombre, hubiera arrebatado á Knust la honra de copiar el primero los fragmentos de la ley primitiva de los visigodos, que aquél no leyó hasta 1828, y á Bluhme la de publicarlos con casi medio siglo de antelación, puesto que la edición de éste, única que tenemos hasta ahora, no apareció hasta 1847 (1).

---

(1) *Die Westgothische Antiqua oder das Gesetzbuch Reccareds des ersten*. Halle, 1847. Posteriormente, el profesor de Bolonia Augusto Gaudenzi ha descubierto en Inglaterra nuevos capítulos de esta ú otra compilación primitiva de Derecho visigótico.

El haber fijado su atención en el palimpsesto de París y haber comprendido toda su importancia en 1798, es, sin duda, uno de los rasgos que más evidencian el claro entendimiento de Marchena, siempre que su monomanía enciclopedista no le perturbaba el juicio (1).

Después del proceso y destierro del general Moreau, en 1804, Marchena, que hasta entonces había sido secretario suyo y satélite de su política, se hizo bonapartista y fogoso partidario del Imperio, en el cual veía lógicamente la última etapa de la revolución, y primera de lo que él llamaba *libertad de los pueblos*; es decir, el entronizamiento de las ideas de Voltaire, difundidas por la poderosa voz de los cañones del César corso. No entendía de otra libertad ni de otro patriotismo Marchena, aunque entonces pasase por moderado y estuvieran ya lejanos aquellos días de la Convención, en que osó escribir sobre la puerta de su casa: *Ici l'on enseigne l'athéisme par principes*.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

(Se concluirá.)

---

(1) Consta la curiosa noticia que acabamos de exponer en el tomo II de la *Historia de Carlos IV*, del abate Muriel, recientemente dada á luz por la Academia de la Historia (*Memorial Histórico Español*, tomo XXX, páginas 199-200).

# NOTICIAS CURIOSAS,

## PARTICULARIDADES

### Y ANÉCDOTAS RELATIVAS Á CERVANTES Y AL QUIJOTE.

---

- I. Dos anécdotas históricas de la vida de Cervantes.—II. Otra menos comprobada.—III. El autor del *Quijote*, macero en Nápoles en 1572.—IV. Recuerdos de la celebridad de *El Ingenioso Hidalgo*.—Obsequio á Lord Wellington.—Observación de Mr. Paul Laffite.—V. ¿En qué día nació Miguel de Cervantes?—VI. *La Galatea y las Ninfas y Pastores de Henares*.—VII. Gonzalo Cervantes Saavedra.

#### I

**M**uy poco tiempo después de haber salido al público, estampada por el conocido impresor Juan de la Cuesta, la *Primera parte de El Ingenioso Hidalgo*, era ya grande su celebridad y bien conocido su mérito. Justifican lo primero seis ediciones, cuando menos, hechas en España en el mismo año 1605; la de Bruselas, 1607; la de Madrid, 1608, y las de Milán, 1610, y Bruselas, 1611, pues todas ellas demuestran que se habían agotado las anteriores, y por eso son hoy tan extremadamente raras. Y esto cuando aún no había salido á luz más que una parte de la historia del héroe, por donde se viene á entender cuán bien informado estaba Cervantes al escribir en el capítulo tercero de la *Segunda parte*: «tengo

«para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil  
»libros de la tal historia; si no díganlo Portugal, Barcelona y  
»Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está  
»imprimiendo en Amberes.»

Lo segundo se acredita por la referencia que hace un escritor contemporáneo, de cuya exactitud y veracidad no puede dudarse, y mucho menos teniendo en cuenta la calidad de las personas de que habla.

Cuenta Baltasar Porreño, en su libro *Dichos y hechos del rey Don Felipe III* (1), que estando aquel monarca asomado á uno de los balcones del antiguo alcázar de Madrid, «espaciando la vista, observó que un estudiante, junto al río Manzanares, leía un libro, i de quando en quando interrumpia la lección, i se dava en la frente grandes palmadas, acompañadas de extraordinarios movimientos de plazer i alegría; i dijo el Rey: »*Aquel Estudiante ó está fuera de sí, ó lee la Historia de Don Quijote*: i luego se supo que la leía, porque los palaciegos suelen interesarse mucho en ganar las albricias de los acier-tos con sus amos en lo que poco importa.»

Con harta razón observan algunos biógrafos de Cervantes, haciendo comentario á esta anécdota, que el aprecio en que el rey don Felipe tenía de *El Quijote*, no le movió á ocuparse en proteger á su autor; así como tampoco los cortesanos que corrieron á investigar las causas de la alegría y transportes del estudiante, y supieron pedir albricias al soberano, celebrando su perspicacia, se acordaron de decir que el escritor de la regocijada historia era un veterano inválido y necesitado, siendo obra al par meritoria y patriótica el aliviar su triste situación.

Era esta, por desgracia, harto notoria, tanto en España como en la nación vecina, donde se buscaban con avidez sus escritos, y se multiplicaban las ediciones de *El Ingenioso Hi-*

---

(1) Madrid: Sánchez, 1663, en 8.º



*dalgo*, que muchos leían en su lengua original, común entonces á todas las personas instruídas.

Desempeñaba el licenciado Francisco Márquez Torres los cargos de capellán y maestro de pajes del Arzobispo de Toledo Don Bernardo de Sandoval y Rojas, cuando al comenzar el año 1615 llegó á Madrid como embajador de Francia el duque de Mayenne para apresurar la terminación de los casamientos concertados desde tiempos atrás, y que pasara allá la Infanta Doña Ana de Austria, prometida del Delfín Luis XIII, y futura madre del gran Luis XIV. El duque traía lucido y numeroso acompañamiento de nobles franceses, caballeros de gran ilustración apasionados de las letras españolas. Visitó el embajador al Cardenal, cumpliendo las leyes de la etiqueta cortesana; y cuando el Príncipe de la Iglesia fué á pagar la visita al Duque, acompañado de sus familiares, se entabló entre éstos, y los que componían el séquito del de Mayenne, un diálogo interesantísimo, que es preciso leer en los términos mismos en que lo escribió el licenciado Márquez Torres, para que no pierda ni un detalle de su veracidad y carácter (1).

«Certifico con verdad, escribe, que en veynte y cinco de Febrero deste año de seyscientos y quinze, auiendo ydo el Ilustrissimo señor Don Bernardo de Sandoval y Rojas, Cardenal Arçobispo de Toledo mi señor, á pagar la visita que á su Ilustrissima hizo el Embaxador de Francia, que vino á tratar cosas tocantes á los casamientos de sus Príncipes y los de España, muchos Caualleros Franceses, de los que vinieron acompañando al Embaxador, tan corteses, como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron á mí, y á otros Capellanes

---

(1) Es ciertamente muy de extrañar, que siendo de tan alto interés esta aprobación del licenciado Márquez Torres, se encuentre suprimida en muchas ediciones del *Quijote*, especialmente en las catalanas, sin exceptuar la lujosísima de los Sres. Montaner y Simón (Barcelona, 1880), que dirigió el célebre comentador y entusiasta del *Ingenioso Hidalgo*, D. Nicolás Diaz Benjumea.

»del Cardenal mi señor, deseosos de saber que libros de ingenio andauan mas validos, y *tocando acaso en este que yo estava censurando*, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, quando se començaron á hazer lenguas, encareciendo la estimacion, en que assi en Francia, como en los Reynos sus confinantes, se tenian sus obras, *La Galatea*, que algunos dellos tiene casi de memoria, la primera parte desta, y las Novelas. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofreci llevarles que viessen el autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de viuos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profession, calidad y cantidad. Halléme obligado á dezir que era viejo, soldado, Hidalgo y pobre, á que uno respondió estas formales palabras: ¿Pues á tal hombre no le tiene España muy rico, y sustentado del erario público? Acudió otro de aquellos caualleros con este pensamiento, y con mucha agudeza y dixo: Si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.»

Preciosa narración, con todos los signos de histórica y verdadera, es la que antecede. Los hechos todos son rigurosamente exactos. La venida del embajador, la visita del Prelado y las fechas, en que el licenciado Márquez Torres tenía en su poder la segunda parte del *Quijote* para su censura. Ninguna razón se alcanza para que el eclesiástico censurante faltase á la verdad y se lanzara á inventar anécdotas. Ni aun puede alegarse como causa el deseo amistoso de llamar la atención del Cardenal sobre la triste situación del escritor. Era de aquél muy conocida, y procuraba aliviarla constantemente. El último escrito de Cervantes, un mes escaso antes de su muerte, es para dar gracias al arzobispo de Toledo por las mercedes que le hacía. Conservaba el original nuestro querido amigo el ilustrado general marqués de San Román, y siempre se lee con delicia la expresión de la gratitud de aquella noble alma:

*Muy ilustre Señor:*

*Ha pocos días que recibí la carta de vuestra Señoría Ilustrísima y con ella nuevas mercedes. Si del mal que me aqueja pudiera haver remedio, fuera lo bastante para tenelle con las repetidas muestras de favor y amparo que me dispensa vuestra Ilustre Persona; pero al fin tanto arrecia, que creo acabará conmigo aun cuando no con mi agradecimiento: Dios nuestro Señor le conserve egecutor de tan Santas obras, para que goze del fruto dellas allà en su santa gloria, como se la desea su humilde criado que sus muy magníficas manos besa. En Madrid, á 20 de Marzo de 1616 años.*

*Muy Ilustre Señor.*

MIGUEL DE CERBANTES SAAVEDRA.

## II

Las dos anécdotas que dejamos referidas pueden ser consideradas rigurosamente auténticas. No era posible que Baltasar Porreño atribuyera hechos ó dichos falsos al rey su señor, ni puede admitirse que el licenciado Márquez Torres faltara á la verdad en un documento de la mayor formalidad, y cuando cumplimentaba una orden de su superior, el Vicario general de Madrid.

La que pasamos á contar no se apoya en tan sólido fundamento. Refiérese en la vida de fray Miguel de los Santos, que, siendo novicio y recién llegado de Pamplona á Madrid, hubo de llevarle el Rev. P. fray Juan de la Concepción al beaterio de la calle del Mesón de Paredes, donde habían tomado el hábito la hija natural de Cervantes, doña Isabel de Saavedra, y doña Marcela, hija de Lope de Vega. Por acaso estaban juntos en el locutorio ambos ingenios, visitando á sus hijas, cuando llegaron los religiosos; y trabándose animada conversa-

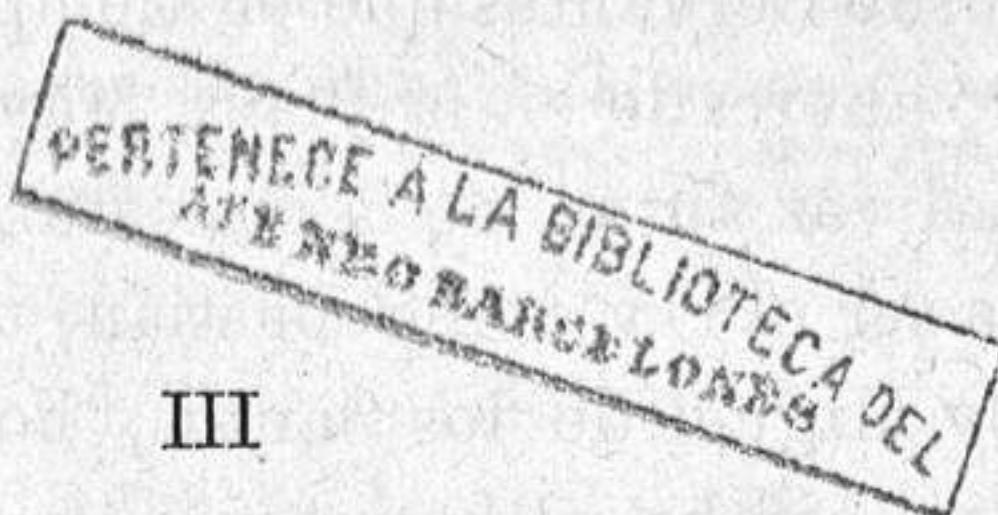
ción, recordó Cervantes que en tiempo del rey Don Felipe II había sido ahorcado en la Plaza Mayor de Madrid, por cómplice, y tal vez autor, de la impostura del pastelero Madrigal, que fingía ser el rey don Sebastián, un religioso agustino, llamado fray Miguel de los Santos, homónimo, por tanto, del novicio que estaba allí presente, y con su habitual gracejo dijo á éste:—Cuidado con imitar á vuestro tocayo en la travesura.—Y Lope de Vega, recogiendo la alusión, añadió con picaresca sonrisa, fijando su mirada en doña Isabel:—Ni á vuestro tocayo Miguel de Cervantes en las suyas.

Muchas dificultades ocurrían para aceptar por verdadera esta anécdota, aunque reviste cierto carácter. La escribió, sin embargo, don Antonio Capmani y Montpalau en la vida de fray Miguel de los Santos, y la han acogido los señores don Jerónimo Morán y don Nicolás Díaz Benjumea en sus novísimas biografías de Cervantes.

Dificultades saltaban, desde luego, á la vista; mas hoy son ya escollos insuperables, si hemos de dar entero crédito á documentos que han visto la luz pública últimamente, y de los que aparece que doña Isabel de Saavedra, casada en primeras nupcias con don Diego Sanz, de cuyo consorcio tuvo una hija, y después del fallecimiento de aquél con don Luis Molina, no pudo ser religiosa en tiempo alguno (1). Mal pudieron, por lo tanto, reunirse en el locutorio Cervantes y Lope con los religiosos que menciona el historiador, ni pronunciar el *Fénix de los ingenios* las palabras que se le atribuyen.

---

(1) Véase el interesante librito publicado por el eminente cervantista señor don Manuel Feronda, *Cervantes en la Exposición*.



## III

Pero la vida de Cervantes parece destinada á irse completando cada día con nuevas noticias. Más de un siglo después de su muerte, solamente se conocían con certeza los datos que dejó consignados en sus obras, señaladamente en los prólogos de las *Novelas exemplares* y de las *Ocho comedias y ocho entremeses*, en los tercetos de *El viaje del Parnaso* y en la dedicatoria de la *Galatea*, datos que supo aprovechar discretamente don Gregorio Mayans para construir la primera vida que se formó del ilustre ingenio.

Luego empezaron las investigaciones pertinaces de los eruditos, coronadas con éxitos sucesivos, satisfactorios cada vez más, trayendo D. Vicente de los Ríos á las *Pruebas* con que ilustró su trabajo, documentos nuevos y noticias de obras en que se habla de Cervantes, como la *Historia y Topografía de Argel*, del abad de Fromista fray Diego de Haedo; D. Antonio Pellicer aumentó el caudal de los hechos relativos á la vida del escritor ilustre, con el hallazgo de la causa formada en Valladolid por la muerte violenta de D. Gaspar Ezpeleta, y en el trabajo imponderable de D. Martín Fernández Navarrete quedaron aclaradas de una manera completísima las circunstancias del cautiverio en Argel, y muchas de las comisiones que desempeñó en Andalucía entre los años 1588 á 1600, con los documentos encontrados en el Archivo en Indias.

Parecía que en existencia, ya de sí tan accidentada, no habría de poderse añadir ningún acontecimiento notable y ruidoso. Sin embargo, en un documento publicado por D. Jerónimo Morán, parece que se descubre la causa que obligó á Cervantes á salir de España en su primera juventud, si es que

á él se refiere la indicada cédula, y en el poder que ante notario otorgó en Sevilla á favor de Fernando de Silva en Febrero de 1588, consta de un modo indudable que fué excomulgado por el Vicario de la ciudad de Écija (1).

Estudiante y camarero de un cardenal, soldado y cautivo, comisionista y poeta cómico, alcabalero y escritor; excomulgado aquí, preso acá, procesado acullá; perseguido por envidiosos, protegido por muy pocos, censurado por muchos, elevado á la cumbre de la gloria por la posteridad..... ¿pueden darse más peripecias reunidas en la vida de un solo hombre?

Pues aun restaba algo por saber. Hace muy poco tiempo, un célebre marino de Francia, el almirante Jurien de la Gravière, examinando los archivos de la Municipalidad de Nápoles, para sacar documentos con que enriquecer su obra titulada *La guerra de Chipre y la batalla de Lepanto*, que se imprimió en París en el año 1888, encontró un nuevo y curiosísimo dato para la vida de nuestro Miguel de Cervantes.

Conocido es de todos el heroísmo del soldado español en aquel día memorable, en que combatió con tanto denuedo á pesar de encontrarse enfermo con calenturas; y también recordamos con entusiasmo, como él las recordó siempre con noble orgullo, las gloriosas heridas que en el combate recibiera. Desembarcado luego en Mesina, visitado en el hospital de sangre por el hijo del rayo de la guerra, por D. Juan de Austria, generalísimo de las armadas coligadas, que alabó su valor y le

---

(1) Es circunstancia digna de consignar, que siendo absolutamente ignorada antes del año 1738 la vida de Cervantes, hasta el punto de no saberse el lugar de su nacimiento, pueda hoy decirse que no hay ninguna otra de español ilustre cuyos hechos principales se justifiquen con tanto número de documentos. Y aún han de aumentarse estos comprobantes, cuando salgan á luz los coleccionados por el estudioso y modesto literato Sr. D. Cristobal Pérez Pastor, que se elevan á 54, enteramente desconocidos y que esclarecen muchos puntos que hasta ahora son objeto de cuestión entre los cervantistas. Tenemos la seguridad de que la publicación de tan importante libro tendrá lugar muy pronto.

concedió ventajas en sus haberes, allí permaneció hasta que sanó completamente de sus heridas.

Más de un año, dice en el *Viaje del Parnaso*, que permaneció en aquella ciudad; pero lo que no sabíamos, y ha descubierto Mr. Jurien de la Gravière, eran sus ocupaciones en aquel período de tiempo. En efecto, en las nóminas de pagos del Consejo Real de Nápoles, correspondientes á los meses desde Enero á Junio del año 1572, se encuentra la orden de abono de dos ducados al mes á *Miguel de Cervantes, portatore di mazza* (1).

*Macero del Consejo de Nápoles*, fué, pues, también el autor del *Quijote*; aunque puede sospecharse que nunca ejerciera el cargo, sino que fuese el tal asiento para justificar el pago de aquella pequeña suma dada como socorro á los soldados heridos en la batalla naval.

#### IV

Mas dejemos ya en paz á Cervantes y recojamos alguna anécdota poco sabida, demostrativa de la celebridad de *El Ingenioso Hidalgo*, en época en que aún no se había desbordado el torrente del cervantismo, ó sea la pasión por la lectura, estudio é interpretación de la obra inmortal.

Sir Arturo Wellesley, duque de Wellington, jefe de las tropas inglesas que auxiliaban á las españolas á rechazar las huestes del gran capitán del siglo, cubierto de laureles y de gloria hizo su entrada en Sevilla en 11 de Enero de 1813. El entusiasmo meridional se manifestó en toda su exageración para recibir al héroe de Arapiles; cubrieron tropas la carrera desde

---

(1) Se insertan copias de varias órdenes de pago en la obra titulada *I Napolitani á Lepanto*, que escribió y publicó Luis Conforti.

la puerta de San Fernando hasta las casas de D. Mateo de Ureta, en la calle de la Laguna, donde habían preparado alojamiento al Duque; acompañaron al carruaje toda la carrera con teas, luminarias y músicas; salvas y repiques aumentaban el estrépito producido por el vocerío y las canciones de la multitud, y al llegar no se cansaban de aplaudirle y aclamarle, haciendo se presentara en el balcón repetidas veces.

Quiso el Ayuntamiento consagrar al insigne caudillo un recuerdo de Sevilla, que trajese siempre á su memoria aquellos momentos de entusiasmo, y nada encontró más propio y más español, que enviarle en una magnífica bandeja de plata la espléndida edición de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, hecha por la Real Academia Española en 1780, lujosamente encuadernada. El duque de Wellington agradeció extraordinariamente el delicado y expresivo obsequio, ofreciendo en sentidas frases á la representación de Sevilla conservar siempre aquel recuerdo de su patriotismo.

Viajaba por España el conocido literato francés Mr. Paul Laffitte, y entre sus apuntes conservaba el del hecho siguiente, que insertó después en un artículo titulado *Cervantes y su Don Quijote*.

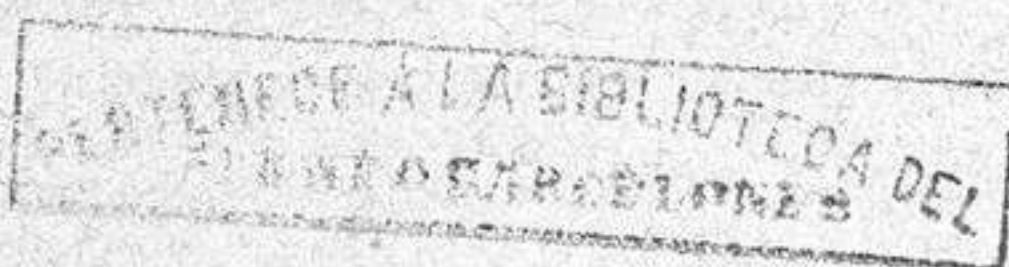
Un día, durante nuestra permanencia en Madrid, estábamos parados ante la estatua de Cervantes, en cuyo pedestal hay un relieve que representa á Don Quijote y á Sancho saliendo en busca de aventuras. Acercóse por acaso una familia de gente acomodada, que caminaban muy despacio mirando á un lado y otro, como provincianos ó extranjeros á los que todo llama la atención. Cuando el padre hubo visto el aludido relieve, gritó: — ¡Eh!, Juanito, ven acá; ahí tienes á Don Quijote!—Juanito acudió á la llamada, y exclamó palmoteando:— ¡Cierto, vean ustedes al caballero, y vean ustedes á su escudero!—Pronto llegaron los demás individuos de la familia; todos reían, todos hablaban á un tiempo. ¿Conocían, por ventura, el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra? No pode-



mos asegurarlo; pero conocían á Don Quijote y á Sancho Panza; eran para ellos amigos antiguos que se complacían en volver á ver.»

«Tal es, en efecto, el carácter de esta obra excepcional, que en ella se confunden la ficción y la verdad, hasta tal punto, que nos interesamos por el caballero andante y por su fiel escudero como si hubieran existido, nos unimos á ellos y los amamos. El niño á quien se relata la historia de los molinos de viento, ó la de la jaula de los leones, cree fácilmente que don Quijote existió; y quizá encontraremos todavía en algún lugar de la Mancha más de un mozo de cuadra y de criada de mesón que participen de igual creencia. No habrán leído la obra de Cervantes; pero han visto muchas estampas, buenas y malas, que representan sus principales escenas. Quizá ningún escritor del mundo ha sido tan popular como lo es Cervantes, en el buen sentido de la palabra; ninguno ha tenido en tan alto grado el don de agradar igualmente á los grandes y á los pequeños, al ignorante como al literato.»

V



Nació Miguel de Cervantes, el más célebre escritor que ha producido España, en la villa de Alcalá de Henares, y fué bautizado en la iglesia parroquial de Santa María en 9 de Octubre de 1547 (1). Es conjetura muy verosímil que viera la luz el 29 de Septiembre anterior, recibiendo por eso el nombre de Miguel, santo del día en que había nacido; costumbre muy general en

(1) Los que por un espíritu de amor local, con bastante propiedad llamado hoy *de campanario*, se obstinan en sostener que Cervantes nació en Alcázar de San Juan, no han fijado la atención en la circunstancia de que en el libro de bautismos de Alcalá de Henares están además de la partida de Miguel, las de sus hermanas Andrea y Luisa, y las de su hermano Rodrigo, hijos todos de los mismos padres, lo que no se encuentra ni puede encontrarse en Alcázar.

los pueblos de ambas Castillas, que continúa observándose en nuestros tiempos, como se practicaba en los antiguos. — Hay un ejemplo curioso.

Lope de Vega nació en 25 de Noviembre de 1552, día en que la Iglesia celebra á San Lope, obispo, y no fué llevado á recibir las aguas regeneradoras hasta el 6 de Diciembre siguiente, conservándole, sin embargo, el nombre del santo en cuyo día había venido al mundo.

Lo propio debió suceder con Cervantes; y sería coincidencia notable y peregrina que los dos mayores ingenios de aquella época, cuya celebridad es tan universal, vivieran el término igual de once días antes de ingresar en el seno de la Iglesia.

## VI

En los primeros meses del año 1585 debió ponerse á la venta en Madrid y en Alcalá de Henares el libro titulado *Primera parte de la Galatea, dividida en seys libros, compuesta por Miguel de Cervantes*.—La corrección de erratas lleva la fecha de postrero de Febrero, y la *Tassa* la del 13 de Marzo.—En el prólogo á los lectores, y para prevenir objeciones, se advierte *que muchos de los disfrazados pastores lo eran sólo en el hábito*.—El libro se imprimió en Alcalá, por Juan Gracián, y es de la más extremada rareza.

Dos años completos no habían transcurrido, cuando en la misma ciudad, en la propia imprenta, salió á luz la *Primera parte de las Ninfas y Pastores de Henares, dividida en seys libros, compuesta por Bernardo Gonzalez de Bobadilla*.

Sin hacer alardes de suspicacia, ni extremar la sutileza, y llevado solamente por la perfecta igualdad de ambos títulos, puede cualquier lector sospechar enlace entre una y otra obra, y buscar relación entre ambas novelas pastoriles, creyendo que también la hubo entre sus autores, y aun que quizá la una dió ocasión á la otra, bien por la significación de sus *disfraza-*

*dos pastores*, bien por las circunstancias embozadas en la narración de aquellas galantes aventuras.

De Cervantes no hay que hablar. Han juzgado célebres críticos que la heroína de la *Galatea* es Doña Catalina de Salazar, entonces pretendida, y después mujer del escritor, cuyo nombre, con ligera alteración, es el de la fábula. En los pastores y pastoras se cree están recordados, sin duda alguna, personajes muy conocidos en la república de las letras y en las riberas del Henares.

González de Bobadilla era natural de las islas Canarias; estudió en Salamanca, y, según él mismo asegura, jamás vieron sus ojos las propiedades y términos de la tierra de Alcalá. ¿Qué le movió, pues, á hablar de sus ninfas y pastoras? ¿Cuál fué la causa de que pintara riberas que no conocía? Solamente le impulsó á escribir el haber oído á un su compañero en las aulas salmanticenses, *natural de la famosa Compluto, tantos loores de su río, tan maravillosos cuentos de la tierra y tantas alabanzas de la hermosura de sus damas*. Pero esto no es explicación satisfactoria.

Ahora bien: ¿ese compañero, *de la famosa Compluto* natural, pudiera ser Miguel de Cervantes? ¿Podría alegarse esta referencia de González Bobadilla como prueba de los estudios de Cervantes en Salamanca, donde fueran *compañeros* ambos escritores? ¿Se encontrará en la *Galatea* algún suceso verdadero, más ó menos *disfrazado*, que pudo lastimar al mismo Bobadilla, ó á alguna dama ó caballero de su intimidad? Y en este caso, suponiendo que entre los numerosísimos interlocutores que aparecen en las *Ninfas y Pastores de Henares* debe encontrarse Cervantes, que dió motivo á la obra, ¿cuál de aquellos puede referirse al autor de la *Galatea*?

Difícilísima, ó por mejor dicho, imposible tarea sería la de querer descifrar hoy alusiones, trescientos años después de escrito el libro, careciendo de una clave, de un indicio siquiera que pudiera guiarnos; pero si en las *Ninfas y Pastores* no se propuso el autor vindicar á algunos ó algunas que se estimasen

agraviados ó preteridos en la *Galatea*; si aquella fábula pastoril no se escribió para complemento de ésta, es lo cierto que, por causas desconocidas, la buena amistad de los autores se interrumpió y perturbó años adelante.

En las obras de Cervantes encontramos las pruebas, por el desdén y la manera misteriosa con que trata de González Bobadilla en dos ocasiones diferentes.

Ya al terminar el *donosó y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron de la librería de Don Quijote*, y después de haber dejado aparte tan gracioso y disparatado libro como *Las fortunas de amor*, de Antonio de Lofrasso;—«el barbero» prosiguió diciendo: estos que se siguen son el *Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares* y *Desengaño de celos*. Pues no hay «más que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama; y no se me pregunte el por qué, que sería nunca acabar.» Aquí la causa quedó oculta.

Muchos años más tarde, en el *Viaje del Parnaso* (cap. IV), uno de los del número hambriento increpa á Cervantes por el poco tino con que había llamado á los poetas á la defensa de Apolo, y llenado á unos de alabanzas, á otros de vituperios,

Has alzado á los cielos la fortuna  
De muchos, que en el centro del olvido  
Sin ver la luz del sol, ni de la luna  
Yacían.....

Y luego, sin rodeos ni disimulo, añade:

Fuiste envidioso, descuidado y tardo,  
y á las *Ninfas de Henares* y *Pastores*  
Como á enemigos les tiraste un dardo;  
Y tienes tú poetas tan peores  
Que éstos en tu rebaño.....

No tenemos más datos, pero los recogidos dicen bastante para no dudar de la relación existente entre las dos novelas. A Cervantes le acusaban de ser *envidioso* de las *Ninfas* y *Pastores de Henares*, y de tenerlos como *enemigos*, cuando, en su rebaño, es decir, en su novela pastoril los había mucho peores. ¡Curioso sería que se descubrieran unas y otras alusiones!

## VII

Entre los *hijos señalados de Sevilla*, coloca el erudito escritor D. Justino Matute y Gaviria á *Gonzalo Cervantes Saavedra*, celebrado por el autor de la *Galatea* en el *Canto de Caliope*. Con el propósito de conocer la personalidad de este escritor, que llevaba los mismos apellidos que el inmortal Miguel, el docto bibliógrafo D. Cayetano Alberto de la Barrera, en sus *Notas* al canto de Caliope, pasó revista á varios del mismo nombre. Habla de *Fray Gonzalo Cervantes*, que escribió y publicó en Sevilla dos obras en los años 1614 y 1618; recuerda á *Gonzalo Gómez de Cervantes*, corregidor de Tlascala, que en 1599 dedicó una obra á Eugenio de Salazar, y se fija, por último, en *Gonzalo Saavedra, natural de Córdoba*, que escribió la novela titulada *Los Pastores del Betis*, impresa en Italia en el año 1634, creyendo que á este puede referirse el elogio de la *Galatea*.

La noticia de que *Gonzalo Cervantes Saavedra* había nacido en las orillas del Betis y de que era militar y poeta, se debe al mismo Miguel de Cervantes, y ella debe ser guía segura, que no se pierda de vista al hacer la investigación.

Ciña el verde laurel, la verde yedra,  
y aun la robusta encina aquella frente  
de Gonzalo Cervantes Saavedra,  
pues la deben ceñir tan justamente;  
por él la ciencia mas de Apolo medra,  
en él Marte nos muestra el brío ardiente  
de su furor con tal razón medido  
que por él es amado y es temido.

*Laurel, yedra y encina*, tejen la corona que debe ceñir Gonzalo de Cervantes; y para mayor claridad se dice que tenía la

ciencia de Apolo y los bríos de Marte. Partiendo de este supuesto, he juzgado poco acertada la conjetura de la Barrera, creyendo que no es posible designara Cervantes al ingenio *cordobés* que no llevó su primer apellido, y que probablemente era un niño en 1583 cuando se escribió la *Galatea*. En mi sentir el aludido y ensalzado es el que luego ocupó el puesto de Corregidor de Tlascalala.

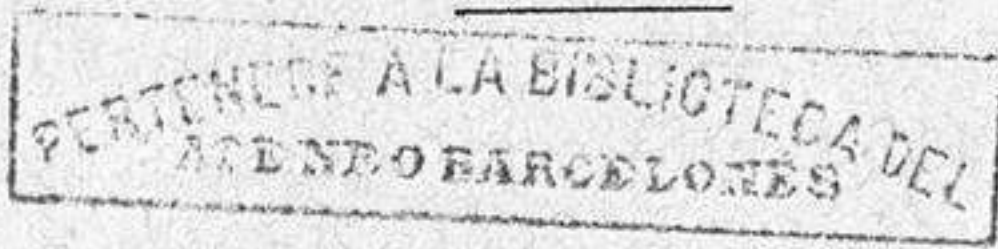
Pruebas: El poeta celebrado en el *Canto de Caliope* era sevillano, y no podía, por lo tanto, ser el autor de los *Pastores del Betis*.—La patria, á más de los datos expuestos, la expresa categóricamente Rodrigo Méndez de Silva, cuando al decir que la familia de los Cervantes estaba desde muy antiguo establecida en Sevilla, cita á Gonzalo Cervantes, famoso soldado y poeta. Lo confirmó Pellicer añadiendo que este y el otro, Fray Gonzalo, ambos fueron sevillanos.

La época del elogio también se relaciona mejor con el Corregidor que con el autor del libro de los *Pastores*. El que en 1583 era ya bastante famoso en armas y en letras para merecer corona de laurel y encina, no era fácil publicase novelas pastoriles cincuenta años después, en 1634; y es mucho más probable que en premio de sus servicios militares fuera nombrado en 1599 corregidor en Nueva España. Más aún: si ya en 1583 era celebrado y merecía las coronas de Apolo y Marte Gonzalo Cervantes, ¿no tendría siquiera veinticinco años? Luego en 1634 tendría sus setenta y seis; edad que más es para pensar en otra vida que para hacer novillos y escribir novelitas en esta.

Todo induce á creer que el Gonzalo Cervantes celebrado en el *Canto de Caliope* fué el valeroso soldado que en premio de sus servicios obtuvo el corregimiento de Tlascalala, y que por sus dotes y aficiones de poeta cultivó la amistad del escritor Eugenio de Salazar, que por aquel tiempo, en que el primero pasó á Méjico, era oidor en la Audiencia de la capital.

JOSÉ MARÍA ASENSIO.

# RECUERDOS



**S**UCEDE con el tiempo lo que con un lienzo sobre el cual ha de pintarse algo.

Antes de que el pintor coloque sus figuras y distribuya sus colores, el lienzo es igual en todas sus partes. No hay modo de distinguir una de otra; en todas la misma trama; la misma uniformidad; la misma monotonía, dijéramos mejor.

Pero cuando la pintura ha terminado, lo uniforme es ya distinto; la monotonía ha desaparecido; podemos decir que el lienzo *está diferenciado* en toda su extensión.

Y si dos porciones de la tela tuviesen la misma pintura, ó sea, el mismo dibujo y el mismo color, estas dos partes se confundirían en una sola, como si una sola existiese; ó, en todo caso, podrían diferenciarse por las diferencias que hubiera entre las regiones próximas á una y á otra.

Pues una cosa análoga sucede con el tiempo.

Los cuatro ó cinco años—desde el 54 al 59—en que estuve de profesor, de Secretario y de Ayudante en la Escuela, se confunden en mis recuerdos con los años en que era alumno; porque mi vida como profesor era casi idéntica á mi vida como alumno.

Como estudiante, digo, antes de las nueve tenía que llegar

á la Escuela para que no me pusiesen falta. Pues antes de las nueve tenía que estar en la Escuela cuando fuí profesor, para poner faltas á los demás.

Desde las nueve de la mañana á las cuatro de la tarde permanecía en la Escuela, mientras estudiaba. El mismo tiempo permanecía en ella cuando hacía profesión de enseñar.

A las doce, mientras no pasé de la humilde categoría de alumno, sacaba mi clásico panecillo con mi clásica tortilla de patatas, que fué mi almuerzo constante en los cinco años de la carrera. Pues á las doce, en mis primeros años de profesorado, almorcé en la Escuela constantemente, con más decoro, eso sí, pero con menos alegría, y quizá con menos apetito. De casa me mandaban el almuerzo en su correspondiente fiambarrera; pero almorzaba solo, sin compañeros alrededor, sin bromas, sin disputas, sin aquella atmósfera estudiantil que es toda regocijo. Era ya profesor y almorzaba en toda la plenitud de mi dignidad solitaria. Sólo algunas veces, saliendo por los agujeros del carcomido entarimado, algún atrevido ratonzuelo se me ponía delante esperando que le arrojase migajas de pan.

Se anhela subir; ¿y para qué?

Se anhela mandar; ¿y qué ventajas nos ofrece el mando?

Codiciamos el poder; ¿y qué beneficios positivos nos proporciona, como no sea unos cuantos desperezos solitarios de la vanidad?

Mientras fuí alumno, la hora del almuerzo fué la de mayor alegría. ¡Qué vida! ¡Qué animación! ¡Qué ocurrencias tan graciosas! ¡Qué cuentos! ¡Qué disputas! ¡Qué sabrosísima tortilla de patatas!

Cuando fuí profesor, la hora del almuerzo fué siempre aburrida. La clase en que almorzaba, desierta; la criada en pie, esperando que despachase la fiambarrera; y, cuando más, el ratoncillo esperando alguna migaja.

Por lo demás, con menos vida, y menos alegría, porque la juventud iba acabando y se acercaba la edad formal de los veinticinco años, precursora de la otra edad formalísima de



los treinta, mi nuevo estado de profesor en bien poco se diferenciaba, como he dicho, de mi antiguo estado de alumno.

En éste tenía que estudiar á diario tres lecciones para tres clases; pues en aquél, á diario tenía que estudiar dos ó tres lecciones para explicarlas. Porque es lo cierto que en el tiempo que he estado en la Escuela de Caminos, he ido explicando casi todas las asignaturas de la carrera; y, aunque esto resulte poco divertido para el lector, ya que estos recuerdos son documentales, voy á consignar aquí los títulos de las asignaturas que expliqué mientras formé parte del profesorado de la Escuela de Caminos.

\*  
\* \*

Yo he explicado las materias siguientes, entre las que recuerdo:

Geometría descriptiva.

Aplicaciones de la geometría descriptiva á las sombras y á la perspectiva.

Corte de piedras, de maderas y de metales; que era lo que se llamaba Estereotomía.

Cálculo diferencial é integral, muchos años.

Mecánica racional.

Mecánica aplicada á las construcciones.

Hidráulica.

Algún año expliqué también, interinamente, distribución de aguas; y durante algunos meses, expliqué construcción, por enfermedad del ingeniero que desempeñaba esta clase.

De aquí resulta que durante largos períodos he desempeñado dos, y aun tres clases; y con todo ello, el sueldo que reunía era bien modesto: nueve mil reales, como ingeniero segundo; tres mil reales, como gratificación por la primera clase; y á veces, no siempre, otros tres mil reales por la segunda.

No me remuerde la conciencia de no haber ganado bien el sueldo que el Estado haya podido darme. Pero esto se enlaza

con cuestiones de que en otra ocasión me ocuparé, porque son problemas de Economía política y de Economía social, y ni de aquélla ni de ésta me había yo ocupado todavía en este punto á que llegan mis recuerdos.

\*  
\* \*

Si mi vida, de las nueve de la mañana á las cuatro de la tarde, desde el año 54 al 59 era, con poca diferencia, ó sea con la que media entre el obedecer y el mandar, la misma que en los cinco años de carrera, la semejanza entre ambas épocas continuaba casi matemáticamente desde las cuatro de la tarde hasta las doce de la noche.

Nunca me ha gustado pasear. Desde la Escuela venía á mi casa, por el camino más corto, y me estaba leyendo obras de matemáticas hasta la hora de comer.

Después, al teatro, ó bien á un círculo que teníamos los ingenieros y que se llamaba, y se llama todavía, la *Revista de Obras públicas*.

En este círculo empecé á interesarme por la política: en él conocí personalmente á Sagasta y á Elduayen: á él asistían todas las noches Gabriel Rodríguez, Morer y otros muchos ingenieros que empezaban á tomar interés por los estudios económicos.

¡Bien puede decirse que en aquel modesto salón brotaron no pocos gérmenes de la escuela economista que, capitaneada, al menos en su parte joven, por Gabriel Rodríguez, había de reñir durante muchos años tan encarnizadas batallas en pro del *libre cambio*!

\*  
\* \*

En suma: que mis aficiones continuaban siendo las mismas que habían sido en mis años de estudiante, á saber: el teatro;

la novela; las matemáticas puras, sobre todo, y sus aplicaciones á la ciencia del ingeniero.

Estrenos teatrales no perdía ni uno. Podría dar cuenta de ellos punto por punto. Porque para estas cosas, dicho sea sin vanidad, mi memoria es de primer orden. Pero lo que no recuerdo son las fechas: de suerte que, desde el año 54 al 68, confundo lastimosamente las épocas que á cada obra dramática corresponden.

Así, por ejemplo, yo he visto estrenar todas las obras dramáticas de Tamayo, desde el triunfo ruidoso de *Angela*, hasta la descomunal batalla de *Los hombres de bien*.

He sido en este largo período, aun sin tener el gusto de conocerle personalmente, y aun mucho antes de ser su amigo, su más entusiasta admirador.

¡Cuántas veces, con todo el ardor de la juventud, le he defendido contra gentecilla que se preciaba de sesuda; contra envidiosos encubiertos; contra señores de los que alardean de gravedad estúpida; contra rígidos moralistas, que solían encontrar inmorales las obras del gran escritor! ¡Quién había de imaginarlo! ¡Y otras veces, reconociendo su mérito, las encontraban tremebundas, como si el teatro se hubiera creado para señoritas y monjas! ¡O para conciliar el sueño, y no para conmover hondamente el espíritu de los espectadores!

Yo recuerdo, entre otros estrenos, el de su admirable drama titulado *Lances de honor*, que es, á mi entender, una de sus mejores creaciones.

Y recuerdo el estreno de esta obra como si hubiera sido ayer mismo; como recuerdo, con indignación siempre viva, la injusticia irritante de aquel público.

¡Se comprende que un drama, que durante tres ó cuatro actos, va cayendo y levantando entre aplausos y protestas, al llegar á la escena final esté, por decirlo así, pendiente de un cabello, que un soplo puede romper y que aún puede romper con más facilidad un solo silbido! ¡Que esté en el fiel la balanza de la justicia dramática, que lo mismo pueda inclinarse

á la derecha que á la izquierda, y que la última frase tenga fuerza por sí sola para hacer que caiga el platillo del siniestro lado! ¡Pero, sólo un público parcial, injusto, irritante, fanático á su manera, porque hay muchas clases de fanatismos, es capaz de rechazar, por una frase única, trabajos literarios del mérito extraordinario que, á mi entender, tiene la obra en que voy ocupándome!

Desde aquella época, ni la he vuelto á ver representar, ni la he leído. Y, sin embargo, recuerdo el pensamiento y veo ante mí, con luz vivísima, las líneas generales de esta producción del gran dramaturgo.

Voy, pues, á referir su argumento, *tal como ahora mismo se me presenta*, para que vean mis lectores en esta especie de conversación á medias que con ellos sostengo, y que en forma desaliñada y caprichosa *voy dictando* sin ninguna pretensión literaria, que en todas las épocas ha podido cometer y ha cometido iniquidades el público, y con él la crítica, cuando la pasión desordenada ó una enemiga sistemática se han erigido en jueces para dictar insostenibles fallos.

El drama *Lances de honor* es un drama de tesis: que dramas de tesis se han escrito siempre; y el querer proscribirlos en absoluto, es una pretensión soberanamente ridícula.

Una tesis puede ser un alegato frío como la lógica, y aburrido como un proceso judicial. Pero una tesis puede encerrar elementos artísticos de verdadera importancia. ¡No parece sino que en *La Vida es sueño* no se agita un gran problema del orden filosófico, que en *El Alcalde de Zalamea* no palpita otro problema con su tesis correspondiente del orden político y del orden sociológico, aunque entonces no tuviera nombre la Sociología! Que en *El sí de las niñas* no existe á su vez otra tesis importantísima para la época en que aquella preciosa comedia se escribió! ¡Ni qué obra literaria de primer orden se ha escrito sin que tesis y problemas den fuerza y valor, y aun interés trascendental, á la fábula en que aquellas y éstos encarnan!

Lo único que puede exigirse á todo el que escribe una obra literaria en general ó un drama en particular, es que la materia que escoja, sea la que fuere, tenga lo que me atrevería á llamar *jugo artístico*; que la belleza estética se muestre dominando tesis y problemas y opiniones particulares del autor.

Pero dejemos discusiones que no son de este momento, y volvamos al drama de Tamayo.

Su objeto es combatir los lances de honor, haciendo resaltar su monstruosidad, su injusticia, su brutalidad repugnante.

Aunque recuerdo perfectamente la fábula, no recuerdo los nombres de los personajes, y tendré que contar el drama con el abandono y el desorden con que lo contaría en un círculo de amigos, que por amigos tengo á cuantos se dignan leer estos RECUERDOS. Y si hay alguno que no lo sea, tanto peor para él, que de antemano le declaro hombre de mal carácter si es *él*, ó mujer caprichosa si es *ella*.

En vez del nombre de los personajes, emplearé el nombre de los actores, que estos sí los tengo presentes.

Representaba Arjona un magistrado de provincia, hombre recto, severo, y eminentemente católico: católico, apostólico, romano.

Llevaba su espíritu de magistrado no sólo al Tribunal en que había de dictar sentencias, sino á todas sus relaciones particulares, y, por de contado, al seno de su familia.

Su familia era, ó él procuraba que fuese, la verdadera familia cristiana.

Y muy religiosa y muy cristiana y muy buena señora además, era la esposa del magistrado: de este papel se encargó Teodora Lamadrid.

Es el caso, que Arjona (es decir, el personaje que representaba) jamás se había ocupado de política; pero sus amigos, sus admiradores—porque á veces también los tiene la honradez, por extraño que parezca—se empeñaron en sacarle diputado, y diputado fué contra su voluntad. ¡Que alguna vez ha de serlo un hombre sin querer serlo! Y ya que esto no suceda

con frecuencia en la vida real, bien puede suceder en la escena, para escarmiento de los incautos.

Creyendo Arjona (es decir, el magistrado del drama) que ser diputado era cumplir un deber y servir á su patria, en la medida cada cual de sus fuerzas, hubo, al fin, de aceptar el cargo, y á Madrid se trasladó con toda su familia; es decir, con su mujer y con su hijo, joven de unos veinte años. Porque pensar que él había de separarse de los suyos, y de *su hijo* en particular, ni aun para ser *pádre de la patria*, era pensar lo imposible. Que el buen magistrado, con todas sus severidades jurídicas, era hombre de gran corazón, y quería como padre, si juzgaba como juez.

Ya tenemos á Arjona, á Teodora y á su hijo, el joven de los veinte años, viviendo en Madrid; aunque la familia prefería la acostumbrada y tranquila vida de provincia á la vida ardiente y nerviosa de la corte.

No andaba muy á gusto por el Congreso de Diputados el buen magistrado. Las intrigas de la política; las luchas envenenadas de los partidos; la nueva atmósfera, en suma, á que no podía habituarse, le repugnaban grandemente; que mal se avenían con su inflexible serenidad y con su espíritu de justicia.

Así es que ni tomó parte en las discusiones, ni pretendió tampoco figurar en ellas; era un diputado monosilábico.

Vivía retirado en su casa, con su familia; asistía al Congreso, porque tenía obligación de asistir; votaba cuando tenía obligación de votar, con arreglo á su conciencia; y veía con repugnancia y con dolor que los ideales de justicia absoluta pocas veces se realizan en los ardientes combates de la moderna política.

En el piso principal de la casa á donde vino á parar el magistrado, vivía el *jefe de la oposición*, orador ardiente y hombre de ambición desatentada. Este señor tenía también un hijo de la misma edad, próximamente, que el hijo del magistrado; porque si bien, como se dice en un drama, «el malvado no tiene hijos», puede tenerlos el ambicioso.

Yo no tengo presentes, después de treinta ó cuarenta años,

todas las peripecias del drama, que, por otra parte, era sumamente sencillo. Pero sí recuerdo la admirable escena en que se prepara la catástrofe. Escena natural, de una sencillez verdaderamente clásica, grandemente conmovedora, y que dominó por completo al público.

Perdonen, pues, mis lectores si al relatar el argumento de la obra cometo algún error, pues vuelvo á repetir que desde la noche del estreno ni la he vuelto á ver representar, ni la he leído tampoco. No hay tiempo para todo lo que uno quisiera.

Es el caso que el señor que vive en el principal, y que, como he dicho, es *jefe de la oposición*, prepara artificiosamente una emboscada al Gobierno.

Trátase de no sé qué suceso ocurrido en la provincia del magistrado precisamente; suceso del cual éste se halla al tanto, porque, al fin y al cabo, de su provincia se trata.

Pero el tal suceso, presentado con ciertas apariencias y cierta habilidad por la minoría, va á ser la ruína y la muerte de la situación, y el triunfo indiscutible del jefe de la oposición y de su partido.

Pronuncia, pues, dicho señor, un discurso tremendo contra el Gobierno: el Gobierno se aturde, porque no conoce bien los hechos; contesta torpemente y queda, al parecer, vencido. La crisis y la dimisión son inevitables; y *el ambicioso del piso principal*, perdónese si le nombro de este modo, cree su triunfo seguro y segura la Presidencia del Consejo de Ministros.

Pero en aquel momento, el magistrado, indignado ante la injusticia y la emboscada, pide la palabra; conoce los hechos en toda su verdad; lo que se creía un atropello del Gobierno es una indignidad de la oposición; y aunque nuestro magistrado ni es de oposición ni es ministerial, es juez aun en los escaños del Congreso, y pronuncia un discurso de tan abrumadora elocuencia, de lógica tan irrefragable, que lo que empezó por ser triunfo seguro de la oposición, concluye por ser su derrota y su vergüenza, y la ruina completa de su jefe y de sus ambiciosas esperanzas.

El severo magistrado, el que nunca había tomado la palabra en el Congreso, el que no tenía más interés en aquella discusión que el interés supremo de la verdad y de la justicia, con su formidable discurso, más bien de fiscal que de diputado, ha vencido y ha humillado y ha dado golpe mortal á la vanidad de orador y á las aspiraciones de político de su compañero de diputación, y del que fué al principio su simpático vecino.

Hasta aquí, en el drama hay multitud de escenas bellísimas, escritas como sabe escribir Tamayo, llenas de ingenio y de gracia; y hubo, entre otras, una entre Arjona y un actor que, si no recuerdo mal, se llamaba Díaz ó Díez, y que representaba á un gobernador ó ex-gobernador de provincia, que fué celebrada y aplaudida por el público con verdadero regocijo.

Pero, en fin, por estos comienzos el drama es comedia, aunque comedia hermosísima. En este punto es donde la comedia toma tonos dramáticos, y los verdaderos *lances de honor* empiezan con una sencillez, con una energía, con un sentido moral tan profundo, que nadie que ame el teatro puede dejar de aplaudir con aplauso incondicional y entusiasta.

Y hasta aquí, en efecto, la obra marchaba á velas desplegadas y todos esperábamos un gran triunfo.

Pero es el caso, que el jefe de la oposición, al verse vencido por aquel obscuro orador de provincia, al ver á aquel magistrado insignificante arrancándole el poder de las manos cuando más seguro lo creía, pierde la serenidad y la prudencia; se deja dominar por la ira, y ciego y rabioso, insulta y provoca y desafía al magistrado. ¡Qué lucha tan hermosa la que con tanta perfección supo interpretar Arjona! Al fin y al cabo, el magistrado es un hombre, ¡y un hombre no se deja insultar! La sangre en todos, en el honrado como en el criminal, tiene el mismo calor y la misma temperatura. Pueden encadenarse las pasiones, pero no se pueden matar por completo. Así es, que el magistrado del drama sostiene tremenda lucha consigo mismo. Si



cediera á sus instintos, á sus deseos, mejor dicho, á sus apetitos de fiera, respondería al insulto con el insulto, al hierro con el hierro, y acudirían al que llaman el campo del honor, no por ser campo del honor, si no por ser campo de la venganza en que se sacia la ira. Pero era un magistrado cumplidor de la ley; era un hombre de avanzada edad, en que los arrebatos de la pasión no tienen disculpa; y era, además, un buen cristiano, obediente al mandato divino que ordena perdonar las injurias, y que cuando se ha recibido un golpe en una mejilla se ofrezca la otra al desalmado que sin razón nos maltrate. Todo esto expresa el personaje, no en forma de retórico discurso ó de enojoso sermón, sino con los hermosos acentos y arranques de la vida real. Y en esta lucha le sostiene y le anima su esposa.

Así, cuando le dicen que con no aceptar el duelo se muestra cobarde, él contesta que más valor necesita para sufrir los insultos y contenerse, que para aceptar el desafío y vengarse; porque para aquello necesita enfrenar su voluntad en nombre del deber, y para esto le basta con dejarse arrastrar por sus impulsos naturales.

Si toda la primera parte del drama había sido del agrado del público, todo este conflicto del orden moral, magistralmente desarrollado, convirtió el agrado en entusiasmo.

Al fin llega, en el penúltimo acto (y digo penúltimo porque no sé si la obra tiene tres ó cuatro actos), la situación más hermosa y de más fuerza dramática de toda la obra, y una de las más hermosas de todo el repertorio de Tamayo. Y con ser tanta su fuerza, nadie podrá negar que es natural y sencilla en sumo grado: no hay artificio, sino lógica y verdad, y al mismo tiempo interés vivísimo.

Aquel jefe de la oposición de que antes hablábamos, burlado y vencido por el personaje que representaba Arjona, llega al límite del enojo y de la violencia: encuentra en la escalera de la casa al magistrado (pues ya hemos dicho que eran vecinos), le vuelve á insultar, vuelve á provocarle, y ante la negativa terminante de su adversario á ir al terreno, ciego de cólera, le

golpea en el rostro: en términos vulgares, le da un soberano bofetón.

La entrada de Arjona en escena, cuando se supone que acaba de verificarse la agresión injusta y grosera del ambicioso político, fué de extraordinario efecto.

Ya no es el magistrado; ya no es el hombre de juicio recto y tranquilo; ya no es el cristiano sumiso á la ley divina: despertó la fiera, y entra en escena loco furioso, sin pensar en otra cosa que en su venganza. Y cuando Teodora acude á él y le habla en nombre de su religión y de su Dios, él prorrumpe en una de las más hermosas blasfemias que se han oído en la escena española.

—«¡Piensa en tu Dios!»—le dice su mujer;—no sé precisamente en qué términos, pero esto viene á decirle.

Y él contesta, echando espumarajos, algo parecido á esto: —«¡Ni por Dios sufro yo que me den un bofetón!»

Pero aún no acaba de proferir la artística *blasfemia*, cuando el castigo cae sobre él, más rápido y más formidable que rayo del cielo.

Porque el *otro*, el rival, el abofeteador, loco también de angustia y de desesperación, entra en escena, creando el soberbio conflicto á que antes nos referíamos.

Y sin explicaciones, sin excusas, refiere, con frases entrecortadas, que el hijo del magistrado supo la afrenta que había sufrido su padre, que encontró ó buscó al hijo del agresor, abofeteándolo á su vez, y que los dos jóvenes habían salido, ciegos y desatentados, á batirse en duelo á muerte.

Al lance de honor de los padres se sustituía el lance de honor de los hijos: el ejemplo cundía, se extendía el contagio, y el castigo iba directo al corazón.

Y ya ni el magistrado ni su rival piensan en que son enemigos: la venganza, la ira, aquella afrenta del bofetón, todo desaparece como incidente ridículo en que no vale la pena de pensar. ¡Como si las pasiones humanas, aun en su período más álgido y aun en sus más formidables explosiones no fueran

mas que miseria y pequeñez, y algo, en suma, ridículo y baladí!

¡El bofetón! ¡Qué vale el bofetón, ni dado ni recibido!

Y así, el magistrado y el hombre que le afrentó, y la esposa de aquél, unidos de pronto por un lazo de angustia y de amor, salen á buscar á los dos jóvenes que han ido á matarse.

Así termina este acto, que es de los más hermosos del repertorio de Tamayo.

El éxito fué indiscutible, é indiscutible el triunfo; y aquí, en rigor, terminaba el drama. Porque los dramas terminan, no precisamente en el tercer acto, que es donde las exigencias teatrales exigen que den fin, sino donde la idea que ha inspirado la obra pone por sí misma punto final.

El público no debió discutir el tercer acto. Siendo bueno, como forzosamente había de ser siendo de quien era, no podía exigirse más; ni era posible que tuviese la fuerza y el interés que los actos anteriores.

Pero es el caso que este tercer acto también gustó, y en él hubo una escena dramática admirablemente interpretada por Pepita Hijosa, y que el público aplaudió con nuevo entusiasmo.

Cuando los tres personajes á que nos referíamos antes están ya próximos al sitio del duelo, se oyen dos tiros; y Pepita Hijosa,—que representaba como personaje episódico una mujer, mejor dicho, una joven del pueblo,—sale á escena retrocediendo de espaldas, con la vista fija en un bosquecillo, en donde se supone que el duelo se ha verificado, y repitiendo muchas veces, con admirable entonación, frases parecidas á estas: «¡Virgen santísima! ¡Así cayó mi padre!.... ¡Así cayó!.... ¡Hace un año!.... ¡Así cayó!.....» Desaparece por el lado opuesto del escenario.

Ultima peripecia dramática, también de gran interés: uno de los dos jóvenes cayó herido ó muerto; ¿pero cuál?

No puede negarse que la situación es hermosa y que viene á coronar espléndidamente un drama hermosísimo.

Los que antes iban unidos por una común esperanza y una misma angustia, se separan, se miran, pensando con egoísmo sublime y criminal de padre: «¿será el tuyo, será el mío?»

En ley de justicia, ¿no debía suponerse que el éxito estaba asegurado? ¿No era todo lógico? ¿No era todo natural? ¿No encerraba la obra un pensamiento moral de transcendencia suma? ¿No había sido el interés grandísimo? ¿No era la forma como de Tamayo? ¿La ejecución no había sido excelente?

Pues he aquí que sacan á escena al hijo del magistrado, mortalmente herido, y que en la desesperación de aquellos momentos crueles pronuncia Teodora una ó dos frases que dan á entender la angustia y el dolor de la madre cristiana al ver que el hijo muere llevando sobre sí el pecado mortal de haber querido quitar la vida á un semejante suyo, y que muere sin haber recibido la absolución.

Bastó esta frase, esta sola frase, para desatar el enojo del público, para que pusiera en olvido sus entusiasmos, y para que terminase con una protesta lo que había sido un triunfo continuado.

¿Una frase, aun suponiendo (y es sólo una hipótesis) que fuese la más desdichada y la más absurda, y dado el carácter de aquella familia no lo era; aun admitiendo, repito, que fuese antiteatral, es justo que decida de la suerte de toda una obra? ¿Hay razón para que una frase poco afortunada pese más que todo un drama, todo él menos esa frase admirable?

Pues ello así fué. Lo cual prueba que el público, cuando se pone de mal humor, lo mismo en los tiempos de hogaño que en los de antaño, comete grandes injusticias.

¡Dios se las perdone! ¡Y él las redima mostrándose, más que justo, bondadoso en adelante!

¿Por qué no había hoy de representarse *Lances de honor*?

JOSÉ ECHEGARAY.

# AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

## NATURAL DE BORJA.

---

La gorda.—La casa pintada.—Mi madre.—Clérigo político.—Juro la de 1869.—Insurrección de Cuba.—Almacén de huesos ilustres.—Todo se vende.—La libreta de un príncipe.—Una partícula de mis servicios.—Los pelos de la cara.—Un carácter.

**O**TRO de los entretenimientos que me proporcionó la *gloriosa*, fué la lectura de los periódicos satíricos carlistas, reaccionarios y republicanos, que se burlaban de los gobernantes. Hubo uno tan sucio, *La loca... gamos*, que hasta el título apestaba. El mejor redactado era *La Gorda*. Se publicó desde 10 de Noviembre de 1868, hasta 25 de Junio de 1870. Una imitación de *El padre Cobos*, célebre en el bienio progresista. *La Gorda* la redactaban los que por mal nombre se llamaban moderados. Estos, porque habían perdido sus destinos, insultaban injusta y villanamente al Ejército, echándole la culpa de la revolución, publicando

### ARIA COREADA DEL CAPITÁN AGRACIADO.

La española infantería  
Es bizarra y es gentil,  
Y en tocando á pronunciarse  
Se pronuncia ¡y á vivir!, etc.  
Turrón, tú debes alentar  
Sin cesar,  
La fe de todo paladar  
militar, etc.

Que lo digan los muchos infelices que murieron ó quedaron lisiados, cumpliendo bien al obedecer ciegamente, como manda la ordenanza, á sus jefes, sin poder preguntarles á donde los llevaban. En la batalla de Alcolea pasaron de 900 las bajas de unos y otros, todos víctimas inocentes de la infamia de los partidos, los cuales, al caer, echan siempre la culpa á la milicia, ignorando el ser de ésta, su disciplina y organización. No es borrico el que no sabe, sino el que habla de lo que no entiende.

También en *La Gorda* leí el siguiente anuncio:

*No más alféreces.—La deliciosa pronunciamienta española.*

A tal necesidad contestó un oficial de los que dejaron á medio sueldo, diciendo:

#### UN ALFÉREZ AGRADECIDO A «LA GLORIOSA».

Con la gracia general  
 Que tu poder soberano  
 Acordó dar liberal,  
 Nos jo... robaste Serrano.  
 Quien así te aconsejó,  
 Aseguro por mi fe  
 Que buen consejo te dió  
 Y que gran animal fué.  
 Pues se ve y el caso es  
 Que con decreto tan vil,  
 Solo contentas á tres  
 Y disgustas á tres mil.  
 A los siete años de alférez  
 Me dan grado de teniente;  
 Permita Dios justiciero  
 Que el que me lo da reviente.  
 Sólo un recurso en revancha  
 Nos dá esa ley del infierno  
 Tan liberal y tan ancha,  
 C..... en el gobierno.

He suavizado y achicado la composición para poder imprimirla.

En Borja, cuando era yo niño, me extasiaba contemplando un edificio situado junto al paseo, que llamaban *La casa pintada*. Me parecía un palacio de hadas. Lo habían adornado con jarrones de yeso, la fachada acababa en medio punto, en él había un reloj de sol, y tal prodigio de arquitectura tenía por veleta un gallo. Por eso, á lo que me parecía prototipo del arte, lo titulaban también *La quinta del gallo*. Era malísima su distribución interior, por haberse opuesto el dueño á que arrancasen un manzaneto. El mencionado señor, viejo jovial y estrafalario, usaba gorra en forma de mitra, con gran visera, calzones, chaquetón, de cuyos inmensos bolsillos sacaba bellotas ó algarrobas, que llamaba peladillas de Tabuena ó dulces de Valencia: á los chicos nos sabían á gloria. En la extensa huerta contigua á la casa, había un cenador adornado con dos estampas que representaban la Giralda de Sevilla y el Coloso de Rodas. Por mi afición nativa á las artes, me encantaban. El referido señor tenía un hijo, Mariano Marco, que militó en tiempo de Carlos IV. Fué buen grabador, se volvió loco, mató á dos criadas de su padre y murió en el hospital de Zaragoza á mediados de este siglo. Nunca hablaba, y dibujaba ó escribía sin cesar. Conozco un hermoso grabado suyo, de la Virgen de la Silla, poseo una pintura, debajo se lee: «El embozado de Córdoba, célebre galán», una tarjeta y un curioso libro manuscrito, disparatado, con ilustraciones á pluma muy bien dibujadas, algunas indecentísimas. A la mayoría de las mujeres las representa sin cabeza, y por los trajes se comprende la época en que perdió la suya. Se retrató arrodillado en la santa capilla de la virgen del Pilar de Zaragoza, y escribió al pie: «El sargento Marco, de voluntarios de Aragón, oyendo misa».

La fachada de *La casa pintada* era digna del gusto horrible que reinaba en 1827, cuando se construyó; el año que yo comencé á padecer por la política, como recordará el pacientísimo lector de esta soporífera y poco aduladora narración. Murió Fernando VII (le tengo manía porque se pronunció con-

tra su padre y se arrastró á las plantas del vil corso) comenzó la fratricida lucha y volvieron los emigrados del 23, no corregidos de sus locuras liberalescas. Los constitucionales ó *cuscos*, muchos desconocían el código de 1812 y entendían *la sistema* como el cura aquel que le parecía muy bien pero le cogía sin un cuarto, instalaron en *La casa pintada* el primer casino de mi lugar. En él se reunían los patriotericos ricos; los pobres lo verificaban en las tabernas, para jugar al monte, beber, comer y maldecir la ominosa endécada calomardina, muchísimo menos funesta que el trienio bullanguero de Riego. A la tertulia acudían propietarios, cortantes, curiales, curas, artesanos, posaderos y mercachifles. Ningún fraile. Estos popularizaron las ideas demócratas en Aragón; los liberales cometieron la demencia de perseguirlos, matarlos, robarles los bienes, convirtiéndolos en acérrimos enemigos.

Recuerdo algunos tipos que frecuentaban *La casa pintada*. Los retrataré tan mal como la emborronó el tío Sagasetta, el gran Velázquez de mi lugar. Porque la casa se hallaba junto al matadero de la ciudad, en la fachada pintó cabezas de caballos, toros, carneros, bolsas de matarife y gran abundancia de cuernos. Debajo de un reloj de sol puso el versículo de David *A solis ortu usque ad occasum*, que un progresista, fiscal del juzgado, tradujo: «el sol del huerto llega á la casa». Adornó el artista con dos cintas pintadas la capillita de la Virgen del Pilar, que había en la fachada. En una escribió: *Consolatrix afflictorum*, que, según un político palurdo, aludía á que los pobres afligidos podían consolarse con los despojos de las reses del matadero. Como en la otra cinta que se hallaba sobre una ventana de la reunión liberalesca se leía *Refugium peccatorum*, los realistas llamaban el refugio de los pecadores al sitio donde se fraguaban planes para exterminarlos. En él hablaban pestes del oscurantismo, despotismo inquisitorial y del último corregidor Calleja, que consiguió plantar árboles, que no los destruyeran, que nadie arrancase una flor en el paseo, robase un melón, y hasta que los conejos de la dehesa de la ciudad se



pasearan por las calles día y noche, en un país donde no se respetaba nada. En prueba de ello, un señor de Ainzon cercó su huerto de altísima pared, se jactó de que no entrarían en él, abrió la puerta á las pocas horas, y se encontró con el burro de su ganado; los mozos del pueblo lo habían subido con cuerdas por encima de la tapia y metido en la finca. La referida autoridad, castigando pequeñas faltas, no se cometían grandes ni había presos en la cárcel de Borja. En cuanto se oyó el grito de ¡Viva la libertad!, al orden, seguridad personal y respeto á la ley, les sucedió lo que decía un clérigo al explicar los mandamientos de la Iglesia: El quinto, pagar diezmos y primicias..... Ese, en tiempos liberales, *volaverunt*.

Concurría á *La casa pintada* un canónigo muy liberalote. —Repugnan los militares y sacerdotes políticos.—Atravesaba mi calle cuando iba al coro, después que la campana se cansaba de llamarlo con su continuo repiqueteo. Era vanidoso, rechoncho—no he visto esculpidos ni pintados santos con panza;—llevaba el enorme sombrero de teja ladeado, los manteos recogidos, la cabeza echada para atrás, sin dignarse mirar á los niños que creía de ideas contrarias á las suyas: prueba de intolerancia y mal carácter. Al pasar por Borja Ballesteros, que mandaba el ejército constitucional en 1823 (cuentan que recibió dinero por no batirse con los franceses), en la granja Muza Alcoraz, junto á Magallón, el mencionado canónigo huyó; lo prendieron y el realista Mediagorra, rabioso porque el cusco Meampucheros le pegó una perdigonada, gritaba al cura por la gatera de la prisión: —Tuno; querías la Constitución *pa casate, pa casate*.—Blancos y negros se llevaban poco. Mediagorra, al rezar el Rosario, exclamaba tres veces: —¡Mueran los cuscos!—Su familia gritaba: —¡Mueran!—Después cantaban á coro:

«Lo que hizo Mampucheros  
no lo hacen los *impíos*,  
al cortarle los empeltres  
al abogado Castillo.»

El referido canónigo, echándola de gracioso, dijo en la rebotica del pueblo á otro clérigo viejo, seco, alto, económico, virtuoso, que leía un periódico: —¿Conque tiene usted mucho dinero?—El aludido se puso de pie, se quitó los anteojos, acercó el papel que leía á la cara de su compañero, y le replicó con calma, acentuando las palabras: — Si lo tengo, es porque no me lo como, ni me lo bebo, ni me lo juego ni me lo *mujereo*, como otros. — Los oyentes soltaron la carcajada.

También iba á *La casa pintada* un beneficiado hercúleo, que arrojó á un mozo por encima de una tapia; tragaba y bebía brutalmente; en las procesiones, aunque fuera de capa pluvial, hacía señas indecorosas á los amigos; tan despreocupado, que al auxiliar á un pobre labrador que temía condenarse, le repetía: — No tengas miedo; no hay cielo ni infierno.

Uno de los oficiales que concurrían á *La casa pintada* era intolerante, hacía gala de bárbaro, y se empeñó en fortificar el exconvento de capuchinos durante la primera guerra civil. Cuantas más obras ejecutaban en él quedaba más flojo. Ya cité á este antiguo hijo de Marte.

En Borja existía en aquella época una clase de labradores ó pequeños propietarios, intermedia entre los señores y jornaleros. La mayoría eran realistas. Uno de ellos acudió á la iglesia mientras descargaba una furiosa tempestad; impaciente al oír llorar á las mujeres y observar que dos clérigos no podían encontrar en el misal la letanía de los santos, exclamó dirigiéndose á un Crucifijo:—¡Señor! Tened piedad de estos *probes* sacerdotes, que si uno sabe poco, el otro sabe menos. Otro, exaltado liberal, decía en *La casa pintada*:—Hemos conseguido atar un brazo al monarca. Durante la revolución del 68 repetía: — No hay rey, pues no hay ley. — Trataba de apropiarse una finca inmediata á otra suya. Perteneecía á la casta del que pidió durante la gloriosa que le adjudicasen un campo contiguo al que poseía. — Llegas tarde, ya han solicitado el tuyo;—le manifestó el alcalde. O del patriotero que se empe-

ñó lo jubilasen con 40.000 reales al año, sin haber sido nunca empleado. Antes, para saber si los reclutas estaban bien cuadrados en la fila, se mandaba: *Posición*. Todos se empinaban. A la voz *Firmes*, sentaban los talones en tierra. A los políticos que sin merecimientos se empeñan en mejorar de posición, se les debe repetir: *Firmes*.

A la tertulia liberal acudía el escribano canalla que atacó la casa de mis padres en 1820, aunque eran justos y benéficos, como previene la Constitución de 1812. De niño aprendí el cantar:

«Un gato cayó en un pozo,  
y un escribano también;  
como los dos eran gatos,  
arañaban la pared.»

De viejo se aumentó mi áborrecimiento á la curia. Gozo recordando las anécdotas siguientes. Siempre que se formaba causa por homicidio ó heridas, se ponía una diligencia expresando el número y magnitud de éstas, llamada: *Fe de libores*. Un escribano de mi lugar puso igual título á la causa instruída por el incendio de un pajar. En la cubierta del proceso de un ladrón, que llevaba la imagen de un santo, escribió: «Causa contra Fulano de Tal, por robar con San Roque.» El mismo escriba casó dos veces, y á su primera mujer la llamaba mi *antecesora*. Tan sabio curial redactó la diligencia siguiente: Doy fe que habiendo reconocido un cadáver, resultó estaba difunto.»

Observó un sacristán en Borja que un escribano rezaba á todos los santos de la iglesia, y le dijo señalándolos: —A esos no los podrá usted engañar.

Un notario aragonés colocó sobre su sillón dos garras de ave de rapiña, cruzadas en forma de panoplia, con el rótulo: «Estas son mis armas.»

Un juez, que se fiaba de los escribanos y autorizaba sin leer lo que le presentaban, recibió la orden dejándole cesante á su instancia. Corrió á Madrid, manifestó que no lo había pe-

dido, y le enseñaron la solicitud con su firma auténtica. Para deshacerse de tan pobre hombre, uno de los escribas del partido lo partió por confiado.

Cuando los chicos no dábamos pie con bola en el latín que se empeñaba en enseñarnos el P. Magallón, fraile franciscano, repetía: — De Borja no ha salido ningún hombre grande. — Porque no hubo ningún Plutarco que escribiese las hazañas de mis paisanos.

En el siglo pasado un borjano se propuso ir y venir á Madrid desde mi lugar, sin dinero ni pedir nada en el camino. Emprendió la caminata á pie: se comía un puñado de migas de las que llevaba en las alforjas, bebía en los arroyos, dormía al raso, visitó gratis la corte y vió las grandes narices de Carlos III, rey de España y de las Indias, perdiéndose éstas porque el monarca ayudó á los yankees, que al presente nos pagan el beneficio queriendo robarnos la isla de Cuba. El P. Magallón no tuvo noticia de viajero tan ilustre como el mencionado, ni se metió en la vida privada y pública de los personajes que se reunían en *La casa pintada*. Ellos mandaban apalear á los realistas para aumentar el número de los necios que se mataban por D. Carlos. A uno que llamaban Confitamoscas, que, como á su colega malagueño, cuantos dulces fabricaba tenía que arrojarlos al excusado, le acusaron de conspirador, lo prendieron injustamente, presencié cuando lo ató un sargento de infantería de línea en la puerta de la cárcel, para llevarlo á Zaragoza, pregunté la causa, me dijeron que por realista, calculé que á mi padre, si viviera, pudieran hacer lo mismo con él, y corrí llorando asustado á refugiarme en los brazos de mi madre. Resentido Confitamoscas, se unió á los carlistas. Inofensivo, serviría de estorbo. Llegó á Borja la fama de sus proezas, y le cantaban los cuscos:

«En retirada delante,  
en avanzada detrás,  
y cuando tocan ataque  
se pone á desatacar.»

A *La casa pintada* faltaba un carnicero y un posador, colosales, que por el afán que tienen los demócratas de figurar, sirvieron de heraldos al proclamar la mayoría de edad de Isabel II en Borja. Llevaban dalmáticas de damasco verde, sobre el uniforme de miliciano nacional, y altísimos chacós de hule, con gran pompón amarillo. Indumentaria que causaría risa hasta á los gatos de aquella época.

El que más peroraba en *La casa pintada* era el hijo del sastre Parrantán; se empeñó en ser señor, llenar el estómago, se daba gran importancia; comenzó su vida política durante la vergonzosa invasión francesa de 1823, y le llamaban, por burla, el duque de Angulema. Realista furibundo, llevaba atada al pie, para arrastrarla por el lodo, una cinta verde de las que usaron los liberales con el lema *Constitución ó muerte*. Cambió de partido, le nombraron administrador de Bienes Nacionales el año 35, usaba trajes á lo currutaco, y dijese de similar. Un político cursi. Aspiró á diputado, dirigió las elecciones, á los muñidores decía misteriosamente:—¡Oh, no hay cuidado! El triunfo es nuestro, y se llevaba el índice á la frente. Ni un voto sacó. Alcalde en 1848, aunque aparentaba ser del partido moderado, contribuyó á la formación del ejército libertador del alto y bajo Moncayo, compuesto de una docena de alpargateros que echaron á correr antes de que los viese la tropa. El Gobierno, creyendo en la lealtad monárquica del conspirador republicano, le concedió la cruz de Isabel la Católica. El hijo del sastre, más hueco que la vallueca, como dicen en el país, se cruzó con gran ceremonial, á cuya solemnidad llamaban las baturras la coronación de Parrantán. A pesar de la fama de sabio que tenía entre los tontos, y de la ridícula importancia que se daba, murió en el hospital.

De raza de caballeros pocos acudían al club de *La casa pintada*, á excepción de dos capitanes retirados y de D. Juan Amar Aeste, le cuadraba el apellido, era el Tenorio de Borja, y á falta de princesas ó pescadoras, conquistaba baturras y artesanías. Hizo estragos. Descreído, rico y valiente, se

impuso á los matones en una época en que todos querían serlo. Los liberales le llamaban el señorito, y fuera en la Edad Media señor de horca y cuchillo. En tiempo de Fernando VII lo condenaron á muerte, emigró y volvió más exaltado revolucionario. A excepción de un exmilitar pariente mío, de los concurrentes á *La casa pintada* ninguno se dignaba mirarme, por el grave delito de ser hijo de un realista, sino Amar, con un ojo: era tuerto. Debían hacerle gracia mis travesuras de niño, y me hablaba cariñosamente. Iba enamorando la más hermosa labradora de mi pueblo, me llamó, me enseñó el primer puñal que yo he visto, le pregunté:—¿Para qué sirve?—Y contestó señalando la hoja:—Para herir.—Cogió el arma por la punta y añadió, indicando el puño en forma de cruz.—Con esto se ayuda á bien morir.—Su diabólica sonrisa me causó miedo.

Antes de marchar á Zaragoza, en 1837, me horrorizaban los concurrentes á *La casa pintada*, por ser progenitores de los muchachos que, si me cogían solo entre muchos, nos apaleaban al cordero que yo tenía y á mí, llamándome faccioso.—Pegarme; pero no al pobre animal. ¿Es también faccioso?—les preguntaba, sintiendo más los golpes que daban á la bestia, que no era tanto como ellos, que los que yo recibía.

En 1868 compré *La casa pintada* y su hermoso huerto. No la rocié con agua bendita porque hacía treinta años que había dejado de ser refugio de los pecadores, como llamaban los realistas al primer casino de Borja. Ahora hay de éstos media docena, que, con los cafés y tabernas, son causa de desmoralización. El hombre, lejos de la mujer que lo contiene, se llena de vicios, se dedica á la política, se hace holgazán y concluye en la miseria. El día que la clase labradora se medio civilice á la moderna, adiós patria. Los indios filipinos semicivilizados son más salvajes en 1896 que en tiempo de Legazpi.

Los que promueven las revoluciones no tienen otro objeto que ocupar, sin merecerlo, los empleos de la Nación. Al llegar á Borja la noticia de la gloriosa del 68, un escribano muy so-

lapado infundió tal miedo al juez del partido, que éste, sin esperar la destitución, se escapó en el carruaje que aquel le proporcionó para que lo verificara más pronto. Le sustituyó otro curial de imperecedera memoria. Le llamaban el juez bruto. No era aragonés. A las mujeres les decía tenían ojos de libidinosas, y á los hombres les llamaba malos músicos ó poco católicos. Confesaba, no sabía el *Christus*; felicitó á D. Amadeo de Saboya al pasar por Luceni, le encajó una arenga bestial y supongo que desde entonces el príncipe extranjero se decidió á abandonar la corona de España por no escuchar más barbaridades. Refería el juez bruto que una labradora muy guapa le pegó un empujón, y le dijo:—Quita de ahí jabalí—y añadía, riéndose:—¡Con qué gracia me llamó jabalí!—Parió su yegua, celebró el acontecimiento, cayó al suelo de debilidad, le quitó la silla y el bípedo se la echó á la espalda. Merecía llevarla siempre. El juez bruto, al que yo no había hablado jamás, me preguntó después de una sucia interjección:—¿Por qué no arregla usted *La casa pintada*?—Recordé:

..... «La cortesía  
Tenerla con quien la tenga.»

Y le contesté: Porque no me da la gana.

En 1896, ahora que soy viejo y podrán aplicarme «La casa puesta, la muerte á la puerta,» he reformado *La casa Pintada*. Ya no huele á club patriotero, ni ostenta en su fachada cabezas de animales, bolsas de matarifes y mucho menos cuernos. He adornado modestamente las habitaciones con cuadros, armas y muebles antiguos. Como tengo huerta y jardín, me recreo con el arte y la naturaleza. Por el Norte y Oeste, desde mis balcones, gozo contemplando magníficos panoramas. La vetusta ciudad, la gótica colegiata, sus campanarios de estilo mudejar y las casuchas moriscas del cinto ó recinto, que parecen nidos de golondrinas pegadas á la colosal torre del homenaje del desmantelado castillo. Borja era una de las treinta y ocho poblaciones que tenían voto en Cortes desde

Felipe IV hasta 1833, que desapareció tan honrosa antigualla. Me recreo con la encantadora vista de la feraz campiña, de la ermita de San Jorge, patrón de Aragón, desde que en la batalla de Alcoraz en caballo blanco y cruz roja en el pecho, señalaba con su espada flamígera las murallas de Huesca á los soldados de Pedro el Victorioso. El edificio se halla situado sobre un montecito rodeado de verdura. Por haberse encontrado en él fragmentos de un arco románico, se puede asegurar lo fundaría el conde Pedro Atares, conquistador de Borja. También se descubre el valle del Ebro, la Bardena de Navarra y las crestas del Pirineo. Más de treinta leguas. Por el Sur, colosales olmos sirven de toldo y dejan ver al escelso Moncayo, que se alza muy próximo. Como Borja se halla entre éste y la montaña referida, cantan las mozas al dar calabazas:

«Primero se casará  
 Moncayo con la Bardena,  
 Que me casaré contigo  
 Aunque te mueras de pena.»

Mi madre murió en 1869. La mayor de mis desventuras; el único ser que me ha querido en el mundo. Era madre política de mi padre, y mucho más joven que él. Estuvo casada en primeras nupcias con el padrastro de mi padre; fué hermosísima. ¡Qué placer experimenta un hijo al oírlo decir á los extraños, como me sucedía á mí! La temporada que mi madre acompañó á su marido en la guerra de la independencia, para no caer en poder de los franceses, se quedó unos días disfrazada de criada en casa de un cura anciano de un pueblecillo de las montañas de Albarracín. Buenos ratos pasaría mi padre pensando en su mujer. Con la sangre transmitieron á sus hijos el odio á los gabachos. Al llegar yo á Melilla, en 1874, mandando un batallón, preguntó la mujer del zapatero del regimiento, que relevamos en la plaza africana, si yo nací en Borja, y nombró mi segundo apellido; añadió que no me había visto nunca hasta



entonces, y que yo era retrato de mi madre, á la cual conoció en Ainzon hacía mucho tiempo. Visité á mi paisana, prodigio de memoria, orgulloso de parecerme á mi madre, no en virtud y belleza, sino en la aversión que tenía á los políticos. La sociedad antigua se hallaba mejor educada que la actual; á las damas de su época mi madre las llamaba mi señora doña Fulana. Ahora han suprimido el mi, y aunque hablen por primera vez á una Matusalén, la titulan Fulanita. Cuando era yo subalterno, al dirigirnos al inmediato superior, le llamábamos *mi capitán*. Al presente los oficiales sin bozo, algunos lo merecen, se desdeñan de anteponer la partícula mi á un general veterano si no le piden ó temen, haciendo gala de descortesía, que confunden con la democracia. Si concluye el respeto en el Ejército, apaga y vámonos.

Durante la revolución temí destruyesen el convento de Concepcionistas fundado en Borja por un ascendiente mío el año 1640 con monjas enviadas desde Agreda por Sor María de Jesús, consejera de Felipe IV. Es el mejor edificio de la ciudad, cuya iglesia se halla rica y profusamente adornada, según el mal gusto que reinaba á últimos del siglo XVII. En mi lugar manifesté á dos clérigos que las religiosas, para que el Gobierno las respetara, provecho de ellas y utilidad del pueblo, debían dedicarse á la instrucción de las niñas. Al oírlo uno de los sacerdotes exclamó á gritos, airado y en tono despreciativo:—Usted es tan revolucionario como los demás.—Me exaltó el calificativo y le repliqué:—No me sublevé por la república en 1848 para no hacer alpargatas, como usted; no me metí á cura para comer y no trabajar, como usted; ni ahora conspiro á favor de D. Carlos para que me haga canónigo, como usted. Algunos sacerdotes sin ciencia, virtud ni educación, creen que sólo por serlo tienen derecho al respeto de los demás. Jamás volví á oír la misa del exalpargatero.

Dudaba que Dios bajase á las manos del que trató de encender la guerra civil.

La musa callejera le compuso el siguiente cantar:

E. M.—*Diciembre 1896.*

7

«Ya viene Mosen Botija  
Desde el Valle del Roncal,  
Con un fajo de proclamas  
Metidas en el morral.»

Las repartía, enviaba emisarios á D. Carlos, alguno convirtió en Urias, y nuevo capitán Araña, embarcaba, quedándose en tierra.

Mi sino era enemistarme con toda clase de políticos. Una paisana mía, mujer de un militar que volvió de la emigración el 68, me dijo con aire de triunfo:—Ha tenido usted que tragar la revolución.—Al oír la brutalidad, puse la punta del dedo índice en mi garganta y repliqué:—«Aquí la tengo; la escupiré.» No saludé más á la *muy liberala*.

Como al de la fábula de M. A. Príncipe, todos los partidos me han jeringado, por no pertenecer á ninguno.

Un limpiabotas de Reus fué el primero que se casó civilmente en España en 1868. Era tal la aversión que las mujeres en general tenían al matrimonio civil cuando se estableció, que una *zurronera* (niñera) jorobada, cantaba en Borja:

«No quiera Dios de los cielos,  
Ni la Virgen del Pilar,  
Que se case á lo *cevil*  
*nenguna* de esta ciudad.»

La *zurronera* era exaltada republicana y desafinaba repitiendo:

«A todos los monarquicos  
Les hemos de convidar  
A una tortilla de huevos  
Revueltos con solimán.»

Los liberales de todos matices, cometían el suicidio de perseguir el culto católico. Se hacían odiosos á la generalidad de los españoles.

En 1841 oí en Badajoz que un médico (descendería de *El celoso extremeño*, novela de Cervantes), exigía todas las no-

ches, antes de acostarse con su esposa, que ésta, en camisa, arrodillada á los pies de la cama, jurase que no le había sido infiel.—Las mujeres y los militares, si olvidan el honor y la religión, el juramento no les impide faltar á su deber.—A los políticos, para hacer negocio, nada les ha importado las Constituciones de los años 69, *nonnata* del 55, 45, 37, 12 y el Estatuto real. Cuando este último se mandó observar, lo anunció el pregonero de Magallón diciendo: «De orden del señor Alcalde, mañana se hará la *solene* publicación del *Estaturreio*.» Es la segunda anécdota que recuerdo. La primera se la oí á mi padre, que se halló el año 4 en la guerra de Portugal. Refería que Carlos IV y María Luisa vieron desfilas el ejército desde un balcón de Badajoz. Preguntó la reina cuáles eran los voluntarios de Aragón, que se habían portado muy bien en la campaña. El rey la contestó:—Tú lo averiguarás si echas á cada batallón que pase un salivazo.—Le cayó en la cara á un aragonés que, poco sufrido, como todos, levantó la cabeza y gritó furioso:—«¡Redios! ¿quién es esa recochina y repu.....erca que ha escupido?»—«Eson son, esos»;—dijo el monarca riéndose. Tales sucesos me sirvieron de levadura en 1881 para dar á la estampa *Cuentos, anécdotas y dichos aragoneses*.

Cuentan que los ministros de la reina gobernadora deliberaban en palacio sobre el título que debían poner al Código de 1834, estableciendo Cortes compuestas de próceres y procuradores; oyeron en la cámara inmediata que la viuda de Fernando VII, hablando con D. Fernando Muñoz, decía en italiano: «*Está tuto*» (está todo), creyeron que la hermosa napolitana les sacaba del apuro, y llamaron á la referida Constitución Estatuto real, que duró hasta que el sargento García hizo jurar la de 1812 á Doña María Cristina, en la Granja, el año 36.

Es famoso lo que ha sucedido en España con el sistema representativo. Según la Constitución, el monarca es inviolable y responsables los ministros. No han ahorcado á ninguno de éstos y destronaron á Isabel II.

En 1841 juré la bandera de mi regimiento. Siempre me ha

conmovido el acto de ver jurar las banderas á los reclutas. En el Ejército, para expresar que se ha de cumplir la palabra empeñada, repiten el final de la arenga que en la bendición de las banderas dirige el jefe á los soldados. «Y en fe y en señal de que así lo prometemos, batallón, preparen armas. Apunten. Fuego.»

Según la ley segunda, título XII, libro 2.º del Fuero Real de España, que se halla vigente, es nulo el juramento forzoso: «Otrosí mandamos que ningun juramento que home »ficiere sobre cualquier cosa, quier por fuerza, ó poner miedo »á su cuerpo, ó de su haber perder, mandamos que non vale.»

Los revolucionarios militares del 68 que faltaron al juramento prestado á Isabel II exigieron, sólo para mortificarnos, que jurásemos la Constitución del 69 los jefes y oficiales que nos hallábamos de reemplazo por haber cumplido con nuestro deber. Nos reunieron en el Salón del Prado de Madrid, formó para la ceremonia del juramento una compañía con bandera, y el general gobernador, Milans del Bosch, excéptico en todo, que lo mismo le importaba atrás que adelante, nos preguntó: «¿Jurais á Dios y prometeis al Gobierno defender y observar la Constitución de 1869?» La mayoría se calló, los más no nos enteramos, y el escéntrico amigo de Prim añadió muy serio: «Si así lo hicieseis, Dios os lo demande, y si no, os lo premie.» Los que entendieron el lapsus se sonrieron. Al advertirle la equivocación, replicó: «Lo hice á propósito; son unos p.....; no quieren la Constitución ni á nosotros.» Tan solemne acto convertido en farsa ridícula. Como se celebró junto á la fuente de Apolo, lo echamos á broma y decíamos que como á borricos nos habían llevado al pilón.

Dijo un alfonsino que Milans del Bosch sólo había mandado peseteros. Lo oyó una muchacha, ignoraba que así llamaban antiguamente por desprecio á los soldados de cuerpos francos, que recibían una peseta diaria, creyó aludían á los carruajes de alquiler, y preguntó: «¿Cómo se arreglaba para que le obedeciese tanto cochero?»

Al padre de Milans, capitán de Guardias españolas en tiempo de Carlos IV, le dijo el coronel de su regimiento:— Vaya usted arrestado á su casa.—Desde Madrid se fué cazando á Cataluña, donde la tenía, y avisó haber llegado sin novedad. En la guerra de la Independencia fué valiente guerrillero, llegó á brigadier, pasó embozado por una calle de Madrid, no cedió la acera á un capitán, el cual, señalando sus charreteras, le preguntó:—¿No ve usted esto? — Milans sacó un brazo por debajo de la capa, y le replicó:—*¿Aquesto es m.....?*

El 30 de Septiembre de 1868 triunfó la revolución en España, y el 10 de Octubre los cubanos se sublevaron en Yara. Hay quien cree todavía que los insurrectos insulares y peninsulares obraban acordes. Don Domingo Dulce, el de 1854, capitán general de la citada isla, dijo en una alocución: «Que la revolución que había herido una dinastía y arrancado de raíz la planta venenosa que emponzoñaba el aire que respirábamos, había devuelto al hombre su dignidad.» Era animar á los separatistas contra la madre patria. Lo comprendieron así los españoles voluntarios de la Habana, y embarcaron al general para la Península. Al llegar á Santander, una turba de mujeres y chiquillos lo silbaron espantosamente. Murió en tierra extranjera, como Maroto y Cabrera. En Filipinas también produjo la revolución tristes efectos. El capitán general Latorre se presentaba en público con estudiada llaneza, no encontró quien derribara la estatua de Isabel II, ni entre los presidiarios de raza india, y lo ejecutaron los de procedencia china. Una salvajada. Origen de las sublevaciones que hubo después.

De los ministros revolucionarios, el más antipático para los reaccionarios era Ruiz Zorrilla. Ordenó la incautación de objetos de arte y códices que se conservaban más ó menos bien en las iglesias. Al ver después los aficionados á la arqueología y entusiastas por las glorias nacionales, que sacaban de ellas preciosidades por ignorancia, codicia ó necesidad, casi casi le dimos la razón. Causaba horror, porque dijo el mencionado ministro que desaparecería la unidad católica,

aunque la querían la mayor parte de los españoles. Se sustituía la tolerancia con una tiranía bestial. Los vencidos, rabiosos, gozaban leyendo: «En un balcón de la calle de la Montera se ve el retrato de Ruiz Zorrilla.» Era el caballo que servía de muestra á un guarnicionero. «Al señor Ruiz Zorrilla le van á erigir una estatua ecuestre sin caballo.» «No tenga usted cuestión con Ruiz Zorrilla, porque tira muy bien. ¿Quién se lo ha dicho á usted?—Un mayoral de diligencias.»

Los revolucionarios trataron de reunir en Madrid á los muertos ilustres de toda España. Una profanación. En varias provincias hicieron bien en oponerse. Un periódico decía: «Los aragoneses, tan deliciosos, no quieren desprenderse de Lanuza. Enviarán medio á Madrid y se quedarán con otro medio. Podrán decir, al enseñar sus restos, que murió por mitad en Zaragoza y Madrid.» Aseguraban que á la capital de España llegaron dos piernas derechas del famoso Justicia. Tendría cuatro.»

El Gobierno sólo consiguió viajasen por el ferrocarril las cenizas de algunos hombres célebres, que volvieron á sus tumbas primitivas después de tenerlas abandonadas en el templo de San Francisco el Grande.

En tiempos normales todo se ve al revés, y los calificativos expresan lo contrario de lo justo. Los vencedores políticos de 1868 llamaban gloriosa y España con honra á la revolución. Si hubieran cumplido sus promesas de moralidad, extirpando el nepotismo, arreglando la Hacienda y probando que escalaban el poder por malos medios y buenas intenciones, habría confesado mi equivocación. Fueron peores que los gobernantes anteriores, y me reía de ellos.

Si se exceptúa lo que se inventarió en el palacio real durante la primera época revolucionaria, ó estaba á la vista, todo se vendía. De los sótanos sacaron arrobas de bronce, magníficas maderas, remitidas por los virreyes de América, y objetos curiosos de todas épocas. Compraron en el Rastro cubiertos de plata con la cifra de I. 2.<sup>a</sup>, un látigo con las del príncipe Al-

fonso en brillantes, y un almirez del siglo XIV con las armas de Castilla, que yo aseguraba en broma sirvió para hacer la salsa á Pedro el Cruel. Una famosa prendera enajenó la pluma de oro con la cual firmaron la Constitución de 1869. Escandalizó la venta. Adquirí por cuatro duros un busto en mármol, de Isabel II, esculpido en 1847, regalo de dicha señora al que más había favorecido. Deseó la reina el piano que había quedado en Palacio. Don Amadeo de Saboya trató de complacerla y encontraron el instrumento en un café cantante, sin la cifra en brillantes de la emperatriz Eugenia, que tenía antes de la revolución..... Un corredor de antigüedades enseñó un tapiz á un coleccionista, que exclamó al verlo: «¡Robado en Palacio!» El corredor, corriendo lo devolvió á un fondista, éste á una prendera, que se fingió enferma para no dormir en la cárcel con el fondista y el corredor. La ropavejera restituyó cinco tapices más del que buscaban, y se echó tierra al asunto por aparecer complicada una dama de alto copete. El tapiz, de seda y oro, representa la Crucifixión; lo heredó Carlos V en 1524 de su tía la infanta doña Margarita. Es magnífico.

Me preguntó un republicano:—«¿Tiene en su colección monedas del príncipe Alfonso?»—«Sí,» contesté.—Y, añadió riéndose, del proclamado en Avila, hermano de Isabel la Católica.—Poseo una en oro y dos en plata.»—Me ha fastidiado usted; creí no existían.—Del otro las habrá, gracias á lo desatinados que andan ustedes: han conseguido que lo quieran las mujeres y los militares que no se pronuncian. Le dieron de baja en el ejército, de sargento, y pronto será alta de capitán general. ¡Menudo salto pegará, á pesar de haber exclamado Prim en las Cortes:—El príncipe Alfonso jamás reinará, jamás, jamás, jamás.—De la libreta del hijo de Isabel II, que fué soldado del regimiento infantería Inmemorial del Rey, número 1, que se halla en la Real Armería, copiamos:

## «S. A. R. PRÍNCIPE DE ASTURIAS

Su ajuste desde 30 de Septiembre de 1862 hasta 1.º de Diciembre de 1864, que ascendió á sargento primero.

Su haber en el expresado tiempo, que se halla depositado en caja, 281 escudos y 363 milésimas.

Por el alcance de su ajuste, 8 escudos y 600 milésimas.

Suma, 289 con 963.

Cargos, ninguno. Alcanza 289 con 963.

Conforme, y distribúyase como se tiene prevenido.—*Alfonso Borbón y Borbón*».

Además del «jamás, jamás, jamás», que exclamó Prim en las Cortes, se hizo célebre otra frase suya. Para que sus partidarios le ayudasen, gritó en el Congreso: «¡Radicales, á defenderse!» Desde entonces, cuando se encuentran dos veteranos averiados, en lugar de saludarse suelen decir: «Radicales, á defenderse.»

En otra borrascosa sesión de Cortes oyó Prim que un amigo suyo, y paisano, gritaba: «Pido la *paraula*». Temió encajarse una barbaridad, y le mandó un volante, diciendo: «Bialó, no fem p..... Calla y eixam fer.»

Pronto hubo arrepentidos.

Sagasta, ministro de la Gobernación, exclamó en las Cortes el 4 de Octubre de 1869, que muchas familias, huyendo de los derechos individuales, se disponían á pasar á Marruecos; que podría decirse empezaba el Africa en los Pirineos y acababa en el estrecho de Gibraltar.

El Gobierno provisional de 1868, para que desapareciese lo que recordaba á los Borbones, trató de cambiar el tipo de la moneda. El ministro de Hacienda encargó á un pintor que le hiciese los dibujos.—¿Cómo representaré á España?—me preguntó el artista.—¡Hombre! ya lo sabían los romanos hace más de 1750 años—le contesté, enseñándole un *aureo* del emperador Adriano con el reverso Hispania.—¿Y el escudo?—



Recordé era yo de Borja, y respondí:—A los cuarteles de Castilla, León y Granada se debe agregar, como es justo, el de Aragón y Navarra, que constituyen la unidad de la patria desde 1512, hasta que Dios quiera completarla con el de Portugal.

En las primeras pesetas acuñadas por la revolución, aparece la España recostada sobre montañas, con el ramo de olivo en la mano y el conejo á los piés, como en las monedas de Adriano; pero la echaron á perder: pusieron la vista del peñon de Gibraltar, una ignominia, y olvidaron expresar á qué nación pertenecían las referidas piezas numismáticas: borricada y media. Continúa el mismo escudo en las monedas de los Alfonsos XII y XIII, añadiendo las lises y cambiando la corona mural en real. Yo, antirrevolucionario, di el tipo de las monedas y medallas de la revolución de 1868. Me toca una partícula de gloria de la Gloriosa.

Al desaparecer el trono, como la medalla de la guerra de Africa tiene el busto de Isabel II, algunos, al llevar tan honrosa distinción, la volvieron del revés, probando carecían de valor ó habían sido desleales. En Cataluña al traidor llaman *caragirat* (cara vuelta).

Los gobernantes establecieron la partida de la porra. Apeleaban á los que no pensaban como ellos, y hasta asesinaron á un joven republicano por equivocación. Sólo hicieron una cosa buena. Calentaron las costillas á los internacionalistas gabachófilos, que se oponían á que se celebrara la función patriótica del Dos de Mayo.

El que capitaneaba en Madrid la partida de la porra, llegó á ser tan alfonsino, que por poco le canonizan al morir. Los periódicos que se llaman ilustrados publicaron su retrato. ¡Estúpida humanidad! Todo lo olvida.

Una noche llegó al café Suizo de Madrid un diputado muy contento, diciendo:—Acabamos de votar la supresión de las quintas; no habrá soldados; está consolidada la revolución.—¡Me alegro!—exclamé.—Con los carlistas sólo puede el Ejér-

cito, los oficiales nos dividiremos, los que se queden sin comer se irán donde les den y otros nos alegraremos al ver cómo á puntapiés lanzan á los liberales al estrecho de Gibraltar.

El rostro de los militares ha estado sujeto al capricho de los que mandaban. Rodil iba afeitado, y dispuso en 1841 que en infantería sólo gastasen bigote los oficiales de granaderos y cazadores. A Espartero le gustaba llevarlos todos perilla larga, como él. Para que se pareciesen á Narváez se mandó dejar la perilla corta, y, si querían, *patillas modestas*. Córdoba, después de la revolución, siendo director de Infantería, por adular á Prim, á éste nadie le hacía la barba, permitió completa libertad en los pelos de la cara. Nimiedades ridículas.

No hay sino un medio de mandar para evitar revoluciones, pronunciamientos y guerras civiles. El que en 1869 practicó don Juan Prim, olvidándose que había llegado á la dictadura por los mismos medios que trataban de arrojarle de ella. Para acabar con las insurrecciones carlista y republicana, repitió á los capitanes generales el siguiente telegrama, que dirigió al de Valencia el 27 de Junio: «No se dé cuartel, y fusílese en el acto á los individuos de las partidas facciosas que se levanten, sea cual fuere la bandera que enarboleen, cuando sean cogidos con las armas en la mano.»

El 19 de Julio reiteró el anterior telegrama y la circular de 5 de Febrero, que dice: «Comunique V. E. órdenes terminantes á quien corresponda, para que, sin pararse en llenar formalidades y requisitos que puedan retardar un solo instante la acción de las fuerzas, sean cargados, disueltos y perseguidos los grupos de gente armada que se presenten en ademán hostil ó hagan fuego contra las autoridades ó la tropa; en la inteligencia de que cuanto más rápido, enérgico y decisivo sea el primer ataque, y menos se preocupe la fuerza pública del número de bajas que cause á los trastornadores, tanto más eficaz y conveniente será para la causa de la revolución el resultado de castigos que, por lo rápidos y ejemplares, hagan comprender de una vez para siempre á los enemigos de la

libertad que allí donde se alcen contra el orden de cosas existentes, serán tratados sin compasión.»

Con tan draconianas órdenes, si hubiera vivido Prim habría evitado la guerra civil y concluido la insurrección de Cuba. Con variar en la anterior circular la palabra *revolución* por instituciones, sirve para todos los tiempos, casos y forma de Gobierno, sin que los más adelantados en ideas puedan quejarse de su origen.

Es preciso ser justos. Prim, ante todo, era español. Comprendió que de la expedición á Méjico sólo iba ganando Napoleón III, y reembarcó las tropas españolas.

En la insurrección de Cuba ofreció á los separatistas, sin intención de darles, la autonomía, y dijo en las Cortes, para que lo supiesen en los Estados Unidos: «La isla de Cuba no se vende; sería la deshonra de España, y á España se la vence, pero no se la deshonra.» Prim tenía carácter. Consultaron con él si, establecida la libertad de cultos, se podría obligar á un oficial que se negaba á ir con la tropa á misa, alegando que no pertenecía á la religión católica. Contestó que fuese, porque la misa era un acto del servicio. Serrano habría complacido al libre pensador, aunque pensara se vulneraba la disciplina militar.

A un teniente aragonés prometieron hacerlo teniente coronel si firmaba que se pronunciaría por la república. Le enseñaron una lista de capitanes que se habían comprometido al ofrecerles el empleo de coronel.—Si éstos—exclamó el oficial—juran que por el bien de la patria se quedarán de tenientes, me sublevo, contentándome con ser alférez.—No admitieron la proposición.

En 1868, grupos de republicanos en Zaragoza destruían los símbolos de la monarquía. Le dijeron á un oficial aragonés se quitase la chapa del morrión, que ostentaba una corona.—¿Llevan ustedes alguna moneda de plata?—les preguntó.—¿Por qué?—Deben tirarlas.—En ellas se halla el busto de la reina.—¡Es verdad!—exclamaron convencidos de que cometían una salvajada.

Durante la sublevación republicana de Zaragoza de 1869, los insurrectos, ocultándose, hacían un fuego horrible en la calle de la Albardería á una compañía del Ejército. El capitán que la mandaba les gritó desde mitad del arroyo:—¡Reniego de ser zaragozano! Batíos á pecho descubierto, como lo hacían nuestros padres con los franceses en los sitios de 1808 y 1809. —Al oír el apóstrofe los paisanos cesaron de tirar.

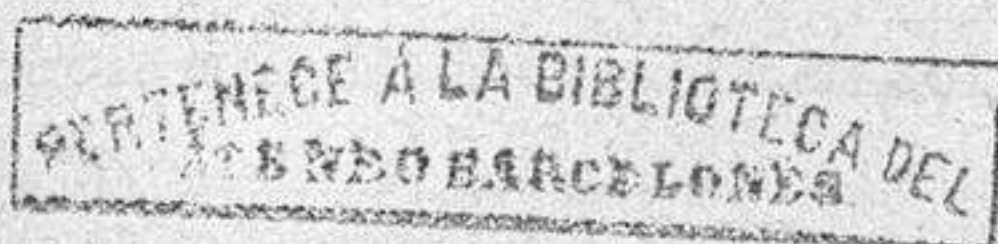
UN SOLDADO VIEJO.

# ACERCA DE LA REFORMA

DE LA

## ORTOGRAFIA CASTELLANA

---



**VALDÉS...** de manera que pues la pronunciación es con *h*, yo no sé por qué ha de ser la escritura con *f*, siendo fuera de propósito que en una lengua vulgar se pronuncie de una manera y se escriba de otra. Yo siempre he visto que usan de la *h* los que se precian de escribir pura y castellanamente. Los que ponen la *f* son los que no siendo muy latinos van trabajando de parecerlo.

.....  
**TORRES.** No sé yo si os aríades dezir esso en la Chancillería de Vallado. lid.....

**VALDÉS.** ¿Por qué no?

**TORRES.** Porque os apedrearían aquellos notarios y escribanos que piensan levantarse diez varas de medir sobre el vulgo, porque con saber tres maravedís de latín, hazen lo que vos reprehendeis.

(VALDÉS. *Diálogo de las lenguas.*)

**E**STE pasaje del *Diálogo de las lenguas* del famoso humanista español del siglo XVI, viene como anillo al dedo á los que han plantado una hache á armonía, una pe á setiembre, y otros colgajos por el estilo, para cuya invención no hace falta más de tres maravedises de lenguas clásicas. Puede, á la vez, servir de introducción á las presentes notas acerca de la reforma ortográfica.

Cuestión es esta que empieza á agitarse con cierto empeño en los países de lengua castellana, respondiendo á una campaña iniciada en Francia, donde es el problema de mayor im-

portancia que aquí, dado que la lengua hablada y la escrita francesas divergen entre sí mucho más que las respectivas castellanas.

Los más doctos lingüistas y pedagogos franceses se han pronunciado en favor de la reforma ortográfica, en dirección al fonetismo. Hace algún tiempo recibió la Academia francesa una petición suscrita por más de 10.000 firmas de profesores de enseñanza primaria, secundaria y facultativa, en demanda de la apetecida reforma; y recientemente ha publicado un boletín profesional otra petición análoga, dirigida al ministro de Instrucción pública, petición que firman gran número de profesores facultativos y de eminentes lingüistas. Existen sociedades dedicadas á promover y fomentar la agitación reformista en ortografía, habiendo aceptado la Academia francesa, en parte, las demandas de tal opinión. Todo esto, como decía, se comprende mejor en Francia que aquí (1).

En Alemania ha ya algún tiempo, en 1879, que se introdujeron reformas ortográficas en sentido fonetístico, asimilando las palabras de origen latino, en su ortografía, á las genuinamente germánicas.

Es un hecho curioso el de que en los renacimientos reflexivos y más ó menos artificiosos de las lenguas y literaturas regionales sea una de las cuestiones más debatidas la de la ortografía. Aparentando tender á la mayor sencillez y naturalidad posible, y creyendo acaso algunos no dejarse guiar de otro móvil, trabajan los regionalistas por introducir en sus respectivas lenguas regionales una ortografía que las separe, más aún

---

(1) En el prefacio á la *Grammaire raisonnée de la langue française*, de Leon Clédat, dice Gaston Paris que «los gramáticos han hecho de casi toda la gramática (salvo la sintaxis) el arte de aplicar la ortografía de la Academia... Escribir, para ellos, significa esencialmente notar los fonemas idénticos diferentemente, ó idénticamente los fonemas diferentes, según el uso académico... Enseñar y aprender ortografía es lo que se llama enseñar y aprender el francés.»

de lo que están, de la lengua nacional con que combaten. Esto se ve en los esfuerzos por enderezar la ortografía catalana del grupo de entusiastas jóvenes que redactaron la segunda época de la excelente revista *L'Avencç*, y esto se ve en las diversas anotaciones adoptadas para escribir el vascuence (1).

Entre los pueblos de lengua española, es en los americanos donde más afán hay por la reforma ortográfica, y entre los americanos, en los chilenos. Puede verse, en prueba de ello, el folleto *Neógrafos kontemporáneos. Tentatiba bibliográfica*, presentado al Congreso Científico chileno de 1894 por don Carlos Cabezón (ó *Kárlos Kabezon*, que es como él se firma).

Como la cuestión ha empezado á tratarse en revistas españolas, y de ella ha dado cuenta en esta misma el señor Baquero, discurrendo con tino y sensatez sobre el punto, voy, por mi parte, á echar mi cuarto á espadas.

\*  
\* \*

---

(1) Como quiera que el vascuence no ha sido lengua escrita hasta tiempos modernos, al llegar á serlo adoptó la ortografía de la lengua en que escribían los vascos, del castellano en general. Posteriormente se ha introducido en el vascuence, *por convención racional*, la ortografía fonética, y de aquí que en vascuence escriban *Bizkaia*, *Gipuzkoa* y *Alaba*, pero hacerlo escribiendo en castellano no pasa de ser una pedantería ociosa, cuando tal sistema ortográfico no se extienda á la lengua toda castellana. En no adoptando en castellano la ortografía fonética no hay más razón en adoptarla para las voces de origen vascongado, porque en vascuence se la haya adoptado, que para las demás. Escribir *bascongado* y no *baliente* es una inconsecuencia. En el fondo sólo se trata de distinguirse. Hay no pocos paisanos míos que hacen cuestión de patriotismo ó poco menos el escribir Vizcaya con *be*. ¡Dios les conserve muchos años la infantil simplicidad de espíritu!

No estará de más advertir, de paso, que al llamar *eúskaros* á los vascos se cometen dos disparates, además de la pedantería ociosa de la *k*, y son: 1.º, que no hay razón para hacer al terminacho ese esdrújulo; y 2.º, que llamar *eúscaros* á los que hablan la lengua *euscara* (no *eúskara*) es como llamar bables á los asturianos, sanscritos á los antiguos indios ó calós á los gitanos. En vascuence se llaman *euskaldunak*.

Hay dos polos entre los que se mueve el proceso de las variaciones y cambios ortográficos, dos sistemas radicales de ortografía: el fonético, en que cada sonido se representa por un sólo signo, no valiendo cada signo más que para un sonido solo, y el etimológico, que tiende á mantener y perpetuar signos de sonidos muertos, meras huellas de lo que fué, como la naturaleza deja á un animal, á guisa de pendejo de estorbo, un órgano muerto por haber cesado en su función. *Mitología* es un ejemplo de escritura fonética, y de etimológica *mythologia*, que es como lo escriben los portugueses (1). En *mythologia*, la *y* y la *th* representan dos sonidos griegos, trascritos así por los latinos, porque careciendo éstos de ellos no tenían signo correspondiente en su propio alfabeto. Es como si nosotros ideáramos representar por una *jh* el sonido de la *j* francesa, y escribiésemos luego *bijhutería* en vez de *bisutería* (advirtiendo que se leyese esa *jh* como *s*), por provenir este vocablo castellano del francés *bijouterie*.

Imposible, ó poco menos, es el averiguar cómo se escribirían las lenguas cuando empezó á adoptarse la escritura alfabética, mas teniendo en cuenta que este sistema debió de desenvolverse del jeroglífico, es difícil que fuese enteramente fonético, si bien, por natural lógica, tendería á ello. Es lo natural que se propendiera á un solo signo por sonido, y un solo sonido para cada signo.

La palabra hablada evoluciona y cambia más que la escrita; á las palabras se las lleva el viento, mientras los escritos quedan. Y así como el vapor toma mil formas, al parecer caprichosas, según el viento que corra, mientras el hielo conserva la que le dió el recipiente en que se formara, hasta que se

---

(1) No me cabe duda de que al hacerlo, obedecen, ante todo, al empeño de diferenciar lo más posible su lengua de la nuestra, ya que no de otro modo, por la manera artificial de escribirla. Si en España se adoptara la ortografía portuguesa, los portugueses habrían de acabar adoptando la hoy nuestra.



le arranque á fuerza ó á lento deshielo, así el *flatus vocis* es más variable, caprichoso y rápido en su evolución, que el jeroglífico. Vive el sonido y cambia, según número y medida, al rodar por las bocas y oídos de las generaciones humanas, mientras el signo gráfico, sujeto á piedra ó pergamino, se empedernece ó apergamina, y queda. Y tanto corre el verbo, y tan pesada es en seguirle la letra, que habiendo arrancado juntos, acaban por perderse de vista, ó poco menos, como se ve comparando el idioma inglés hablado con el escrito, representante éste último de un período antiquísimo de la lengua hablada, período á partir del cual ha sido enorme el desarrollo fonético del inglés.

Muchas veces se ha promovido la batallona cuestión acerca de la lectura de la lengua griega, con las discusiones de erasmianos y reuchlinianos. Como quiera que los textos griegos que se estudian en nuestras cátedras pertenecen á épocas entre las que median más de veinte siglos, desde Homero á los padres de la Iglesia, é incluyen escritos de diversos dialectos, claro está que habría que adoptar distinta lectura, según la época y la región á que el escrito pertenezca. Por donde se ve cómo la lengua escrita da principio de continuidad en medio de las divergencias de lugar y tiempo de la lengua hablada (1).

A la natural divergencia entre la lengua escrita y la ha-

---

(1) A las veces estas divergencias pueden ocasionar interpretaciones erróneas. Vaya de ejemplo: La *eta* (η) griega leíase ya en la época clásica lo mismo que la *iota* (ι), por manera que escribiéndose de distinto modo los vocablos κάμηλος (*cámelos*, camello) y κάμιλος (*cámiilos*, calabrote ó cable), ambos se leían del mismo modo: *cámiilos*. Y esta confusión hizo que por una falta de ortografía se tradujera un famoso pasaje del Evangelio: «es más difícil que entre un rico en el reino de los cielos, que el que pase un CALABROTE por el ojo de una aguja», haciendo del calabrote camello, y resultando así una metáfora disparatada por lo incongruente. Y una vez cometido el error, no han faltado interpretaciones ingeniosas á lo del camello.

blada, que proviene de la relativa fijeza de aquélla junto á la variabilidad de ésta, únese la acción pedantesca de los eruditos, empeñados en mostrar más profundo conocimiento de la lengua, acción que ha producido y produce verdaderos desatinos. ¿Qué diríamos de quien atento al latín *baptizare*, y sin atender que la *u* de *bautizar* es la heredera fonética de la *p* latina, escribiese *bauptizar*? Pues algo así suele hacerse, sobre todo, en francés, en cuya ortografía no faltan casos de albarda sobre albarda.

\*  
\* \*

Los inconvenientes de todos géneros que surgen de la escisión entre la lengua hablada y la escrita, son muchos más y mayores que los que nos figuramos, no siendo el menor de ellos la pérdida de tiempo y de atención que el aprender ortografía artificial hoy causa á los niños. Al dañino proverbio de que «el saber no ocupa lugar», hay que oponer esta coleta: pero el aprender ocupa tiempo.

Tales inconvenientes y la exigencia lógica, han movido en todos tiempos á almas generosas y humanitarias á proponer reformas ortográficas más ó menos ingeniosas y más ó menos practicables, propuestas que han sido más en Francia—por la razón ya dicha—bastando recordar las disputas que á mediados del siglo XVI sostuvieron meigretistas y anti-meigretistas, y la serie de autores que han tratado de esta cuestión en Francia, desde Meigret (1545), pasando por el célebre Pedro Ramus (en su *Gramère*, 1562), hasta nuestros días.

En España se pronunciaron por la buena doctrina nuestros dos primeros linguüistas en orden de tiempo, Juan de Valdés, cuyo es el texto que sirve de lema á estas notas, y el maestro Lebrija, que en sus *Reglas de orthographia en la lengua castellana* propuso ya una reforma en sentido fonetístico.

Hay en esto de la ortografía, como en todo, los revolucionarios y los evolucionarios ó posibilistas, y entre los primeros

los hay fonetistas y etimologistas, ó sea progresistas y retrógrados. Quieren los unos entrar á tajo y mandoble en la ortografía tradicional, no dejando hache ni uvé con hueso sano, y revolviendo todas las ces, qus, ges y jotas habidas y por haber. Otros, retrógrados absolutistas, quieren volvernos hacia atrás y resucitar signos de sonidos muertos, meras cáscaras sin almendra, para colgárselos, cual flamantes arreos, á nuestras actuales voces, y ya que sea imposible hacérmolas pronunciar á la antigua, vístanse á ella por lo menos.

Empezando por desembarazar el campo de las razones de estos últimos, digamos que alegan, como única, la de que con escribir conforme al origen etimológico de las palabras ganaría la claridad del significado, evitándose así discusiones. Razón esta especiosísima. Ganarían, si es que ganaban, en claridad de significado las palabras, merced á la ortografía etimológica, tan sólo para aquellos que conocieran las lenguas madres y el vocablo matriz en ellas; pero estos tales ¿necesitan acaso de tal ortografía? ¿No son capaces de hallar sin ella la etimología? «La ortografía llamada etimológica no enseña nada á los que no saben ni latín ni griego, y no ilustra tampoco á los que han hecho estudios filológicos», dice muy bien León Clédat en su *Grammaire raisonnée de la langue française*.

Y además de esto, ¿de cuándo acá depende de la etimología la claridad del significado? ¿Es que el significado no evoluciona lo mismo que evoluciona la forma fónica? ¡Aviado saldría quien de la etimología quisiera sacar lo que significan las voces *pontífice*, *presbítero*, *estro*, *persona*, y cien más!

No hay que darle vueltas á la cosa; tenía Bello razón sobrada al decir que conservar letras inútiles por amor á las etimologías, le parecía lo mismo que conservar escombros en un edificio para que estos nos hagan recordar al antiguo.

Ocurre, además, y esto es lo más importante acaso, que la ortografía etimológica es la menos científica, porque no reproduce el *hecho actual* y *vivo* tal y como es, con la mayor

exactitud posible. ¡Enterado quedaría el extranjero que leyendo nuestra prensa creyera que en español decimos *septiembre!*

Y ¿qué diríamos si algún futuro sabio elefante tudesco endilgara una disertación doctísima acerca del sorprendente fenómeno de que habiéndose reducido el grupo fonético latino *pt* á *t* castellana, según *ley natural*, volvió á resucitar la *p* en el último cuarto del siglo XIX? (1).

Nada más científico que la reproducción, lo más fiel posible, del hecho; como que la ciencia se reduce al conocimiento de hechos mediante leyes, no de leyes mediante hechos. El fonógrafo es, sin duda, un procedimiento mucho más científico que la escritura, de reproducir la lengua hablada. Como dice muy bien Max Müller en su *Ciencia del lenguaje*, «la pronunciación de las lenguas cambia conforme á leyes fijas, y su lectura ha cambiado de la manera más arbitraria, de modo que si siguiera nuestra ortografía estricta y fielmente á la pronunciación de las palabras, serviría en realidad de mayor ayuda para el estudiante del lenguaje que lo que le sirve el modo actual de escribir, incierto é incientífico.» Esto lo escribía Max Müller en inglés, que es donde mayor aplicación halla.

\*  
\* \*

¿Es cosa, pues, de que nos echemos desde luego en brazos

---

(1) En algo así cayó el benemérito D. Tomás Antonio Sánchez, que en su *Prólogo á las poesías del buen clérigo Berceo, preste sabidor de la fábula de Tulio e Marón*, decía no hallar camino por donde disculpar al poeta de la falta de consonante que se nota en algunas de sus coplas. (v. *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*, tomo II. Madrid, 1780). Citaba al propósito, entre otras faltas, la de que Berceo pone por consonantes *benedicto, victo, fito, zatico, ó quantos y sanctos*, sin echar de ver el bueno de Sánchez que Berceo rimaba á oído y no á vista, y sin recordar lo que decía posteriormente Valdés, el autor del *Diálogo de las Lenguas*, que él no escribía como muchos *sancto y significado*, porque esas *c* y *g* no sonaban. Y aquí sí que en fuerza de pedantería, han logrado los ortografistas que digan muchos *significado* haciendo sonar la *g*.

de los radicales revolucionarios fonetistas? ¿Bamos á ponernos á eskribir (ó esqribir) desde luego en alguno de los barios sistemas neográficos komo por aí korren? ¡Líbrenos Dios! ¡A dónde iríamos á parar!

Si se les dejara entrar á tajo y mandoble en la tradicional ortografía de modo que no quedasen *h* ni *v* con vida, y revolbiesen todas las *c*, *q*, *g* y *j*, ¿qué sería de aquellas reglitas, llenas de encanto tradicional é impregnadas de dulces recuerdos infantiles? Los que nos sabemos la vieja ortografía, ¿qué íbamos á hacer de ella? ¡No, mil veces no! Sería una medida cruelísima que habría de ocasionar grandes sinsabores á los hombres hechos y acostumbrados á la ortografía hoy usual entre gentes de buena conciencia, proporcionándoles larga serie de tropiezos y dificultades la rotura,—ó si ustedes prefieren, ruptura—de la asociación mental, establecida por hábito entre la palabra escrita y la hablada, pues un escrito falto de ortografía es costosísimo de ser leído. Las asociaciones de ideas establecidas ya son derechos mentales adquiridos, y contra los derechos adquiridos no hay justicia que valga. O por lo menos que se nos indemnice á los perjudicados.

Pero hay otra razón potentísima en contra del fonetismo ortográfico impuesto de golpe y porrazo, y es que la ortografía tradicional es principio de continuidad, no sólo en el tiempo, sino que también en el espacio. Si los pueblos de lengua inglesa,—*the english speaking folk* que ellos dicen,—adoptaran la ortografía fonética escribiendo cada cual como pronunciase, es seguro que habrían de surgir al punto de la lengua inglesa un número de dialectos que llegarían á hacerse ininteligibles entre sí. Gracias á su ortografía, enrevesadísima como es, mantiene su unidad el inglés; su ortografía es en él el principio conservador, en lengua tan hondamente progresiva.

La unidad que la ortografía impone, al contener la excesiva variabilidad de la lengua hablada, le da unidad en espacio y tiempo.

Recuerdo haber oído contar que un español, no andaluz, se

encontró en una casa de cierto lugar de Andalucía con esta inscripción:

*k pan k la*

Preguntó al dueño del local lo que esto significase, y el dueño, riguroso fonetista, le contestó que bien claro estaba lo que allí decía: *ca pancalá*. Y como no pudiera sacarle de aquí, pidió le dieran de aquel producto, que tal llegó á parecerle, encontrándose con que era *cal para encalar*.

Y, en efecto, ¿por qué no habían de escribir los unos *señor* y los otros *zeñó*; éstos *pollo*, y aquéllos *poyo*; unos *piedá*, otros *piedat* y *piedaz* otros? Y ¿quién sabe si así no se enriquecería la lengua con accesión dialectal? ¿Qué es, después de todo, la voz *juerga* más que una manera dialectal de pronunciar lo que otros dicen *huelga*? Una *juerga* no es más que una huelga andaluza. Neografista hispano-americano hay que escribe *reflekzión*, sin duda porque así lo pronuncia, y, sin embargo, no es esa la pronunciación corriente en España (1).

Nuestro mismo alfabeto es una abstracción, porque en boca de españoles se oyen muchos más sonidos que los que componen nuestro abecedario. El signo *s* responde á varios sonidos diversos, según la región española. Y en otro sonido, ¿dice acaso un riojano *contra* lo mismo que un segoviano?

La ortografía fonética misma, formulada de un modo ó de otro, es ya un principio autoritario y centralizador; todo lo que no sea escribir cada cual como él habla, no es puro y neto

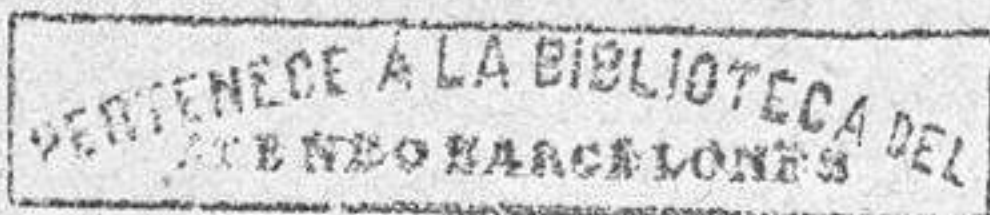
---

(1) Aquí cuadra el mencionar la ignorancia de ciertos fonetistas que escriben *embarrar* y *enbiar*, creyendo que eso de *m* ante *b* y *p* es cosa que unas veces sucede y otras no. Ignoran que es una ley fonética, no ortográfica, la de que hablando *de corrido* se pronuncia antes de las labiales *p* y *b* la nasal labial *m* y no la *n*, que es cuestión de mecánica, ni más ni menos. Es más: en frases como «está en Barcelona», decimos «está *em* Barcelona.» Es ley de economía, en vez de los tres tiempos de *nb* los dos de *mb*.

fonetismo. Y si esto se usase, ¡vaya una algarabía la que se armaba!

Se trata, pues, en todo caso, de simplificar la ley escrita, pero no de abolirla. Creo además lo más eficaz para destruir la ley, empezar por acatarla; el aceptar algo como mal necesario, es el principio de su eliminación. Resignación, pues, á la actual ortografía, pero resignación activa. No me correré hasta el puro idealismo de escribir *circuspección*, pero ni aunque me aspen me hacen escribir *inconsciente* ó *incognoscible*.

\* \* \*



Entre las dos escuelas radicales, la de los revolucionarios fonetistas y la de los revolucionarios etimologistas, tenemos la de los posibilistas ó evolucionarios, la de los que, sin violentar la marcha natural de las cosas, procuran acelerarla, ó más bien quitarle estorbos del camino. Y no ha de confundirse con el de éstos cierto donoso evolucionismo que fija hitos para la total reforma á plazo fijo, como la preciosísima proposición que en 1859 hizo en Francia Casimiro Henricy, de reformar en diez años la ortografía francesa, dividiendo las reformas en cinco grados, escalonados de dos en dos años. ¡Esto sí que es jacobinizar la evolución!

Como ejemplo de sano posibilismo en reformas ortográficas, mencionaré la del meritísimo D. Andrés Bello, espíritu eircunspecto, aplomado y poco amigo de brusquedades, que escribía *i* latina siempre que ésta fuera vocal (*i*, *hai*, *voi*) y *jota* en todo sonido de *ge* áspera (*lójica*, *jeología*), relegando la *g* para las sílabas *ga*, *gue*, *gui*, *go*, *gu*. Nótese que esta modesta reforma, sin romper asociación alguna, y manteniendo los sonidos actuales de la jota y de la *ge*, introduce un orden en aquella anarquía de escribir *mujer* ó *muger*, *extranjero* ó *extrangero*, y reduciendo la *ge* á no más uso que el de su sonido suave, prepara el olvido de que sonara como jota, y la caída, consiguiente á tal olvido, de la *u* de *gue*, *gui*, naturalísima

caída cuando ya no se emplee la *ge* con sonido de *jota*. En esta pequeñez de escribir Bello *jeología*, ¡qué curso de posibilismo!

Tenemos otros, casticísimos en su carácter, á las veces progresistas y otras retrógrados, que ni van al vado ni á la puente, ni se están en medio; que ni suben, ni bajan, ni se están quedos; arbitrarios casi siempre, que sin atreverse á romper la tradición erudito-pedantesca, sólo á medias nos vuelven á ella; conservadores, en fin, á la española, que todo lo embrollan sin conservar nada, y que en vez de mantenerse entre los extremos, oscilan de uno á otro. De esta laya es nuestra desdichadísima Real Academia de la Lengua.

\*  
\* \*

Curiosísimo fenómeno social es el de con no oirse más que cuchufletas y rechiflas por lo de escribir *Septiembre*, *subscriber* y *obscuro*, las voces que todos, incluso los más de los que así las escriben, decimos y debemos decir *Setiembre*, *suscriptor* y *oscuro*, vaya, sin embargo, cundiendo tan irracional innovación por toda la prensa. La periódica, que pone como no digan dueñas á la Real Academia Española si para una de sus poltronas prefiere un filólogo á un literato, dobla la cerviz á los preceptos académicos. Mas esto lo dejo para tratarlo con más espacio en otra ocasión.

El hablista aquel de marras que sabía decir de tres maneras distintas una misma palabra, y eran *porcurador*, *percurador* y *precurador*, se encontraría hoy como el pez en el agua al ver que puede decirse *subscriber*, con sus adminículos paleortográficos todos, *suscriptor* y *subscritor*, que de todas estas maneras lo he visto escrito, y de todas lo trae el Diccionario oficial.

Santo y bueno que se nos recomiende el que resucitemos esas pobres *b* y *p*, muertas en la pronunciación por efecto de ley natural fonética, pero ¿por qué hemos de quedarnos á mitad de camino y no escribir *siepte*, *aptar*, *escriptor* y *ebskon-*



*derse* en vez de siete, atar, escritor y esconderse, ó por qué nos hemos de quedar en *subjeto* sin llegar á *subjecto*? ¡Vaya un modo de *limpiar* la lengua, llenándola de barreduras y espolvoreando sobre ella toda la caspa que soltó hace tiempo!

Saben los reformadores estos los tres maravedises de latín que son menester para conocer que setiembre deriva de *september*, pero ignoran, por lo visto, la ley de vida del castellano, que es cosa distinta de los textos muertos; la ley del legítimo fonetismo castellano que hizo, así como de *septem* siete, y de *aptare* atar, de *septembrem* setiembre. O ¿es que pretenden, al hacernos escribir una *p* muerta, que la pronunciamos *en contra de las leyes fonéticas de nuestra lengua*, de lo que el oído y la boca no pervertidos nos lo mandan?

Y puestos á reformar, ¿por qué se le ha de añadir una hache á *armonía*, y no se le ha de quitar á *henchir*, ya que obra la misma razón etimológica, porque el latín *implere*, de donde *henchir* deriva, no la tiene? (1)

Estos disparates son atrozmente más disparatados que los del pueblo, porque los que en éste se suponen tales, provienen, casi siempre, de que sigue fiel á las leyes de vida que presidieron á la formación del idioma castellano, y así, al decir *persona*, no hace sino lo que sus abuelos al hacer del latino *percontari* nuestro corriente á la vez que literario *preguntar*.

Más razón asiste al vulgo al decir *güerta*, *carauter* ó *doldrá* y otras cosas así, que se creen hijas de desidia, que al erudito calafateado y embreado contra el aire fresco de la lengua viva de la calle, que busca el idioma en libracos empolvados y dice telegrama ó intervalo (llanos) y escribe obscuro. Por disparate

---

(1) En esto de etimologías nada debe extrañar en la Academia que ha sancionado la parte etimológica del Diccionario oficial, parte que es un cúmulo tal de despropósitos, que mayor no cabe. Revela profunda ignorancia del bajo latín, profunda ignorancia de la fonética hispano-latina, y hasta la incuria de no haber consultado ni siquiera el Littré. Se conoce que es obra de algún erudito ayuno de ciencia lingüística.

pasa *doldrá*, y no *valdrá*; *sicología*, y no *salmo*. No es cosa de defender en todo y por todo al pueblo, ni cabe negar el que la lengua viva tenga sus enfermedades y su aspecto patológico; pero éste se agrava si se la cría en estufa, y, sobre todo, tanto enseña la Gramática académica á hablar y escribir correctamente y con propiedad, como enseña á digerir la fisiología. Pero Grullo, sin haber estudiado ni fisiología, ni lógica, ni gramática, digiere, discurre y habla como cada hijo de vecino.

No necesita el castellano, para conservar su pureza y el sello de su abolengo, el que le planten esos caireles, y flecos, y borlas llenas de jeroglíficos; que no por vestir á la antigua usanza á un quidam cualquiera resultaría con aire de nobleza. Sin toga vieja y remendada es el castellano latín hasta los tuétanos.

\*  
\* \*

Vamos á entrar, lector paciente, en el fondo de la cuestión, en el verdadero fondo de ella. Aquí verás que no es ésta tan baladí como á muchos parece, y que esto de la ortografía no pasa de ser síntoma parcial de una dolencia general y grave, más bien de una diátesis morbosa de nuestra sociedad actual.

¿Por qué se ha de escribir y decir *inconsciente* é *incognoscible* en vez de *inconciente* é *inconocible*, ya que todos escribimos y decimos *conciencia* y *conocer* y nunca *consciencia* ni *cognoscer*? ¿Por qué *subscriptor* y no *escriptor*? ¿Porqué *transportar* y no *transpasar*? La lógica del error nos guiará á la solución de este punto.

Hace años que vengo tomándome la paciencia de ir anotando las faltas de ortografía que encuentro en libros y periódicos, y que no cabe achacar á los pobres cajistas; anótolas para ir luego clasificándolas y analizándolas. La mayor parte de ellas se refieren á la equis intrusa y al disloque de la hache, consistiendo en plantar una *x* allí donde no cabe ni etimológica ni fonéticamente, y en dislocar la *h*, sacándola de quicio.

Respecto á la intrusión de *x* impertinente, se lee *excéptico*, *explendor*, *expontáneo*, *expoliación*, *excisión*, *extrategia*, *extrangular*, etc., faltas en que caen personas que, si no latín, saben, por lo menos, algo de francés, y están hartas de leer *sceptique*, *splendeur*, *spontané*, *spoliation*, *scission*, *strategie*, etc., con ese líquida. Pero no haya cuidado de que estos sujetos escriban *estensión* y *estraño*, que es como lo pronunciamos la inmensa mayoría de los españoles, incluso los más de ellos. No se equivocarán—si es que eso puede llamarse equivocación—dejándose guiar de la lengua hablada por el pueblo, no por cierto.

El disloque de la hache consiste en escribir cosas tales como *alhagüeño* por *halagüeño*. Y puede añadirse la intrusión de haches impertinentes, como en *exhonerar*. Pero no recuerdo haber leído *alaraca*.

Hay erratas análogas, como es escribir *contricción*, *transicción*, *oceano*, etc., duplicando, contra toda razón, la *ce*; pero raro es el que se descuida en escribir *di stración*. ¿Quémás? he leído *intransmisible*.

La característica general de las erratas consiste en equivocarse yendo contra la pronunciación, poniendo letras que ni se pronuncian, ni deben pronunciarse. Rarísima vez se ve escrita una palabra tal como se pronuncia, aunque sea en contra de la ortografía oficial. En resolución, prefieren equivocarse contra el pueblo que yendo con él, y eso que en este caso no hay equivocación.

Bien sé que muchas de esas faltas provienen de juicios por analogía; de falsa, pero naturalísima, asimilación, y que así como el pueblo por analogía con *caiga* y *traiga* dice *haiga* y *vaiga*, así muchos escriben *excéptico* por sonarles á algo que dice relación con *excepto* ó *excepción*—*expoliación* ó *excisión*, por el gran número de palabras que empiezan con la preposición latina *ex*, y *extrategia* por creer que su primer componente sea la preposición *extra*. La misma falsa analogía les lleva á escribir *exhonerar*, figurándose significa privar á alguien de sus honores.

Mas la razón honda de tales errores es la de figurarse que se acierta y se muestra mayor ilustración escribiendo como no se habla; es pedantería inconciente (1).

Por dentro de esta pedantería inconciente descúbrese la razón íntima y honda de la persistencia de tales etiquetas y ceremonias lingüísticas. Podrá parecer todo esto chinchorrerías y pequeñeces; pero mirando hondo no lo son tanto, pues en ello se revela un aspecto de nuestra sociedad, uno de los síntomas de los efectos producidos por la escisión en clases sociales que llevó consigo la de formas de lenguaje. No hay que despreciar por insignificante el fenómeno de que haya gentes que larguen equis á porrillo, porque no se crea que escriben como habla el vulgo.

¿Cuál es, en efecto, el principal y hondo obstáculo (¿por qué no ostáculo?) á la reforma de la ortografía?

\*  
\* \*

«Si se adoptase una ortografía fonética sencilla, que, aprendida por todos pronto, hiciera imposibles, ó poco menos, las faltas ortográficas, ¿no desaparecería uno de los modos de que nos distingamos las personas de *buena educación* de aquellas otras que no han podido recibirla tan *esmerada*? Si la instrucción no nos sirviera á los ricos para diferenciarnos de los pobres, ¿para qué nos iba á servir?»

---

(1) Pedantería es escribir *México* ó *Xerez* porque en otro tiempo ó en otra lengua sonara la jota de Méjico y Jeréz de otro modo, porque en tal caso habría que escribir  $\alpha$  casi todas las jotas castellanas. El *México* de los mejicanos es como el *Bizkaia* de mis paisanos los vizcaínos.

Otra pedantería es *kilometro*, transcribiendo con *k* la letra griega que siempre se ha transcrito al castellano *qu* ó *c*, como en quimera, químico, raquítico, carácter, cólico, etc. Lo correcto etimológicamente sería *quiliómetro* porque *kilómetro* querrá decir «medida de burro», pero no lo que se quiere que diga, etimológicamente, se entiende.

¿Y los que en un mismo libro escriben *polyteismo* con *y* griega y *mitología* con latina?

Estas reflexiones, concientes ó inconcientes, expresas ó tácticas, bajo pretextos especiosos, dense ó no se den de ellas cuenta, se las hacen seguramente cuantos viven influídos por los sentimientos de holganza y de lujo que provoca nuestro estado social de rapiña y de privilegio.

Entre los chinos es de una exquisita elegancia el no cortarse las uñas, dejándoselas crecer y cuidándolas con cariño y paciencia; siendo la razón de esto la de que el llevarlas largas es señal de que no se trabaja con las manos, de que el elegante unguado no necesita dedicarse al trabajo *servil*, único de que se nos ordena descanso, y de que puede, por lo tanto, dedicarse á hombre de rapiña. Y esta moda chinesca, símbolo, aunque al parecer insignificante, muy significativo de un sentimiento de barbarie propio de un amo de esclavos, esta moda, digo, ha arraigado entre nosotros.

No otra cosa significan, ni son más que largas uñas de elegancia chinesca, la mayor parte de las modas, maneras y usos de la *buena sociedad*, el gastar ortografía inclusive, como el gastar corbata. Son medios de que para distinguirse del pueblo *inculto y grosero*, mediante gestos, muecas, visajes, pen-dejos, cintajos, colgajos, plumajes y exterioridades, se sirven los que en nada se distinguen de él por la interioridad, los que le son inferiores en muchos respectos, y, sobre todo, en el principal de ellos, en la aptitud para trabajo socialmente útil.

¡Cuánto tiempo perdido en aprender futilidades y hasta desatinos que no tienen otro objeto que hacer al hombre *presentable en sociedad escogida*! ¡Qué años tan hermosos y qué energías tan frescas, malgastadas en dar á los sentimientos y á las ideas un mero barniz de falsa *finura*, para que no nos confundan con los pobres que gastan callos en las manos! ¡Qué martirio aquel á que se somete á los pobres niños para que no sean *ordinarios*, sin que por eso lleguen á *extraordinarios* jamás! ¡Qué feroz insistencia la de los padres y los maestros en torcer lo derecho y corroborar lo torcido de sus naturales instintos! Desde que, aún mamoncillo, se le está impor-

tunando para que no se sirva de la mano izquierda, hasta que se ve obligado á las veces, y aun contra su gusto, á aprender á bailar el rigodón ó á jugar al tresillo, ¡qué *via-crucis* de estupideces! Y es lo peor que, una vez que ha aprendido una cosa, quiere soltarla, venga ó no á pelo; quiere hacer uso de sus pendejos raídos; quiere embozarse en andrajos deshilachados, aunque no le abriguen. Tanto como se nos enseña, nadie lo hace á que sepamos olvidar, porque pocos meditan en que la ciencia verdadera se basa sobre el saber ignorar y olvidar. Los que han aprendido nuestra tradicional ortografía, ¿van á desperdiciar el resultado del esfuerzo empleado en aprenderla?

Dicen los pregoneros de la ortografía fonética, que el aprender la oficial hoy, supone una gran pérdida de tiempo y de energía mental. Tanto mejor. El saber ortografía probará así que se ha podido perder tiempo y atención en aprenderla; que la madre no ha necesitado al niño en casa ó en el taller; que el feliz que no se equivoca al escribir *alhaja*, no se ha visto obligado á ir de pequeñuelo á la fábrica, á que le estrujen para alimentar con su jugo al pobrecillo que tiene que aprenderse la lista de los reyes visigóticos; que puede darse el lujo de gastar uñas chinescas, en fin. ¡Desdichados los dos: el que cuida de la máquina y el que aprende las reglas para saber cuando hay que poner *b* y cuando *v*! Lo que redima al uno, redimirá al otro.

Hasta hoy, los reformistas sólo la han emprendido con algún brío en contra de la ortografía tradicional, en contra del latín, y de cuatro cosas más. Pero ¡cuánto reformable! ¡Qué inmensa balumba de conocimientos inútiles para la generalidad, y más inútiles aún tal y como se enseñan!

Es frecuente oír: «Debe usted hacerle bachiller; adorna mucho y da cultura». ¿Cultura? ¿Cultura el aluvión de fórmulas muertas é ideas empedernidas? ¿Cultura al espíritu el gerundio y las oraciones de infinitivo, y de *sum*, y el polipote, y la metonimia, y *bárbara*, *darri*, *ferio* y *baralipton*, y la lista de las dinastías egipcias ó de los reyes visigodos, y los motes

de cuatro bicharrajos, y la descripción de la máquina de Atwood? ¡Pobre cultura la de las generaciones en cultivo!

El hombre *culto* y *bien educado* bachillerescamente, no sólo es incapaz de manejar un martillo ó un hacha, si alguna vez le fuere preciso manejarlos, sino que á lo mejor desprecia de corazón al que los maneja y escribe *ombre* sin hache.

Y el *culto*, no sólo no sabe servirse de un martillo—cosa que nada tendría de vituperable,—sino que tampoco de su entendimiento para comprender lo que el martillo significa. No comprende el *hecho* más insignificante, el verdadero hecho, el palpitante hecho de carne de la Naturaleza, el que chorrea vida, y no el miserable engendro que como tal le dan en letras de molde, llamando hechos á meros relatos de ellos. Suele ignorar que la materia de la ciencia la tiene en derredor, que se codea con ella á diario; y en el asunto de que más especialmente vengo tratando, suele ignorar que el pueblo es el verdadero maestro de la lengua; que el disparate del docto, es más disparate que el de Juan Pueblo; que no hay academias, ni gramáticas, ni erudición, ni escuelas que valgan contra la ley de vida.

¡Cuánto podría decirse acerca de todo esto! ¡Cuánto acerca de ese constante empeño que tiene el *caballero* de distinguirse del *hombre*, título el más noble!

Adoptar una ortografía sencilla y fácil, que haga imposibles las faltas ortográficas, es algo así como adoptar un uniforme. Y si no nos distinguimos por el traje, ¿qué será de nosotros? Si al que lleva levita, se la quitan, y con ella la ortografía y el bachillerismo, y le cortan las uñas chinescas, ¿qué queda del *caballero*? Le han quitado el caballo al caballero: queda un simple hombre.

La verdad es que si los tres maravedís de latín que nos propinan, y las reglitas para saber cuando hay que poner *b* y cuando *v*, no son una especie de uñas chinescas, no vemos bien ni para qué sirve todo eso, ni qué alimento de enjundia dé al espíritu sano.

MIGUEL DE UNAMUNO.

# CRÓNICA INTERNACIONAL.

---

La elección presidencial en los Estados Unidos. — El sentimiento europeo á este respecto. — Los reaccionarios de nuestro continente. — Las elecciones presidenciales y las herencias regias. — La levadura puritana. — El Ohio, patria de Mac-Kinley; sus caracteres históricos. — Movimiento religioso europeo generador de los Estados Unidos americanos. — Mac-Kinley, cuáquero y republicano, comprometido en sustentar estos progresos. — La política del Evangelio. — Influencia de los Estados Unidos en Europa. — Causas de esta influencia. — Tradición presbiteriana. — Desvios de esta grande tradición. — Imprescindible necesidad de volver á ella. — Bryan y Mac-Kinley. — Europa. — Las revelaciones de Bismarck. — Necrología del partido republicano europeo. — Las cuestiones intercontinentales de Oriente y Occidente. — Reflexiones. — Conclusión.

## I

**L**as miradas de todos los europeos hánse vuelto en estos días corrientes hacia el Nuevo Mundo, con motivo de la elección del cabeza ó jefe en los Estados Unidos. La muchedumbre de reaccionarios, á quienes aturde la grande actividad política de un pueblo libre, como puede aturdir la máquina del vapor al indio de la canoa, buscan por doquier manchas que ponerle y crímenes que atribuirle á este gran pueblo, porque desarrolla la democracia, la República, la libertad, en régimen industrial, donde sin reyes hereditarios ni clero estipendiado, al revés de Inglaterra; sin ejércitos innumerables, al revés de Alemania; sin diarias conquistas, al re-



vés de Rusia; sin recelos de guerras intercontinentales, al revés de Europa, se funden diversas razas en la obra común de un trabajo incesante, trabajo creador y divino, al cual debemos desde los pararrayos que conjuran y descargan las tempestades del cielo, hasta la luz eléctrica, que parece como un anillo de materia radiante puesto al planeta, la obscuridad en su seno, conjurando así como la noche del espacio infinito. Francamente, viejo y tenaz republicano, me admira un pueblo industrial, un pueblo mercantil, un pueblo trabajador; acostumbrado menos que ningún otro pueblo á las leyes artificiosas y restrictivas de las leyes naturales; capaz de no resentirse ni quebrantarse á las expansiones del individuo entregado á sí mismo en los derechos individuales ni al ejercicio de la soberanía depositada en todos, mediante los decretos del sufragio universal; hacedor de un gobierno impuesto por cada uno á la totalidad y suma de aquella confederación, presidida por jefe único, producto y hechura de la pública voluntad. Que las hojas diarias de su prensa, numerosísimas como el follaje de aquellos bosques y selvas; que las reuniones públicas, semejantes al oleaje oceánico; que las contradictorias, y sin embargo, tenaces aspiraciones de la Humanidad hablen allí con voz de trueno; que tenga su política las contradicciones de su territorio, extendido desde los hielos del Polo á los incendios del trópico; que, para domar mares tan tempestuosos, ríos como mares, vientos asoladores como un ciclón perpetuo, el hombre se haya convertido en un Hércules y un Teseo, semejante á los que purgaran la tierra de monstruos en tiempos mitológicos, únicamente pueden decir esto: allí baja cada día más el tipo feudal de los conquistadores y sube cada día más el tipo moderno de los industriales; desciende la guerra y sube á su vez el trabajo. Mientras dura la elección, parece caerse la máquina celeste; dislocarse la tierra con los estremecimientos de la pelea; dementarse los electores, remangándose los brazos para dejar el boletín de su voto y asir la cuchilla del guerrillero; trocarse cada *meeting* en un ejército de rebeldes, y

cada procesión cívica en un llamamiento á las revoluciones, hasta que, acabada la contienda, todos aquellos agitados cesan en sus pasajeras neurosis, para prestar acatamiento á las leyes, obedecidas con obediencia ciega, y todos á una reconocen la voluntad general en el designado por su voto, aunque le haya sido contrario, pues al gobierno de los pueblos libres concurren tanto las mayorías como las minorías, dado el desarrollo de las fuerzas contradictorias, cuyas combinaciones mecánicas producen á un mismo tiempo la estabilidad y el progreso. Aunque hayan querido los opuestos á las libertades humanas encarecer la perturbación de los ánimos, las amenazas de los partidos próximos á desmandarse hasta llegar á las manos, los tumultos y aun los asesinatos para desacreditar á los gobiernos electivos, no recuerdo elección presidencial que haya costado tanta sangre cuanto costaran la guerra española entre los Austrias y los Borbones por la herencia de Carlos II; la pragmática sanción autorizando el reinado imperial de María Teresa; las competencias horrorosas en que tres generaciones de reyes absolutos, rechazados y maldecidos por la Nación, han desgarrado nuestra nacional tierra; los conflictos cruentos connaturales á los gobiernos hereditarios en el día tremendo de traspasarse las coronas por las herencias. Todavía se disputan el desvanecido trono de Francia cuatro pretendientes: los Hannoveres, arrojados de Alemania, y los Bavieras, disminuídos por sus propias victorias, no se conforma ninguno con desgracias impuestas por el progreso á su poder y autoridad antiguos; en cada reynecillo, antaño existente, late una oposición oculta, presidida por dinastías destronadas que no pueden á su desgracia resignarse, y que detestan la unidad de Italia; los Karas persiguen á los Miloch en Servia; el príncipe que pueda recoger la corona y el tálamo de la reynecilla holandesa puede casi dar en tierra con la independencia de Holanda; á nosotros nos notifica el cien veces roto y rechazado por la voluntad nacional, D. Carlos, que alguna vez nos arrojará la guerra civil encima é inmolará

otra generación española; mientras en los Estados Unidos el candidato á quien los electores legalmente rechazan felicita por su triunfo al competidor triunfante, después de haber hecho sobrehumanos esfuerzos para vencerlo, y declara que verá en su persona el santo simulacro de las leyes patrias y el augusto personificador de la voluntad general.

## II

Fué necesario que tomara institución tan bárbara como la esclavitud el terrible aspecto y proporciones que tomó, para engendrar la guerra de separación entre los Estados del Norte y los Estados del Sur, divididos y enconados, no por la elección de presidente, por destruir los unos y conservar los otros ergástulas sociales, cuya extirpación ha costado guerras y revoluciones sin cuento en todos los pueblos de la tierra y en todos los tiempos de la Historia. Eso no se repetirá. Sin embargo, creíase aquí generalmente que debía eso repetirse. Los pesimistas eternos y los reaccionarios impenitentes, los que soñaron desatentados con una República esclavista y pirata y negrera en el Mediodía, é hicieron, después de haber intentado vanamente rehacer en Santa Ana un Iturbide, trágico emperador á Maximiliano, creen todavía imposible la continuación de fuerte unidad sajona en el Nuevo Mundo. Y lo deducen de la última elección presidencial. Pero la última elección presidencial no se ha reñido por la protección y el cambio libre, como algunos acostumbran decir sin fundamento; no se ha reñido por el monometalismo y el bimetalismo siquiera; no se ha reñido por la libertad ó por las restricciones en el acuñamiento de la plata; se ha reñido por si había de predominar la política comunera ó había de predominar la política conservadora. La batalla capital no se ha librado por ninguna otra cuestión más que por la cuestión social. De un lado se han visto aquellos que desean guardar la República tal y como se

halla compuesta; de otro lado aquellos que desean innovaciones radicales, no sólo en el Estado y en la Constitución, hasta en la propiedad y en la familia. Mac-Kinley representa, con su prohibicionista protección á la industria y su presbiterianismo antiguo, la vieja tradición republicana, siempre reaccionaria en Economía política, pero siempre cristiana en religión y siempre conservadora de las instituciones libres, amadas con una fe viva en su virtud ó con una esperanza en su perpetuidad, muy parecidas á la fe y á la esperanza religiosas. La Religión, en los Estados Unidos, por lo mismo que no tiene ningún poder oficial, tiene un poder moral incontrastable. No puede negarse que así como el luteranismo engendró las Iglesias monárquicas de Alemania, Francia é Inglaterra, el calvinismo engendró las Iglesias republicanas de Suiza, Holanda, Escocia y América. Calvino influyó en Knox de un modo soberano; Knox influyó en Escocia; Escocia influyó en Inglaterra; é Inglaterra, bajo el ideal de estos dogmas, conocidos con el nombre de dogmas presbiterianos y puritanos, fundó su fugaz República de Cronwell, la cual, una vez concluída, emigró con los peregrinos, transportados por la Flor de Mayo, á tierras de América, implantando allí sus instituciones progresivas, todas ellas consecuencia natural del gran movimiento democrático cristiano, que parecía extinto en la hoguera de Savonarola, donde creyó consumirlo para siempre la ciega imprevisión de los Pontífices romanos. Reconócese como uno de los caracteres propios del protestantismo británico la descomposición interior, á virtud del pensamiento libre individual, en sectas múltiples, pues aunque las Iglesias presbiterianas aparentan más rigor dogmático y religioso que las otras sectas protestantes, no puede, no, negarse que abren, por su propia naturaleza, vado mayor aún á la libertad de pensamiento. Aquella Iglesia episcopal británica, tan fuerte de suyo por su organización y por su historia; tan rica en copia de bienes, donativo de la nueva Monarquía, casi eclesiástica, fundada por Enrique VIII; con sus dos grandes jefes, cuyas rentas recuer-

dan las antiguas rentas de los obispos toledanos; con tanto poder y tanto prestigio, no ha podido impedir la división del clero político y oficial en Iglesia baja y alta, en ritualismo que frisa con los ritos usuales entre las gentes católicas, y en unitarismo, que frisa con las fronteras de los sectarios arrianos y racionalistas; no ha podido preservarse de que unos fieles vayan á Canossa en busca de retrocesos románticos, mientras otros fieles, por la grande latitud de sus interpretaciones, al cristianismo liberal; no ha podido impedir que los metodistas fundaran otra nueva clerecía como los Batistas, con presupuesto cuantiosísimo y legiones de misioneros, las cuales dan á tal organización religiosa y á sus semejantes el aspecto de una sociedad organizada, con su espíritu propio; no ha podido impedir ni los puritanos, ni los cuákeros, ni los moravos, ni los adventistas, que aguardan ver cómo se rasgan las nubes del cielo y descende por segunda vez el Crucificado á la tierra, ni los universalistas, quienes, reproduciendo la doctrina de Orígenes, confían en que la sangre del Calvario apague las llamas del Infierno y Luzbel recobre su perdida hermosura en la venidera redención angélica, ni los cristadelfos, enemigos de la Trinidad y autores de un nuevo reino de Jerusalén, ciudad divina en la tierra; ni tantos otros fieles de dogmas diversos, y aun contradictorios, como pululan por tierras protestantes, mostrando la irremediable descomposición del protestantismo.



## III

Verdaderamente, nosotros solemos juzgar los Estados Unidos por aquellos lados que nos tocan más de cerca, y que no son los mejores, ni mucho menos: por las regiones antaño esclavistas; por los merodeadores del mar ó restos de un filibusterismo que aún colea como el tiburón desangrado; por los contrabandistas de guerra, por los conjurados contra la pro-

ducción cubana, por las tierras de los antiguos negreros, en que la piratería y la trata se meten, como un verdadero cáncer, hasta el hueso de la región, y trascienden por atavismo hasta las últimas generaciones. Pero los Estados Unidos, con sesenta y tres millones de seres humanos, según el último censo, y que si tuvieran una población en todos sus espacios tan densa como la que habita las márgenes del Segura y del Turia, y del Llobregat y del Miño y del Mosela, contaría más gentes que cuenta hoy todo el género humano reunido; con ocho millones de ciudadanos adscritos al elemento extranjero recién llegado, alemanes, irlandeses, noruegos, italianos, esclavones, canadienses, ostenta un factor puritano, que ha sido con sus atracciones superiores el núcleo verdadero de aquella pasmosa confederación. Verdaderamente no pertenecen el Ohio, donde Mac-Kinley naciera y se criara, por su historia y estirpe, á los trece antiguos Estados constitutivos de la República en su primera aparición, y poco después de la independencia; pero confina con la yema ó flor de América, con la Pensilvania, y desde los últimos días del siglo pasado se fué poblando con hugonotes franceses y puritanos británicos, los cuales profesan ideas religiosas que son los puntos esenciales del cristianismo, y pertenecen por su limpia historia y por sus honrosos antecedentes á una de las más nobles familias con que la humanidad puede honrarse. ¡Qué poema, Dios mío, la epopeya del puritanismo! Aquellos pueblos cristianos de la Edad Media, levantándose al grito de «Dios lo quiere,» y tomando la cruz roja en su pecho, la espada en su cinto, el pesadísimo lanzón en su mano, que se iban por los desiertos y al acaso en busca del sepulcro de Cristo, y sólo encontraban el sepulcro de la feudalidad y el germen de las comunidades, aquellos pueblos, decía, no han hecho cosa tan grande como la cumplida por los peregrinos de la Flor de Mayo, quienes, lanzados á las olas para huir la intolerancia religiosa, invinieron al término de su viaje, allá en las selvas vírgenes de la joven América, los altares propios del Dios de la libertad, á cuyo

calor y á cuya luz se cuajaron en el Nuevo Mundo la democracia y la República, esas dos cristalizaciones cristianas. Dijo San Agustín: «Bendita culpa la culpa de Adán, que trajo consigo la redención de Cristo.» Pues persecuciones bienhadadas las persecuciones de Isabel I y Jacobo I de Inglaterra, que trajeron la peregrinación puritana, y en la peregrinación puritana el establecimiento y el desarrollo de la República en los senos del Nuevo Mundo. Comenzó el puritanismo bajo la reina Isabel por una protesta contra los dogmas anglicanos, llamándoles mantenedores de una liturgia muy semejante á la liturgia católica y de una jerarquía episcopal muy semejante á la histórica jerarquía romana. Al calor de tal protesta desarrollábase allá en Inglaterra misma los principios religiosos del calvinismo y sus consecuencias republicanas. La última Tudor y el primer Estuardo comprendieron los peligros para la religión oficial y para el Estado realista contenidos en el dogma y en el pueblo puritano, y los proscribieron, obligándoles á refugiarse allá en Holanda, en Leyden, donde se aseguraba que pertenecía por derecho constituido y costumbre arraigada la libertad de creer á todo el mundo. Más tarde tomaron de la realeza tradicional é histórica bien cruento desquite con la inmolación de Carlos I. Dígase cuanto se quiera del rigor extremo calvinista, no puede negarse que contenía los gérmenes de un gobierno libre, y que haciendo del sacerdote un delegado de los fieles, constituía el sufragio universal religioso y la verdadera república cristiana. Al mismo tiempo, en la época de su independencia, los Estados Unidos, para conseguir que todas las sectas se unieran enfrente y contra la metrópoli, separaron los elementos religiosos de los elementos oficiales, dándonos así la fórmula más luminosa que puede para la democracia universal descubrirse ahora en los celajes resplandecientes de un dichoso porvenir. Y hay que recordar estos antecedentes de la región, de la política, de la creencia, que han vencido en este grandioso combate, porque traen aparejados al nuevo presidente compromisos con la paz

y con la libertad del mundo, que no podría negar sin á sí mismo negarse, que no podría desconocer sin desconocer su religión y su patria.

#### IV

Quien pertenece, cual Mac-Kinley, á una Iglesia de tamaña importancia y á una religión de tanto fuste como el puritanismo y la Iglesia puritana, debe acomodar su política nacional é internacional á una serie de tradiciones casi litúrgicas, las cuales se le imponen todas con imposición incontrastable por el recuerdo de sacratísimos principios, corroborados por una serie de predecesores, á los cuales deben los Estados Unidos su poder y su grandeza. El nuevo presidente proviene del partido de Washington, del partido de Franklin, del partido de Lincoln, del partido de todos aquellos que han proclamado la política, no sólo una ciencia, no sólo un arte, una verdadera moral. Y este partido es quien ha juzgado el Código fundamental de la gran República como una derivación inmediata del Evangelio, quien ha presentado en el presidente Washington el prototipo de la magistratura cristiana, quien ha seguido los consejos morales de Franklin, aquel mismo partido que arriesgó todo el poderío de la confederación sajona en América, por el mísero esclavo perdido en las genmonias del Mediodía, y que estaba olvidado en su ignominia y en su tormento. Por consecuencia, un magistrado que lo continúa, que continúa el partido republicano en la serie del tiempo, debe continuarlo en la serie del pensamiento y de la doctrina también. Por esto, sin duda, por obedecer á la tradición del Norte, por continuar la doctrina republicana, por conformarse con lo recibido de sus predecesores y de sus atavos, Mac-Kinley pertenece al viejo proteccionismo, tan contradictorio con las teorías expansivas de las democracias, que quisieron hacer del trabajo y de la industria una especie de producto común hu-



mano regido por las leyes naturales de la concurrencia y del cambio universal. Pero, si ha debido admitir lo que para mí tiene de malo en sus cánones la tradición republicana, reconozca también y admita y practique todo aquello que tiene de sabio y bueno. Para los presbiterianos y para los cuáqueros, Cristo no vale solamente por haber nacido en el mundo entre hosannas de los pastores y aleluyas de los ángeles; por las inefables adoraciones de los reyes magos, siguiendo la mística silenciosa estrella del Oriente; por haber serenado bajo sus pies el mar de Galilea, y convertido en pan las piedras del desierto; por haber visto desde su calvario rasgarse los suelos á la hora del último suspiro y desde su tumba reanimarse la yerta sangre al calor de la resurrección; es santo, es tres veces santo, es santísimo, por haber predicado la más pura moral con sus ejemplos, condensado las ideas exhaladas en las orillas del Jordán por innumerables profetas en sus sublimes labios, presentándonos el arquetipo de moral más perfecto á que deben los hombres ajustarse todos en su vida individual, y las naciones en su legislación y en su política. Por consiguiente, Mac-Kinley no puede aprobar las insurrecciones malhadadas que devuelven al tiempo de los caníbales el mar de las Antillas; no puede aprobar las piraterías, que, violando todos los principios divinos de la moral cristiana y todos los axiomas humanos del derecho internacional, sustenta en pueblos vecinos y cercanos la guerra exterminadora; no puede complacerse en que los esclavos, por nosotros redimidos, enrojezcan los fragmentos de sus cadenas rotas por nuestras manos, y nos las echen al rostro queriendo que seamos, sus redentores, bajo el peso de tan horrible infamia, quizás esclavos, pues todo puede temerse de las catástrofes aparejadas por esta infame rebeldía.

## IV

En otros tiempos los Estados Unidos agitaban la conciencia del mundo europeo con la irradiación de sus ideas y con el ejemplo de sus instituciones. El popular libro de Tocqueville sobre los americanos ascendía en el aprecio público á las alturas del libro de Tácito sobre los alemanes, no tanto por su mérito intrínseco, cuanto porque oponía el famoso libro á las falsas apariencias democráticas del reinado de Luis Felipe la nativa libertad y el ingenuo parlamento sajónés, como Tácito á las falsas apariencias republicanas del imperio romano, la nativa libertad y la virtud severa de los antiguos germanos. Dos libros determinaron la revolución republicana del cuarenta y ocho en Francia, con tanto influjo sobre América, por haberle llevado, en el reflujo de nuestras esperanzas y en el comienzo de nuestras desgracias, la mejor europea sangre que ha corrido por sus venas jamás; la sangre de nuestros pensadores y de nuestros mártires. Schurz no me dejará mentir desde la eternidad, confirmando su ilustre nombre, con otros muchos nombres gloriosos, este mi aserto. Los dos libros, á que me refiero, son *La democracia en América*, de Tocqueville, y *Los girondinos en Francia*, de Lamartine. A pesar del primer libro, siempre se le daba en rostro con la esclavitud á los Estados Unidos, negra mancha de sus luminosas estrellas. El pensamiento humano volvió á encontrar en América un ideal cuando la vimos ofrecerse resuelta en holocausto á la guerra para expiar el crimen social cometido por los piratas negreros y por los mercaderes de carne humana. Tocqueville había muerto allá por el año sesenta, al sonar esta hora sublime, y Lacordaire, el inspirado y elocuente dominico, debía reemplazarlo en su sillón del gran Senado literario, en la Academia francesa. Nosotros no comprendemos el interés que las altas clases parisienses, con especialidad las cla-

ses literarias, toman por una sesión del Instituto, como no podemos comprender el cuidado y atención sostenidos con que acude á comentarlas la prensa de Francia, especialmente la prensa de París. En este caso, interés y cuidado se redoblaban, por hablar el más elocuente y más orador entre los vivos entonces en la orden de predicadores, y tener que contestar á su discurso de recepción académica, con el discurso de presentación y de bienvenida, otro no menos grande orador, apartado de la política tres lustros y el hugonote y severo Guizot. Semejante particularidad, sólo posible ahora, en esta época del derecho humano y de la libertad religiosa; semejante particularidad, el diálogo en público entre un fraile perteneciente á la orden fundadora de la Inquisición, y un hugonote salvado con sus padres y predecesores del terrible degüello de San Bartolomé, concentró el espíritu europeo con tanta fuerza en aquel acto y en aquellos discursos, que yo recuerdo haberme representado el primero en la imaginación, exaltada por esta concordia entre dominicos y sus víctimas, entre inquisidores y hugonotes, y haberme aprendido de memoria casi en mi lejana juventud, y hasta recitado páginas enteras de uno y otro, diciéndolas por medio de improvisada traducción española, oída con silencio religioso por aquel cenáculo de republicanos y demócratas, medio donde se prestaba culto diario á los ideales progresivos de la política y á los humanos principios de la ciencia. Los dos mayores oradores, el uno de sentimiento y el otro de razón; sus dos inspiradas arengas, la una, la del fraile, muy arrebatada y fluída, la otra, la del protestante, muy austera y pensada; con delirios de místico hispano la del inspirado Lacordaire, con frases algebraicas de calvinista muy austeras la del razonador Guizot, convenían en que, así como el resultado de toda la civilización y toda la filosofía clásicas fuera el derecho romano, fundador de la sociedad civil que debía subseguir á sus fórmulas y á sus códigos, el resultado de toda la civilización y de toda la teología cristiana era la República por los puritanos y por los peregrinos establecida del otro

lado del Atlántico, asegurando los derechos humanos y erigiendo un templo sublime fundado sobre estos derechos al dios de la libertad, revelado por las páginas de sus santos Evangelios. Como dos líneas paralelas, la teología del africano San Agustín, reveladora del dogma de la gracia, resucitada por Lutero y Calvino, así como la teología del dominico Santo Tomás, reveladora del libre albedrío, casi pelagiano, que parecía no podrían jamás juntarse, juntábanse, y completadas por el puritanismo sajón, formaban un triángulo como el que ponen sobre la cabeza del Eterno Padre nuestros pintores, en sitio tan laico y profano como aquella grande Academia, donde Condorcet esbozara la palingenesia del progreso universal, con espíritu enemigo del cristianismo, y Voltaire se riera de todos los teólogos y de todas las teologías. Frente al postrer imperio napoleónico, aquel fraile casi místico, y aquel hugonote casi filósofo, presentaban la democracia, la libertad, la República en el Nuevo Mundo, no sólo como norma y modelo de libertad á la moderna, como resultado de una idea, que, viniendo de dos fuentes tan puras como los libros de Moisés y los libros de Plutón, es decir, desde Jerusalem y Atenas, pasando por Alejandría y por Nicea, que le dieron el verbo, y por la sacra Roma, que le dió la organización y el derecho canónico, después de haber arruinado en Europa todas las naciones civilizadas, extendiéndose por América, trazó esta trinidad humana: la República, la democracia, la libertad, reflejo en el planeta de la celeste Trinidad.

## VI

Amemos á las naciones progresivas. El pueblo que ha iniciado, como nuestra España, todo un desconocido continente inmenso en la civilización cristiana; el que ha removido, como Francia, en sus entrañas el humano espíritu y promulgado á costa de inenarrable dolor los derechos individuales en el hom-

bre y la soberanía nacional en los Estados; el que ha establecido los gobiernos parlamentarios y limpiado los mares de piraterías, como el horrible comercio de negros, cual acontece con Inglaterra; el que ha dado un ejemplo práctico de sólida y duradera República, como Suiza, pueblo maestro de los peregrinos diseminados en América para establecer allí un régimen cual aquel evangelio práctico por Holanda primeramente aplicado y transmitido así á Ginebra como á Edimburgo, las cuales, por su parte, lo transmitieron á la Inglaterra de Cromwell y á los Estados Unidos de Washington, bien merecen que fijemos sus nombres como estrellas en los cielos del tiempo, y les digamos cuánta confianza nos asiste ahora en que sabrán sostener y conservar una obra como la civilización universal, erigida por todos con tanto esfuerzo, y en cuyas aras humean los holocaustos cruentos de los mayores y más terribles sacrificios. Hay Estados progresivos, como hay Estados reaccionarios. Aquéllos me parecen la verdadera luz; éstos me parecen las tinieblas en toda su horrible intensidad. No puede dudarse, por ejemplo, que el Austria de Metternich, allá cuando ayudaba con sus esbirros á mantener el despotismo de Turquía sobre los pueblos danubianos, y remachaba los clavos de Polonia en emulación y competencia con los czares moscovitas, y empuñaba las llaves del calabozo donde yacían Venecia y Milán, descoyuntando á Italia en el potro de sus tormentos y manteniendo á Hungría sierva, personificaba una reacción espantosa, por la cual ha merecido de cuantos amaran el progreso moderno, las maldiciones que lanzaron los profetas hebreos á la frente de los dioses engañosos, y á las coronas de los tiranos asiáticos. Pues algo semejante sucede con esa Turquía, inmóvil y ciega y muda; con un libro y un comentario perpetuo á ese libro como única ciencia, regida por un califa ó pontífice á caballo, que lleva en su puño la cadena de cien pueblos esclavos, chocando perpetuamente con la letra de suras por extremo negras, como todas las noches del luminoso espíritu; sin resquicio alguno permitido á ese aire vital que denominamos

espíritu de nuestro siglo á y esa luz etérea llamada idea progresiva, no pudiendo salir del despotismo arriba y de la servidumbre abajo, sino por su desaparición y por su muerte. Y á este mismo tenor la India, donde, á pesar de la difusión del cristianismo, aún subsisten las castas; el Imperio chino, cerrado á toda comunicación y comercio con el mundo, así como adscrito á ciega rutina que presta tristísimos aires de imitación inferior á su cultura; el Imperio marroquí, amén de los diversos régulos mahometanos, representan la oposición á esta movilidad que debemos contemplar para saber cuanto vale y significa el impulso progresivo que nos mueve hacia la realización del ideal, y que ha removido con sus corrientes eléctricas desde las bases del suelo hasta las cumbres del espíritu. No evoco esta diferencia entre los pueblos progresivos y los pueblos reaccionarios por el placer mero de á cuento traerla; evócola por advertir al presidente de los Estados Unidos cuál suerte á éstos les reserva, si convierte su temperamento industrial en temperamento conquistador; su temperamento progresivo en temperamento reaccionario, y quiere lanzarse de cabeza en guerras, las cuales acabarían por extinguir su libertad y aniquilar su patria. Según la distancia, según la historia, según la sangre que les riega, según el ministerio que debían desempeñar en la historia, no se hallaban pueblos tan apartados, como en el espacio y en el tiempo, en el pensamiento y en el espíritu, cual estaban la España de Carlos III con la Francia de Luis XV, y los pueblos americanos del Norte, nacidos y criados bajo las dos alas de un espíritu evangélico y protestante, con el cual nada tenían que ver ya los franceses, y menos todavía nosotros, los españoles, ó sea los católicos más intolerantes y más intransigentes de todo el planeta. Restrindiendo nuestro pensamiento á Francia, donde la idea y el espíritu anglo-sajonés de América tuvieron influjo que nunca en España obtuvieran cuando luchaban los puritanos escoceses con la tiranía stuarda; dirigida Francia por los afines de tal dinastía, denominados Borbones, apenas le interesaban aque-

llas protestas que buscaban en el Nuevo Mundo un Estado libre para sí y un templo sacro para su Dios. Sobrevino, como el francés entonces, que, revocando un Luis XIV el edicto de Nantes, cuyas concesiones constituyeran la gloria del inmortal Enrique IV, persiguiera de muerte á los hugonotes, no podía interesarse mucho por los acosados peregrinos. La blanca Flor de Mayo, donde iba la peregrinación, escapada con tantas dificultades á la intolerancia y al despotismo; la nueva Inglaterra, por ideas de Lochke regida, las cuales únicamente llegaban á noticias de nuestros sabios, perdidos en las inaccesibles alturas á donde no llega el común de los hombres; aquellas costumbres de libertad llevadas por el cuákero Penn á la Pensylvania, y bebidas en las tradiciones inglesas, no podían interesar á quien tanto de todo ello distaba por su complexión y por su historia. Y dada tal distancia, una interrogación se impone á cuantos, estudiando la Humanidad, se consagran al conocimiento del influjo de unos pueblos sobre otros, así como al cálculo de la órbita que todos siguen, y al peso del poder de todos ellos en la gravitación social: ¿conocéis algún pueblo que haya ejercido sobre los demás pueblos el influjo que los americanos y su revolución ejercieran sobre Francia en el siglo pasado y sobre la crisis más profunda y más transcendental de toda su historia, sobre la revolución francesa? Sucedió este milagro, porque América representaba el progreso. No sucediera si América hubiese representado la reacción. Extendidos los Estados sajones desde la bahía de Hudson al golfo de Méjico; regados por grandes ríos como el Missisipí, que parecían mares interiores; poblados por gentes activas é industriosas, habían menester estas gentes la libertad completa de asociarse y de regirse á su guisa, consecuencia inmediata de la libertad de creer y de la libertad de producir. No se puede dar igual habitación al solitario león de las selvas que al enjambre laborioso de las abejas. Aquél necesita las cavernas, y éstas necesitan la colmena. Los puritanos que habían fundado á Boston, los cuákeros que habían fundado á Filadelfia, los ca-

tólicos que habían arraigado en el Maryland, llevaban un objeto capitalísimo: guarecerse contra toda persecución religiosa que les asaltara la involuble conciencia; trabajar y producir en plena libertad. Factorías mercantiles y sociedades religiosas, tocaban en los dos extremos de la vida, y necesitaban á una, en ambos, la fecunda y creadora libertad. Así ejercieron tal influjo. Había en este influjo muchísimo de universal á Europa, como de particular á Francia. El engrandecimiento de la tierra por los españoles hacía que no fuera fácil sujetarla en perpetua tutela y que la necesitasen las diversas regiones para comunicarse por la navegación y por el comercio. Se cambiaban así los productos, y se cambiaban las ideas. Mientras el combate pide la ordenanza y la obediencia, el trabajo pide la libertad y el derecho en todas sus manifestaciones. Hay que sujetar el soldado á una disciplina y á un jefe indiscutibles; hay que dejar al industrial y al traficante sus manos desligadas y libres. Sobre la tierra inmóvil é inerte se arraiga con suma facilidad el castillo feudal, pero no sobre las movibles barcas y las cambiantes olas. No puede sostenerse la guerra cuando se muestra la necesidad que tienen los hombres unos de otros, y la solidaridad de todos en estos tres elementos capitales, tan creadores como progresivos: industria, comercio, trabajo.

## VII

Así es el asunto de los asuntos la elección presidencial en los Estados Unidos. Grande doctrina se recogiera en ellos largo tiempo. Y saludable á la verdad esta influencia de los Estados Unidos fuera bajo el aspecto liberal y democrático en este nuestro viejo continente. Pero faltaríamos á las verdades objetivas que revela el tiempo, y á la conciencia de publicistas que nos asiste siempre, si no dijéramos cuanto y cómo esta influencia se halla de quebrantada y de perdida por culpa de los Estados



Unidos, culpa no imputable, como suele suceder con muchas culpas colectivas, á ningún factor, á ningún elemento, á ningún principio que no se halle dentro de ellos mismos. En primer lugar, desde que pasara tal República desde las anexiones más ó menos voluntarias, pero siempre pacíficas, á las predaciones violentas, arremetiendo con vecinos débiles y acaparando territorios fuera del alcance de su poder é influjo, le predijeron todos cuantos conocen la moral en el mundo, que pasaría por trances muy amargos á plazo bien breve y sufriría dentro el azote de las plagas y calamidades que había esgrimido fuera. Cuando sus huestes conquistaban una parte de Méjico; y filibusteros pertrechados en sus playas, como si el Nuevo Mundo á que arribaron los puritanos se hubiese trocado en nido de piratas, se abatían sobre todo el centro de la América española y sobre todo el mar de las Antillas y de los Caribes, en husmeo y atisbo de sus codiciadas presas, como si tuvieran alas de águila rapaz y voracidades de tiburón hambriento, veíase con pena por todos los previsores á una cuán pronto tales merodeadores se volverían contra los mismos que les azuzaban al pirateo y á la conquista. Consecuencia de todo esto fué trance, como aquel horrible de la expedición del *Virginia*, en que habilitaran los enemigos de la patria barcos que se decían americanos é izaban el pabellón de las estrellas luminosas, para combatir y atacar una República hermana, como la República española, en el momento de abolir ésta la esclavitud en sus dominios y prepararlos á un régimen muy superior al régimen de los Estados Unidos, porque nosotros no sentimos el injusto amor que sienten los anglo-sajones al privilegio, y no quitamos en respeto y consideración social á los esclavos redimidos y á los negros libres, aquello que les concedemos en derecho civil y político. Hoy, á todas horas, contra los códigos de la moral humana, contra los preceptos de la religión divina, contra los principios del derecho internacional y los tratados existentes entre nosotros, los buques filibusteros se deslizan de los puertos americanos, por los mares del

trabajo creador y del comercio universal, alimentando una rebelión parricida, una guerra civil espantosa, que ya estaría terminada sin esos terribles cooperadores, sin esos criminales auxiliares, indirectamente consentidos por las débiles autoridades americanas, cuando no bajo cuerda y en la sombra fomentados con un maquiavelismo impropio de quienes llaman á su política la política de Cristo y pretenden aplicar á la sociedad y á la vida los preceptos del Evangelio. Y aun ha pasado más: aún ha pasado que Cámaras conocidas por su propensión al arbitraje y por sus tendencias favorables á la paz universal, se han permitido intervenir, contra el principio democrático de no intervención, en nuestros asuntos interiores, y han insultado nuestro nombre con nuestra bandera, el nombre y la bandera del pueblo que, después de Dios, ha hecho á América, exponiéndonos, ciegos y crueles, á una guerra, la cual podría comenzar en un choque tremendo entre dos Estados y podría concluir en un choque tremendo entre dos continentes. Todas estas deserciones á la humanidad y al progreso hay que poner en la cuenta de los Estados Unidos, y por todas estas deserciones, el ideal otros días bendecido, como encarnado en América, va extinguiéndose cada día más en el horizonte de las esperanzas democráticas, y la constante aclamación antigua tornándose aborrecimiento y queja.

## VIII

Háse mostrado esta situación de ánimo especialmente ahora que la opinión europea, en vez de resolverse por Mac-Kinley contra Bryan, como se resolvió por el heroe y mártir Lincoln contra su competidor, en aquellas elecciones cuyas virtudes arrastraron y merecieron el interés de la Humanidad, háse quedado indecisa entre uno y otro candidato, estimándola un mal mayor ó menor, según las ideas é intereses de cada político, pero siempre un mal manifiesto. No puede mirar el mundo

con benevolencia de manera ninguna esos aranceles prohibitivos á lo Mac-Kinley, que aislan al pueblo de la industria por excelencia del resto de los pueblos, y ponen la República y la democracia y la libertad, radiantes y comunicativas por sí, humanitarias y universales, tras un cordón de aduaneros y un muro de aduanas, sólo comparables al murallón erigido por China contra los tártaros para encerrar su imperio y convertirlo así en inmenso recluso dentro del mayor monasterio que han visto los siglos. ¿Elogiaran Tocqueville, Guizot, Gerrinus, Lacordaire, Laboulaye, Bright, grandes oradores y publicistas del siglo, América, según la elogiaran, si entendieran había de parecerse, por algún lado, sobre todo por el lado mercantil, á China? El régimen económico representado por Mac-Kinley daña mucho á todos los pueblos, sin excepción alguna. Y no sólo daña el régimen económico al comercio terrestre, usual hoy en los Estados Unidos; daña su régimen electoral á todas las instituciones electivas. Se comprende y explica en pueblos de larga dominación absoluta la torpeza y hasta la depravación en los comicios; pero allí donde tan largo ha sido y tan provechoso el régimen opuesto, no puede ahora explicarse, sino por una perversión de las antiguas ideas, que ha traído una perversión de las antiguas costumbres, tamaño retroceso. Cuando vimos hace poco subir hasta la presidencia un estadista, quien aparecía hechura de la corrupción y del fraude, nos pusimos á temblar todos cuantos queremos sustituir al régimen de las herencias el régimen de las elecciones en Europa. Y no menores sospechas nos infunden las relaciones internacionales de la República sajona con todos los pueblos, y especialmente con los pueblos republicanos y españoles de América. Ese partido que se va por las islas del Pacífico deponiendo gobiernos legales y tentando las ambiciones filibusteras; que desempolva los tratados relativos á la compra de las islas danesas en los mares vecinos; que pretende tener autoridad igual ó superior á la de sus legítimos poseedores sobre las corrientes del Orinoco y sus bocas; que aún hoy suele codiciar más conquistas en

daño de las tierras mejicanas; que pesa con descaro sobre las guerras interiores de Chile y sobre las revoluciones continuas del Centro; que regatea la bahía de Samaná volviendo á la doctrina de que los Estados son como patrimonios ó predios particulares, doctrina feudal, y puede venderlos una generación en detrimento del honor de las generaciones pasadas y del porvenir de las generaciones futuras; que atiza el movimiento rebelde allá en Cuba y la martiriza con sus filibusteros; que se burla de los pueblos españoles en América proponiéndoles, unas veces con halagos y otras veces con amenazas, el *zolverein* americano y la hegemonía sajona, ese partido ambicioso é inquieto puede torcer los Estados Unidos hasta despojarlos de su carácter industrial y prestarles carácter conquistador, el cual, por aquello de que cada cosa engendra su semejante, destruya la República de los peregrinos y llegue á trocarla en un imperio de piratas. Lo más grave, lo más terrible, lo que mayores angustias causa en la humanidad, muy necesitada de conservar sus pueblos progresivos, es ver cuales síntomas han ofrecido las últimas elecciones, de una parte los republicanos, pero con carácter proteccionista, con carácter de socialismo mitigado, y de otra parte los democrátas, librecambistas puros, pero con carácter claramente socialista, al cual podrán dársele todas las apariencias progresivas demandadas por sus sectarios, pero que no traerá por eso menos en su fondo la reacción y el cesarismo; de una parte los capitalistas exagerando sus derechos y sus fuerzas, indispensables á la sociedad, hasta conseguir hacerlos odiosos en una gran porción del mundo, como le sucediera cuando exageró su propiedad el patriciado antiguo frente á las pretensiones justas del admirable Cayo Graco; y de otra parte los demagogos, parecidos á Cleon y á Druso, y á Catilina y Babœff, exagerando los derechos y las fuerzas del jornalero, hasta infundir sospechas á los buenos del asomo de una situación como la situación creada por los comuneros revolucionarios en París, la cual no hiciera merced á competencias regionales entre Oriente y Occidente, merced á

competencias de clases, como las empeñadas entre industriales y agrícolas, merced á competencias sociales entre patronos y jornaleros, otra salida que una en revolución abajo y arriba la dictadura, surgiendo para organizar ésta y detener aquélla un imperio militar y cesarista, bajo cuya pesadumbre acabaría la libertad y se detendría el progreso de América, tan útil y saludable al progreso universal. Para meterlo todo en caja y devolver á su patria el esplendor amenguado entre tantos errores y faltas, necesita el vencedor no exagerar las ideas proteccionistas, no proteger las maquinaciones filibusteras; no llevar allende lo justo las resistencias al bimetalismo, que podría restaurarse bien por un concierto y convenio entre todos los Estados del mundo; no levantar monopolios como los que quieren por la izquierda los argentistas en el privilegio pedido de vender ellos solos sus productos con un precio ficticio al Estado, ni consentir el monopolio de los fabricantes, que quieren vender sus respectivos productos al pueblo con precio exagerado, á la sombra de los aranceles; no tolerar las expediciones á Cuba, que podría con tanta facilidad evitar volviendo á una buena política, la cual completaría el honor que le dan á la democracia sajona su República y sus libertades, con la cosecha de una gran prosperidad. Si así lo hace, que Dios se lo premie, y si no lo hace, que Dios se lo demande.

## IX

Como habrán mis lectores visto, en estos recuerdos, por una piadosa costumbre, ya larga, pago el tributo de mi cariñosa conmemoración á mis muertos, mostrándoles hasta más allá del sepulcro mi amistad indecible. Se ha muerto Chalmel-Lacour, y al morirse deja vacío del espléndido luminar de sus ideas una gran parte de nuestro hemisferio intelectual. Cuando supe la noticia, que malhería mi corazón, afligido por penas anteriores, telegrafíé al ilustre presidente del Senado

francés mi dolor por tal desgracia, expresando en cuánto estimaba yo el mérito de una inteligencia tan grande, así en la filosofía como en la política. Los diarios comunistas y los diarios monárquicos, que no han podido perdonar al muerto sus servicios á la República templada y al orden público, tacharon de hipérboles castellanas mis sinceros juicios respecto de un sabio y de un orador tan grande. Si hubieran observado estos mis críticos la marcha del pensamiento moderno con la constancia y atención que les presto yo, estimarían en su justo valor el cómo y el cuánto de lo que Challemel ha servido á la ciencia y ha honrado la tribuna. Perteneciendo á la familia de sabios que puso en contacto la inteligencia del mundo latino con la inteligencia del mundo germánico, ha dejado en la cultura contemporánea una estela inestinguible. Lo mismo su libro respecto de la filosofía liberal sustentada por un individualista del temple de Guillermo Huboldt, digno hermano del inmortal Alejandro, que su libro respecto de la filosofía pesimista del célebre Schopenhauer, merecen el estudio y admiración de las gentes latinas, pues les revelaron lados y fases del pensamiento humano inaccesibles á muchos otros pueblos por carecer de reveladores tan luminosos. Estos ilustres franceses, que han pugnado por llevar luz meridional á los senos de la ciencia germánica, tan obscura, merecieron bien de la humanidad y revelaron á los mismos germanos muchas indescifrables cifras de los jeroglíficos trazados en las aulas por los intrincados pensadores de allende el Rhim. Boehemer, ilustre catedrático de lenguas y literatura neo-latina en Estrasburgo, solía decirme que cuando intentaba estudiar bien los libros de Kant, optaba por la traducción francesa de Julio Barni, mucho más clara y comprensible para él, alemán, que los textos alemanes del profundo y maravilloso ensayo sobre *la Raza Pura*. Pues Hægel tuvo igual fortuna con los libros franceses del filósofo italo-franco, mi admirado amigo el doctor Vera. Hablo de los méritos científicos del muerto, porque sus méritos oratorios no se constatan ya ni se olvidan por na-

die que ame la gloriosa prensa y la gloriosísima tribuna de Francia.

## X

Después del asunto de la presidencia en los Estados Unidos, quedan dos grandes asuntos que tratar, á los cuales no puedo conceder el tiempo y el espacio correspondientes con su demasiada importancia. Me refiero al escándalo promovido por Bismarck y al discurso pronunciado por Salisbury. El viejo canciller no quiere conformarse con su desgracia. Le parece tan extraño haber caído desde su altísimo cancellerato á una modesta quinta de las selvas alemanas, como le pareció á Napoleón caer desde su glorioso trono en un abrasado islote de la zona Tórrida. Y no quiere que le olviden como esos ganosos de fama, siquier sea infame, á quienes les importa poco si los vejan y los insultan sin piedad, con tal que sin descanso los nombren. Habiendo despedido al Austria de la confederación germánica; dado á Italia su Venecia y á Hungría su libertad; hecho indirectamente que las tropas talianas depusieran al Papa rey, proclamando la capitalidad increíble de Roma; desmembrado de Francia Estrasburgo y Metz; partido el sol de los conflictos anglo-rusos en el tratado de Berlín; salvado en vísperas de su muerte á Turquía; convertido el electorado de Brandeburgo en imperio alemán, magna cosa que nunca se intentara, ni por el gran Elector, ni por el gran Federico, no le parece bien ahora verse reducido á vegetar con su perro entre sus liebres, por un triste campo de centeno, como cualquier hidalgo de gotera, mientras el convenio franco-ruso, más ó menos explícito, no sólo destruye su misma obra, la triple alianza, cambia por completo el eje de la política europea. Un hecho no está concluído cuando se acaba de realizar, como dice la célebre regicida de Shakespeare, al ver frío el cuerpo de aquel viejo que tenía tanta sangre. La grave falta política de haber anexionado las dos provincias, parte integrante del territorio francés

y sumandos imprescindibles de la francesa nacionalidad, al suelo y al imperio, que rechazaban por patriotas y por republicanas, habría de traer, entre muchas calamidades y plagas más, la hegemonía de Rusia en Europa. Cuantos preveían lo porvenir, vieron al partido alemán de la guerra triunfante, y al jefe alemán de la política derrotado el día que las dos plazas fronterizas y sus territorios circundantes fueran disgregados del suelo nacional, y agregados al suelo extranjero. La Moscovia y su czar, á quienes sólo puede impeler hacia el Asia una verdadera confederación ó pacto diplomático entre los restantes pueblos de Europa, escandinavos, alemanes, sajones, helenos y latinos, imposibilitados por las ambiciones y las conquistas de Prusia, levantó el trono de su influencia en el centro de nuestro continente.

Y Bismarck no admitió que nunca los gobiernos, aun los absolutos, en Europa se vieran por necesidades supremas, como ahora, obligados á seguir la opinión y el sentimiento de los pueblos, opinión y sentimiento más hostiles á Germanía en Rusia que en la misma Francia. El pueblo francés ha sido un aliado perpetuo de Prusia en las guerras religiosas, en la guerra de los treinta años, que determinó el predominio de los Brandeburgos sobre los Hapsburgos, en las primeras guerras de Federico el Grande, y le costó mucho trabajo separarse de Prusia, como demuestra el horror á las alianzas con Austria, que tan caro costó á la pobre Antonieta y su esposo, y el empeño con que buscaban los jefes y directores del pueblo francés, Brisot, Roland, Dumouriez, al estallar el conflicto con las monarquías vecinas, el apoyo de Prusia, por creer imposible su inteligencia con el jefe de la coalición monárquica, su inteligencia con el emperador de Austria. Hoy el pueblo francés aparece como enemigo implacable de Prusia, pero enemigo circunstancial, por Alsacia y Lorena, cuya situación puede cambiar el día menos pensado, mientras el pueblo ruso es un enemigo eterno. Los Romanoffs estarán, por su alma y por su sangre, por esa herencia de humores y de ideas que llamamos



atavismo, con Alemania, de donde casi todos los czares sacaran las madres de sus hijos; pero el pueblo está en contra, y cuando jura odio eterno á los occidentales, jamás suele referirse ni á italianos, ni á franceses, ni á españoles: refiérese á los alemanes, por quienes se ha juzgado tristemente oprimido en su arte y en su administración. Así daba tanto precio á su alianza Bismarck, y la favoreció con su neutralidad benévola en la guerra de Oriente; y pasó por que arrancara Besaravia del territorio de un feudatario suyo, como el alemán monarca rumano, y convino en que se organizara Bulgaria del modo que á Rusia conviniera; mientras de mala gana convino en las anexiones, así de Bosnia y Herzegovina al Austria, como de Chipre á Inglaterra, y mantuvo allende lo posible la célebre amistad entre los emperadores; y cuando vió que por el tratado de Berlín y por el halago de Francia podría ponerse Rusia enfrente, urdió ese tratado secreto, sugerido por una gran previsión de su colosal talento, aunque fuese una gran maniobra en daño de sus propios amigos; tratado secreto que acaba de revelar su garrulidad y su impaciencia, para echar sobre los intermediarios, sobre los demiurgos, sobre las segundas partes, los Cancilleres que le han sucedido á él, y los emperadores que han sucedido al férreo Guillermo, un desaguizado para su patria, como la inteligencia entre Rusia y Francia, del cual desaguizado es único responsable, porque también es único autor. No puede ya dilatarse más esta crónica; pero imposible cerrarla sin decir que ha sonado como nota de paz el discurso de Salisbury, pues las dos gravísimas dificultades con que tropezaba Inglaterra, la cuestión de Venezuela en el Nuevo Mundo, y en el Viejo la cuestión de Oriente, se resolverán por un arbitraje intercontinental aquélla, mientras la segunda por un convenio europeo. Deseemos que no se perturbe con más conflictos la paz del mundo, y no se mengüe por guerras y reacciones la libertad del hombre.

EMILIO CASTELAR.

*Madrid 30 de Noviembre de 1896.*

## CRÓNICA LITERARIA.

---

Por los teatros.—Murmuremos de la crítica.—*Gente conocida*, por D. Jacinto Benavente.—Cuestión de barbas.—*Semíramis*, en el Español.—Refundiciones de obras del teatro antiguo.—*Nonadas*, por D. Alfredo Calderón.

**L**A crítica dramática de los periódicos tiene *dos pesos y dos medidas*. Leyéndola con alguna asiduidad, vienen á las mientes el grito revolucionario: *¡guerra á los palacios, paz á las cabañas!* y la bienaventuranza evangélica que promete á los pobres de espíritu el reino de los cielos. Ambos—el grito y la bienaventuranza—parecen ser el norte por que aquella se guía en la generalidad de los casos.

Exagerado y hasta injusto sería pensar que á las obras que revelan originalidad, noble inspiración, gracia fina, observación perspicaz de las costumbres, gusto literario, sagacidad psicológica, alguna, en fin, ó varias de las condiciones que son títulos para excluir á un autor ó á una obra del montón de la vulgaridad, las miraran con prevención ó inquina los críticos, por razón de estas mismas excelencias. No tanto. Pero, con más probabilidades de acertar que de equivocarse, se puede prever que una comedia ó un drama de este género será juzgado con imparcialidad *rigurosa*..... todo lo rigurosa posible; que no se perdonará defecto ni se omitirá objeción razonable, dado caso que paren ahí las cosas y no se trate de justificar las

censuras más vulgares, erigiendo en juez supremo de las Letras, si no hay otro argumento á mano, el *gusto del público*, de interpretación tan elástica y de autoridad tan dudosa.

Pero que salga á escena una obra de las que en la intimidad se califican de disparatadas, aunque se guarde para con el público el secreto. Como la tal obra no perezca á manos, ó á pies, de los reventadores la noche del estreno, es seguro que no ha de emplearse en ella la rígida severidad de que no se libran, si llega el caso de aparecer sus producciones en las tablas, ni el mismo Calderón ni el propio Ibsen. Para los Come-las modernos de mayor y menor cuantía, todo será benignidad, indulgencia, propensión á buscar disculpas y atenuaciones. Para juzgar las obras de la insignificancia usan, por lo general, los críticos, espejuelos de color de rosa.

Puede alegar la crítica que reserva la benevolencia para quien la ha menester; que trata á cada uno según su capacidad, exigiendo mucho á los que de mucho son capaces; muy poco ó nada á aquellos á quienes no puede pedirse más. Podría decir también que al obrar así se acomoda á ciertas tradiciones vivas en el sentimiento popular; que copia al bandido generoso que robaba á los ricos y socorría á los pobres. Mas á los pobres con quienes tiene que entenderse la crítica no les es de socorro alguno positivo el *bombo*, para su adelanto intelectual, se entiende. Antes bien, les empobrece más, agregando á su nulidad la soberbia, á que tan inclinados son los necios cuando se ven aplaudidos.

No es esta propensión exclusiva de la crítica dramática. Puede decirse lo mismo de toda otra especie de crítica literaria, de la crítica artística, de la política, etc. Acaso en el encumbramiento—lamentado después estérilmente—de tantos personajes insignificantes que no debieron salir del montón del vulgo; académicos chirles, políticos hueros, sabios de pega..... se descubriría, allá en los orígenes, como causa primera el elogio trivial, otorgado desdeñosamente al principio, repetido después por costumbre y que al cabo hizo ganar por prescrip-

ción á don Nadie el título de eminente, de ilustre ó de eximio. Y acaso también en el deplorable afán de rebajar las verdaderas manifestaciones de superioridad, se hallaría el secreto de muchas vocaciones abortadas, de muchos esfuerzos perdidos para el bien común y la cultura general, de muchos entusiasmos que heló el ambiente de hostilidad que hallaron al iniciarse.

\*  
\* \*

No recuerdo bien si en las páginas de LA ESPAÑA MODERNA he hablado anteriormente de este asunto. Mas aunque así haya sido, creo disculpable la insistencia, puesto que la cuestión conserva toda su actualidad, como ha podido verse con ocasión de los estrenos de *Gente conocida*, del Sr. Benavente, y *Semiramis ó la Hija del Aire*, arreglada por el Sr. Echegaray.

¿Ha sido injusta la crítica con estas obras? En rigor no puede decirse que lo haya sido. Pero contrasta la severa escrupulosidad que ha empleado en el examen de ellas con la bonachona indulgencia con que diariamente acoge los más desdichados engendros teatrales.

Llega ya muy tarde esta crónica para que pueda despertar interés una nueva crítica de la obra del Sr. Benavente. En vez de intentarla, haré un ligero examen de lo principal que acerca de esta comedia se ha dicho.

De tres clases son los reparos que han puesto los críticos á *Gente conocida*: unos, fundados en razones literarias; otros, en razones morales; otros, en razones *sociales*; estos últimos constituirían para el lector que no estuviese en autos un curioso y casi indescifrable acertijo.

Casi todas las censuras de indole literaria giran en torno de la falta de acción ó la pobreza de ésta, en la obra del señor Benavente. El gran agravio de los críticos es que *Gente conocida* no se sujeta á los cánones de la Retórica y Poética.

A los lectores ilustrados de la prensa (yo creo que lee periódicos alguien más que los cocheros de punto y los taberneros), les habrá hecho muchísima gracia este argumento. ¡Ahí es nada ver á los periodistas defendiendo los fueros de la Retórica y Poética! Lo malo es que, de ser obligatorias éstas, habría que suprimir los periódicos ó la mayor parte de lo que en ellos se escribe.

Como el autor calificó su obra de *escenas de la vida moderna*, les dió hecho el argumento á los críticos. «Se trata de una serie de escenas aisladas..... no hay allí verdadera acción,» han repetido varios, solemnemente. Alguno hasta ha llegado á insinuar que no hay en la tal comedia el imprescindible trío de exposición, nudo y desenlace. Lo difícil sería escribir una comedia en que no existiera esa trinidad, sagrada para los críticos.

Cierto es que esta censura contiene algún fondo de verdad; pero, ¡la han expresado tan mal algunos señores críticos! Si hubieran dicho, como observó discretamente *Schuller* en *La Justicia*, que tres actos y medio de exposición eran demasiados para una acción pobre, habría que darles la razón, y más si añadían, como C. F. Shaw, en *La Epoca*, que como el drama surge de improviso en el cuarto acto, no puede interesar al público Angela, persona de quien, hasta entonces, apenas tenía conocimiento más que por alguna que otra referencia. No es despreciable tampoco la observación que hace el ingenioso M. de Cavia al decir que el Sr. Benavente deja á los personajes de su comedia en la situación en que dejó Cide Hamete á D. Quijote y al Vizcaino.

Es de advertir, sin embargo, que lo que agradó al público, y lo que en general ha aplaudido ó ha censurado menos la crítica, han sido los tres primeros actos de la obra, aquellos en que no aparece el ordinario aparato poético de las obras teatrales. El público no se preocupaba, por lo visto, de la ordenada sucesión de los tres momentos escénicos, ni echaba de menos las sacrosantas reglas por que se rigen exposiciones, nu-

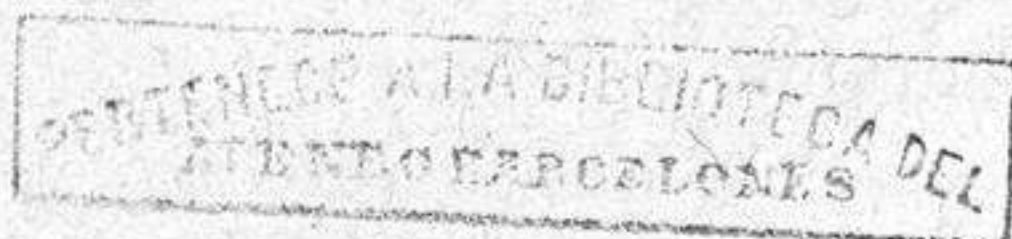
dos y desenlaces. Al contrario, cuando la comedia dejó de ser la herejía poética que denuncian indignados los críticos, cuando volvió á la ortodoxia de la dramaturgia y entró en el cauce común, fué cuando hubo de interrumpirse el favorable efecto hasta entonces producido. ¿Por qué? El autor dice en su auto-crítica, que el público acogió bien la obra mientras esta no pasó de ser la sucesión prometida de *Escenas de la vida moderna*, pero que se llamó á engaño cuando vió apuntar el drama.

Creo que lo que hizo el público fué notar la diferencia que había entre los tres primeros actos, bien acabados y de fácil desarrollo, y el cuarto, que es un boceto sin perfilar, en que se acumulan precipitadamente muchas cosas, y el cual tiene también algo de añadido, de postizo, con relación á lo anterior, por el cambio de tono que entonces se produce en la obra, trocándose la agradable sátira en conflicto sentimental de los que hacían las delicias de nuestros abuelos y aún conmueven á los lectores de folletines.

Un crítico, y de los que más discretamente han hablado de esta obra—el Sr. A. y O., en *El Globo*,—dice que *Gente conocida* no es comedia ni drama, pues se escapa del enrejado de las clasificaciones retóricas (¡siempre la obsesión de la retórica!) El Sr. A. y O., que es persona culta y entendida, sabe que los géneros no se reducen á tipos inmutables, que en ellos hay evolución y multiplicación de formas, *diferenciación*, como dicen los evolucionistas. Se observa también en la historia literaria, que en cada época el género predominante influye en los demás y tiende á producir en ellos tipos semejantes al suyo, dentro de la variedad de condiciones de cada uno de esos otros géneros. Así la novela, principal género de la literatura moderna, influye hoy sobre los otros y les comunica su carácter descriptivo, ó *representativo* de la realidad, supuesto el cual, tienen que ser forzosamente secundarias las acciones complicadas que antes predominaron en las obras de imaginación. Las *escenas* al estilo de *Gente conocida*, como las que es-

criben en Francia *Gyp* y *Lavedan*, pueden ser un género escénico, *representable*, con un *mínimum* de enredo, sin que en modo alguno haya necesidad de ponerles por contera un conflicto dramático como el que el Sr. Benavente quiso esbozar al final de su comedia. Si se ha dicho en son de censura que *Gente conocida* era un cinematógrafo, una serie de fotografías de la vida real, al autor de este juicio le ha salido un elogi por la culata.

\*  
\* \*



De los cargos de índole moral dirigidos contra *Gente conocida*, quisiera decir poco. Sabido es que los artículos de crítica son un excelente trampolín para dar el salto desde la literatura á la ética; que muchos se complacen en hacer esta cabriola, y que no pocos caen de cabeza.

Será cuestión de gusto, de opiniones, de temperamento, pero confieso que no me dan frío ni calor las lamentaciones motivadas porque en una obra dramática no aparece una *persona decente*, ni hay una *pasión noble*; porque los caracteres son *abyectos*, porque todo es *cieno* (esto del *cieno* es de rigor), sombras, negruras, etc., etc. Lástima es que hasta personas de buen juicio, como el X de *La Correspondencia* (no es un cualquiera este X), estén tocados del transcendentalismo moral, y transformen los juicios literarios en juicios éticos.

Para que tuvieran valor estas censuras, habría que averiguar primeramente si el público va á los teatros para recibir lecciones de moral, y si Talía puede abrir, en efecto, cátedra de costumbres, que no sean malas. Y concediendo que esto se pudiera demostrar, todavía quedaría por hacer otra demostración más difícil: la de que la sátira de las costumbres sociales, cuando pinta las cosas como son, sin propósito de enaltecer los vicios ni de invitar á ellos, es inmoral por ser sincera. Parece probable que no dejaría la sociedad de ser lo que es porque dramaturgos y novelistas nos presentaran sólo seres per-

fectos. Acaso al público, hastiado de tanta ñoñez é hipocresía, le pareciera entonces más amable y apetecible el vicio. Porque lo peor en estos extremos de moralidad, es que ve la afectación, el *convencionalismo*, que no responde á la realidad de las cosas, el gesto forzado de indignación, tras el cual se adivina la risa de los augures cuando se miraban á solas unos á otros.

\*  
\* \*  
\*

Queda, después de lo dicho, el acertijo: las razones *sociales* en que se funda algún crítico para censurar la comedia del Sr. Benavente. Esto es materia de adivinanza.—¿A que no acierta usted por qué no me ha gustado una comedia estrenada en el teatro de la ídem?—¡Toma, porque sería mala!—Quiá, no señor, no fué por eso.—¿Porque la representaron mal?—Tampoco.—Entonces..... á menos que le desagradara á usted por ser buena y por estar bien representada, no doy con ello.—Pues ha sido porque *ahonda* las diferencias de clases, porque justifica las bombas de los dinamiteros y da un gran argumento á los anarquistas.—¡Pero si los anarquistas no frecuentan el teatro de la Comedia, ni han necesitado que el Sr. Benavente haya escrito *Gente conocida* para figurarse mucho peores á los burgueses!

Tipo de esta clase de objeciones es un artículo publicado en *El Movimiento Católico* por V. G., quien hace un lacrimoso paralelo entre el *Juan José* del señor Dicenta y *Gente conocida*. *Juan José* es la corrupción de abajo, *Gente conocida* la de arriba. Una tostada completa. Y en medio queda el señor V. G. llevándose las manos á la cabeza y rasgándose las vestiduras, á menos que le contenga la consideración de que ahora cuesta la ropa muy cara y no están los tiempos para imitar las expansiones de dolor de los patriarcas.

A este afligido y aflictivo crítico le ha contestado *Zeda* en un artículo muy discreto y muy independiente, en que reivin-



dica la libertad del arte y da una oportuna lección al señor V. G., recordándole la obra maestra de la literatura cristiana, la *Divina Comedia*. ¿Se puede pintar cosa más mala que el infierno y sus moradores?

Además, juzgado el artículo de V. G. con el criterio de su autor, resulta este escrito más anarquista y antisocial que *Gente conocida*. Decir que se *justifican* las bombas porque haya en la sociedad elevada tipos como los que presenta el señor Benavente, ó porque se le haya ocurrido imaginarlos y sacarlos á escena á un autor dramático, está pidiendo á voces otro artículo de V. G. indignándose contra sí mismo.

Esto aparte, yo, á decir verdad, no voy tan lejos como *Zeda*. No creo que el asunto sea en absoluto indiferente en las obras de arte, aunque admito la libertad de asunto para el artista. En igualdad de condiciones de ejecución pictórica, la pintura de una mujer joven y hermosa es más bella que la de una vieja arrugada y de horrible catadura. En la primera, además de ser bella la representación artística, lo es también lo representado. Mas no hay para qué prolongar esta digresión, pues sólo he citado la contestación de *Zeda* para aplaudir su oportunidad y el excelente criterio en que está inspirada.

Y con esto pondremos punto á las observaciones anteriores, que no pretenden ser una crítica de críticas, sino un ligero é incompleto examen de algo de lo que en la prensa se ha dicho acerca de la obra del Sr. Benavente.

\*  
\* \*

*Sobre si María Guerrero debió ó no sacar en «Semíramis» barba postiza empolvada de oro.....* este tema podría inspirar á un cronista al estilo de Anatolio France ingeniosos y entretenidos discreteos, á los que hubiera podido servir de punto de partida el erudito artículo que ha dedicado á la *mise en scène* de *La Hija del Aire* el anticuario D. José R. Mélida. Recuerda éste que Ninias, para acomodarse al ceremonial de su tiem-

po,—ó mejor, del tiempo en que le coloca la leyenda,—debió usar barba, siquiera fuese postiza, y lo mismo *Semiramis*, al ocupar el puesto de su hijo.

Todo esto está muy bien desde el punto de vista de la erudición y de las reconstrucciones arqueológicas; pero en el teatro hay que contar con el público, y de haberse llevado la propiedad escénica hasta el punto de que la Sra. Guerrero apareciese con la magnífica barba empolvada de oro de los monarcas babilonios, habríase corrido gran riesgo de que el drama se trocara, para la concurrencia, en regocijado sainete.

Por otra parte no era, ni con mucho, un drama histórico el que se representó en el Español. Aparte de que Calderón no buscó la propiedad histórica, ni siquiera la propiedad legendaria, lo cual es suficiente para considerar que basta en una obra de este género el «decente convencionalismo» de que habla en su crítica M. de Cavia, hay que tener en cuenta que la *Semiramis* de la leyenda recogida por Ctesias de Gnido, la hija de la diosa Darketo, elevada por Nino al trono de Babilonia, y en la cual han querido reconocer los orientalistas una personificación de la Istar asiria ó una representación legendaria de la Sammuramit, esposa de Bin-nirari de Ninive, ó de la reina Ahmes Nowertari de Egipto, no es una figura histórica, sino una figura poética, una creación de la fantasía popular. Y á esta *Semiramis* ideal, aunque se la representasen con barbas doradas en tiempos de Ctesias, la fantasía popular de ahora no puede menos de representársela sin ellas.

Parecerá un frívolo pormenor, y lo es en efecto, esto de las barbas. Pero la verdad es que lo que más ha llamado la atención en *Semiramis*, ha sido—aparte del triunfo personal de María Guerrero—la suntuaria y la indumentaria de la obra. Casi se ha hablado más de las barbas rizadas (y va de barbas) de los guerreros babilonios y de los trajes de las diferentes personas del drama, que de la obra misma. Y justo es reconocer que haya ó no copiado sus figurines y modelos de la *Historia del traje* de F. Hotenrrot, popularizada en España por la traduc-

ción española de la *Historia Universal* de W. Onckeu, á la cual va unida aquélla, la dirección artística del *Español* ha mostrado en esta ocasión un grado de cultura y un deseo de hacer bien las cosas que no son comunes en las empresas teatrales. Cierto que ha habido deficiencias y errores (el Sr. Mélida señala con exactitud algunos en su artículo); pero no estamos acostumbrados á más ni á tanto. La atención que parte de la prensa ha dedicado á este aspecto de la representación de *Semíramis*, es también digna de aplauso. La mayoría del público necesita que le abran los ojos para fijarse en estas cosas.

Respecto de la obra, sabido es que *La Hija del Aire* no es de lo mejor de Calderón, pero..... es de Calderón. Por ella pasó, aunque pasara deprisa y distraído, el genio del gran dramaturgo hispano. En ella dejó bellezas, rasgos poéticos, arranques de inspiración que están proclamando su filiación calderoniana. Respecto á la refundición, hecha por el Sr. Echegaray, los críticos que se han *tomado la molestia* (á no pocas personas les parecerá molestia en efecto) de leer ó de volver á leer la obra original de Calderón, han observado naturalmente que el autor de *Mariana* ha tendido á simplificar el enredo de la comedia primitiva y á dar más relieve al carácter de la protagonista. Hávalo hecho con el propósito de crear un papel para la primera actriz del *Español*, ó atendiendo á la transformación del gusto literario y á las modernas direcciones de la dramática, el caso es que ha acertado. Bien puede asegurarse que representada la segunda parte de *La Hija del Aire*, tal como Calderón la escribió, no hubiera conseguido mayor éxito del que alcanzó refundida.

¿Quiere esto decir que el Sr. Echegaray haya mejorado la obra de Calderón? Las obras de nuestro teatro clásico tienen ya un carácter histórico y además una substancialidad tan concreta y característica, que las hacen por lo común incapaces de mejora, aun á aquellas que, estimada su calidad, no pueden calificarse de inmejorables. Se las puede aplicar en algún sentido el *to be or not to be* de Hamlet. Son lo que son ó no son.

Son tipos definitivos, no de la literatura en general, pero de una época literaria, y las reformas y refundiciones sólo se explican por un motivo accidental y externo al arte: la falta de cultura literaria del público, las dificultades materiales de la representación (por la extensión de una obra, los accesorios ó el número de personajes que exige), el atrevimiento de algunas frases ó pasajes con relación á las costumbres presentes, etc.

Pero como estos motivos, accidentales y secundarios desde el punto de vista del arte, son muy poderosos para las empresas, es lo común que las obras clásicas que se representan ahora, lo sean siempre retocadas, abreviadas ó refundidas. Y de hacer verdaderas refundiciones lo lógico es tener en cuenta—como las ha tenido el Sr. Echegaray—las conveniencias de la escena moderna, puesto que á ellas se debe en último término la refundición, y ellas sólo pueden justificarla.

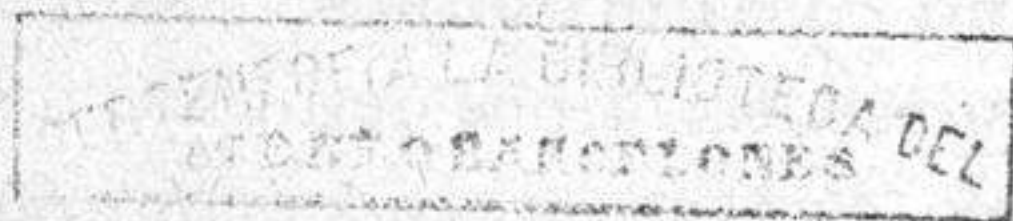
Es lástima que nuestro público no tenga ese respeto casi religioso á la tradición literaria, que se observa en naciones más adelantadas; que su gusto no esté bastante educado, y que no posea el sentido histórico necesario para apreciar obras que presentan tipos de literatura distintos de los actuales y superiores á veces, no siempre. A no ser por estas deficiencias de la cultura general, podrían representarse, sin refundiciones ni retoques, muchas de las creaciones de nuestra antigua dramática. Hoy, aun refundidas y arregladas, en lo posible, al gusto moderno, agradan poco, y el respeto nominal á la fama de sus autores apenas basta para librarlas de la censura del vulgo.

Además, la generación actual ha tenido una educación literaria realista, como la generación anterior tuvo una educación literaria romántica. Así como antes hubo que librar batallas para que se reconociera la poesía de lo real, hay que librarlas ahora para que se reconozca que el arte de la realidad no es todo el arte; que hay un arte ideal, que no necesita buscar la propiedad en los pormenores, ni descender á la minuciosa observación de los detalles, porque no pertenece á la esfera de lo individual, de las determinaciones concretas de lugar y tiempo.

Arte de *otro mundo*, del mundo de la fantasía, de los ensueños, de las creaciones imaginativas; morada de dioses, de héroes y de monstruos, demasiado grandes para que no les venga estrecha la librea de la realidad común. Tienen, con todo, su realidad propia, realidad sublimada, libre de las trabas y limitaciones que regulan el juego ordinario de la vida; realidad *esencial*, simbólica, que es en algún sentido más real que la realidad menuda y corriente. Pero el público actual no conoce ni entiende á estos magníficos fantasmas; le extrañan sus coturnos y sus vestiduras regias, le aturde su lenguaje grandilocuente y florido. Y los fantasmas pasan ¡ay! como sombras de muertos, entre una multitud que no les hace caso ni les ha reservado un puesto en su *Larario*.

Por lo mismo que luchan con estas dificultades naturales, son más estimables las tentativas de resurrección en la escena, del teatro clásico. Son, al menos, una forma de educación literaria, y los que á ella coadyuvan bien merecen un aplauso, aunque sólo fuera por la nobleza del intento.

\* \* \*



No me queda ya espacio en esta crónica más que para consignar el éxito favorable alcanzado en la Comedia por *Las Damas negras*, arreglo ó refundición de un *vaudeville* francés, que han llevado á cabo con fortuna los Sres. Revenga y Briones.

Es una obra escrita sin pretensiones, ni otro propósito que el de entretener al público, y, naturalmente, no ha sido discutida. Las críticas acerca de esta obra han estado conformes en apuntar los defectos del *vaudeville* en que está inspirada, en reconocer la buena voluntad y el acierto de los autores de la refundición y en augurarles buen éxito para mayores empresas. Con gusto me asocio á estos pareceres razonables. Y no digo más, suponiendo que para los lectores de LA ESPAÑA MODERNA no sería de un interés extraordinario el que les diese

algunas noticias de H. Ch. Chivot, autor de *Les locataires de Mr. Blondeau*, obra de que procede la estrenada en la Comedia, y el cual, unido con Duru, otro *vaudevilliste* famoso, ha producido suficiente número de piezas para que las enciclopedias y repertorios biográficos usuales, como Vapereau, De Gubernatis, Larousse, etc., le dediquen no cortos artículos, á los cuales remito á los curiosos, omitiendo también la comparación entre *Les locataires* (calificados por la crítica francesa de pieza de verano, algo así como nuestros toreros de invierno), y *Las Damas negras*, obra un poco *depaysée*, en la Comedia, y que hubiera estado mejor en Lara, por ejemplo, aunque hubiese sido necesario quitar otro piso (1) á la casa de Mr. Blondeau. (Recuelo, en la obra española).

\* \* \*

Cuatro palabras tan sólo, para terminar, acerca del libro de D. Alfredo Calderón, *Nonadas*. Es una colección de artículos que hubiera sido lástima, en verdad, que quedaran perdidos en hojas de tan corta vida como la que concede á los periódicos la curiosidad del público.

Calderón es, sin duda, el primer periodista republicano de España. Entre los propagandistas de los partidos avanzados, ninguno le aventaja, ni acaso le iguala, en cultura ni en gusto literario. He dicho que es un periodista, y acaso convendrá aclarar el concepto, ya que, de ordinario, el periodismo, como género de literatura, no suele alcanzar más que una muy moderada estimación. Periodista puede llamarse, no sólo porque escribe en periódicos, sino por sus condiciones de propagandista popular, de vulgarizador en la forma clara y amena que requiere la prensa. Pero Calderón es mucho más que un periodista, en el sentido usual de la palabra. Es un sabio y un lite-

---

(1) *Les locataires de Mr. Blondeau, vaudeville en cinq étages*, se titula la obra de H. Chivot.

rato. Y digo un sabio, porque no está aquí bastante difundida la cultura para que pueda restringirse, como en otras naciones más adelantadas, el concepto de hombre científico, de sabio, á los cultivadores *profesionales*, por decirlo así, de una esfera especial de conocimientos. En Alemania, en Inglaterra, podría decirse de él: un escritor de extensa y sólida cultura. En España, no se exagera al decir: un sabio.

Algunos de los artículos reunidos en su libro son verdaderas joyas literarias. En todos se hermana con la elegancia de la forma, á que contribuyen, entre otras cualidades, la propiedad en la expresión y lo castizo, aunque nada arcaico, del lenguaje, la profundidad, al par que la claridad del pensamiento. Calderón es *heleno*, según el concepto del *helenismo* que daba no ha mucho, en un periódico popular, un escritor muy conocido.

En el libro de Calderón dominan dos notas, al parecer opuestas, en realidad complementarias: el sentimiento y la ironía. Las almas sensibles, cuando las ilumina una clara razón, por lo mismo que salen más doloridas del continuo roce con la realidad, están más predispuestas á esa nostalgia de lo que *debe ser*, vencido brutal y perpetuamente por lo que *es*, la cual engendra, como desesperanzada protesta, la ironía.....

Pero si en los escritos de Calderón el sentimiento conmueve hondamente, la ironía no convence. Son demasiado imperfectas las instituciones y las ideas humanas, para que cualquiera de ellas no ofrezca á la crítica puntos vulnerables y á la sátira materia para sus burlas. El arma que el autor de *Nonadas* emplea contra creencias, sistemas políticos y organizaciones sociales á que su opinión es opuesta, podría esgrimirse con igual fortuna contra las creencias, sistemas y organizaciones á que Calderón rinde culto.

Déja este libro, tan modestamente titulado, una impresión melancólica. Calderón—campeón de cosas que no son, que *serán*, algunas, otras que no *serán*, probablemente—evoca la melancolía de la noble y generosa figura del héroe de Cer-

vantes, á quien su mala fortuna hizo nacer en época increíble ya en la caballería, que profesa solitario Don Quijote, entre la multitud que se le burla ó le toma por loco. Los espíritus enamorados de ideas aun no maduras, son Quijotes de lo porvenir. Y su soledad es aun más melancólica. En la caballería de Don Quijote se había creído, aunque en los tiempos del hidalgo manchego ya no se creyera. En la caballería de estos paladines andantes del pensamiento no se ha creído aún..... y lo futuro es problemático.

A estos espíritus demasiado enamorados de la perfección abstracta, les admiramos cuando escriben libros, como Calderón; les tememos cuando ponen mano en la realidad. Como Don Quijote ridiculiza inconscientemente la caballería, sirviéndola con esfuerzo y generosidad estériles, en tiempos en que ya no conviene, suelen ser aquéllos funestos á la causa á que se consagran en el terreno de la acción, poco propicio para almas soñadoras. A la manera de los amantes celosos que comprometen á la mujer amada, suelen comprometer ellos á su Dulcinea.

Pero si el reino de la realidad no les ofrece más que abrojos, el reino del pensamiento y de la fantasía les brinda, como ha brindado á Calderón, con las fragantes rosas del Permeso.....

E. GÓMEZ DE BAQUERO.



# LA PRENSA INTERNACIONAL.

---

## LA CORRESPONDENCIA DE VÍCTOR HUGO

**C**IERTAMENTE, esta correspondencia tiene mucho menos interés del que hubiera podido creerse. No contiene casi nada acerca de la historia literaria de 1815 á 1835..... A propósito, ¿qué significa esto?: en letra gorda, encima del título «1815-1835» y en el tomo cartas que llegan hasta á mediados de 1843. En fin, pase..... Por tanto, poquísimas cosas respecto á todo el movimiento literario de la época romántica; y en verdad que teníamos derecho á esperar de la correspondencia de Hugo alguna pequeña contribución á la historia del romanticismo.

Sin embargo, debemos entresacar de las cartas á Víctor Pavie algunas indicaciones bastante curiosas sobre el modo de comprender su arte Víctor Hugo en 1827, época del *Prefacio de Cromwell*. Como es allí menos solemne, también resulta mucho más claro é inteligible que en sus prefacios y otros manifiestos didácticos.

Aconseja, por ejemplo, al inteligentísimo y muy distinguido Víctor Pavie, joven que entonces estaba llamado á grandes destinos y que luego no justificó su mérito, ser «más severo

en la rima, esa única *gracia* de nuestros versos.» Y esto es de subido precio, aun cuando no esté bastante desenvuelta la idea.

Aconséjale también «cambiar de ritmo con tanta frecuencia como quisiere en la misma oda, pero conservando siempre una regularidad íntima en la disposición de su metro: es el medio de dar más fuerza al pensamiento, más amplia armonía al estilo y más valor al conjunto de la composición.» No lo dijo mejor Malherbe; es imposible formular con más claridad la teoría opuesta á la de los decadentes. Y lo digo, no por denigrar á los decadentes, pues lo probable es que su quehacer consista precisamente en lo contrario que el romanticismo, para intentar hacerlo mejor.

Dice Téophile (1):

Malherbe hizo muy bien, mas para él solo (2).

Me limito á advertir que esto es darse cuenta bien de su arte y dársela bien á los demás.

De igual modo, jamás definió mejor Víctor Hugo el romanticismo en todas sus obras y disertaciones, siempre altisonantes y pretenciosas en demasía, que en estas cuatro líneas enderezadas al propio Víctor Pavie: «Los versos de usted tienen el carácter de las grandes cosas de nuestra poesía renovada, ese carácter de *gracia* y de *vigor*, esa mezcla de *juventud* y de *madurez* que es el sello de todos nuestros talentos superiores.»

¡Gracias á Dios! Asimismo es, sin estrépito de consideraciones filosóficas. Algo débil sin gracia, algo avejentado, sin la elevada razón que tener debiera la madurez: tal es el clasicismo de 1815. Algo enérgico y audaz, casi una gracia un poco amanerada, pero positiva; juventud, al menos afán y ambición de decir alguna cosa: tal es la gente moza de 1820. Pudiera bastar eso para definir el romanticismo. Ateniéndose á

---

(1) El articulista se refiere, sin duda, á Teófilo Gautier.—*N. del T.*

(2) Malherbe a très bien fait, mais il faisait pour lui.

ello dejarían de emborronarse muchas cuartillas; pero, en último término, no haría falta nada más. Y, entre paréntesis, atengámonos á eso por ahora.....

Cierto es también que esas cartas son muy poco numerosas, lo cual es otro desencanto. Tengo para mí que sólo se trata aquí de una colección escogida, que no se nos da sino la correspondencia expurgada de Víctor Hugo. Sólo es una impresión, pero es mi sentir.

¡Cómo! ¿No se ha conservado más que eso, de cuanto escribió Víctor Hugo á todas aquellas personas con quienes se carteaba desde 1815 á 1835 y aún á 1843? Los que recibían cartas de Víctor Hugo, ¿no las guardaban con más cuidado?

Harto sé que siempre se pierden las cartas juveniles de un grande hombre; quienes las reciben no las conservan, por no ocurrírseles que su amigo ha de llegar á ser tan grande algún día. Por eso carecemos de casi todas las cartas de Voltaire á la edad de veinte años. ¡Y es lástima!

No todo el mundo tiene la previsión de mi pobre amigo P..... (no es Pagello). Conservaba todas las cartas que se le dirigían; y hasta, según creo, cuantas caían en sus prudentes manos.

«De todos mis amigos, decía (y tengo muchos, porque soy un buen chico), bien habrá uno ó dos que lleguen á ser célebres. De estos tendré cartas; y cartas de la juventud, lo cual es inestimable. Por lo mismo, á todo evento guardo las cartas, aun las cartas de mujer. Acaso alguna llegue á ser otro Jorge Sand.»

Eso estaba muy bien hecho. Sólo que aquel pobre diablo murió á los veintiún años. Esto fué lo único por él no previsto.

No todo el mundo prevé las grandezas desde tan lejos, y poquísimas cartas juveniles hay de hombres célebres. Pero Víctor Hugo fué célebre á los veinte años. Sus cartas han debido conservarse casi todas desde 1822. ¿Y hay tan pocas hoy para un período de veinte años? ¡Vamos! ¿No es verdad que esto no es sino una colección escogida?

Es muy de sentir que así sea; pero si no curo de las composiciones póstumas, de los esbozos abandonados á la mitad del camino, de los fragmentos de manuscritos en borrador, informes y nebulosos fondos de cajones, por el contrario, en lo que atañe á epistolarios exijo todo ó nada. La correspondencia se publica, ó por los detalles históricos que contiene, ó para poner en claro y fijar la idea que debe formarse del carácter de un hombre célebre. Es importante desde el primer punto de vista; lo es menos desde el segundo, pero aún lo es. Nada ha hecho formar más triste idea del carácter de Voltaire que su correspondencia. Pues bien, no diré «tanto mejor,» sino «pase, está bien.» Bueno es que sepamos á qué atenernos acerca de estas cosas. Nada ha hecho formar más alta idea del carácter de Béranger que su correspondencia, la cual hasta ha rectificado en absoluto el juicio que de él teníamos. Creíasele un falso hombre de bien, porque su hombría de bien tenía cierto no sé qué de aspereza. Pero bajo aquella aspereza se advierte una bondad muy verdadera, profunda y exquisita. Pues bien, ¡tanto mejor!

Por eso hubiera deseado yo que la correspondencia de Hugo fuese mucho más voluminosa. En último término, si eso es en verdad todo lo que se ha conservado de Víctor Hugo como epistológrafo, me conformo; tomemos las cosas como nos las dan.

Tomándolas así, son más bien muy favorables para el poeta, y abogan con mucho ardor en defensa de su carácter. Almas excesivamente delicadas, refinados de conciencia, hombres que jamás escribieron una línea movidos por su propio interés, á quienes hace estremecerse la sola idea de prosperar con adulaciones á los poderosos, y que nunca tienen por norte sino la verdad, la justicia, el interés en pro del arte, lo verdadero, lo bueno, lo bello, son de parecer que Víctor Hugo cuidaba un poco en sus cartas los progresos de su gloria, trataba de asegurar el buen éxito de sus libros y de sus obras teatrales, no descuidaba el lisongear á quien pudiese serle útil en su carre-

ra literaria. Menos virtuoso yo, sin duda, paréceme Víctor Hugo muy discreto, muy moderado y muy digno en el uso de esos medios, que algunos escritores han desdeñado radical y sistemáticamente, es cierto, pero que después de todo son legítimos.

En verdad, no los emplea en demasía. Ruega á sus amigos que vayan á aplaudir *Hernani*. ¿Por qué no?—Es amable con el barón Taylor. ¿Querrían que, teniendo la ventura de conocer á aquel hombre encantador y poderoso en la esfera de los teatros, fuese arisco con él y le gastase maneras á lo Espartaco? Eso es pedir demasiado.—Escribe al rey José cartas hechiceras, aunque en un tono más solemne que las nuestras; pero es el estilo de su tiempo. Consiste en que el rey José (1) es antiguo amigo de su padre, el veterano general. Y os ruego que advirtáis cómo el rey José es en 1827, y rey desterrado, un pobre rey que vive en casa amueblada en Londres.

¿Buscaría en destierro protectores? (2)

A lo menos, esa es una adulación no sospechosa de vulgaridad.

No; bien visto, las cartas *útiles* no son tan numerosas en esta correspondencia, y son de una discreción y de un tono muy aceptables. ¡Felices quienes no las hayan escrito sino parecidas!

Y además, fijaos en este punto: *desde 1825* Víctor Hugo no es un jovenzuelo que quiere subir; es ya un jefe de partido. Es el jefe proclamado é indisputable del pequeño ejército romántico, pues Lamartine jamás quiso ponerse á la cabeza de una escuela, aparte de que desempeñaba el cargo ó el papel de diplomático en Italia, y Vigny estaba aún en su regimiento, á la vez que tenía demasiado mal carácter para presidir, sea lo que fuere. Esto cambia mucho las cosas. Cuando Hugo

---

(1) José Bonaparte, rey intruso de las Españas y de sus Indias.—  
(N. DEL T.)

(2) Fallait-il dans l'exil cherchez des protecteurs?

quiere que *Hernani* venza, que se represente *Marion Delorme*, que tenga buen éxito las *Hojas de otoño*, tanto persigue el triunfo del romanticismo como el suyo propio. Es un jefe de partido que busca reclutas, más que un industrial que se afana por su inventario. No pretendo exagerar nada: todas las publicaciones recientes, apoyadas en documentos auténticos, me impedirían en absoluto presentar á Víctor Hugo como un hombre desinteresado; pero no era un pedigüño, un adulator, una persona trivial. Esto es lo que quiero decir y lo que nada desmiente.

Hasta tiene á su pro rasgos de verdadera generosidad y de buen corazón, que, en último caso, son innegables sin disputa. Dicen que sólo pensaba en él; y ¡vive Dios! esto no puede pasar. Vigny, que, no lo olvidemos, era en aquella época más gran poeta que él; Vigny, que había publicado *El Diluvio*, *Moisés*, *Eloa* y *Cinq Mars*, cuando Hugo aún estaba en las *Odas y Baladas* y en *Bug-Jargal*; Vigny, de quien Hugo podía estar celoso en 1827, halló en Hugo ardiente amistad y vigorosísimo apoyo en el asunto del *Otello*. Y en 1837, cuando ese Vigny, grandísimo poeta, pero alma bastante mediana, á quien Sainte-Beuve aplicaba tan bien traídos los versos de Boileau

..... Por su actitud discreta  
Y aspecto de envidioso, es un poeta (1),

un poco aturdido al verse sobrepujado por Hugo, comenzaba á decir cuchufletas con cierta acritud acerca del talento del autor de las *Hojas de otoño*, de *Hernani*, de *Marion Delorme* y de *Nuestra Señora de París*, ¿cuáles son las represalias de Hugo? En verdad que muy suaves y despreciativas. Escribe sencillamente á Sainte-Beuve: «El *hidalgo*, en efecto, está volviéndose fabuloso. Pero ¿qué quiere usted? Preciso es compa-

---

(1) ..... A sa mine discrète  
Et son maintien jaloux je l'ai connu poète.

decerle, aún más que vituperarle. Archicontento quedará si fracasa *El rey se divierte*. Así me paga los aplausos frenéticos de *Otello*.» Y se acabó. ¡Vamos! que eso no es muy duro.

También es capaz de un arranque juvenil é imprudente. Redactada en 1830 la «Protesta de los periodistas», leyóla Thiers tranquilamente y dijo luego: «¡Nada de firma colectiva, ya sabéis! Hacen falta cabezas al pie de esta clase de papeli-tos. Aquí está la mía.» Y firmó el primero. Pues bien, Hugo hizo otro tanto en 1832.

Sabido es que en aquella época, á consecuencia de una insurrección, declaróse el estado de sitio en París y pudo temerse una reacción sangrienta. Se trató de insertar en *El Nacional* una protesta con firmas. Hugo envió la suya en la siguiente carta á Sainte-Beuve: «Acabo de llegar á mi casa, querido amigo. Ha pasado la hora de la cita en *El Nacional*, pero me uno á vosotros de todo corazón. Firmaré todo cuanto firméis, en las barbas del estado de sitio.»

Y unos cuantos días después escribe: «No me indignan menos que á usted, mi querido amigo, esos miserables escamoteadores políticos que hacen desaparecer el artículo 14 y guardan de reserva el estado de sitio dentro del doble fondo de su cubilete. Espero que no se atreverán á estrellar en los muros de Grenelle estas jóvenes cabezas tan calientes, pero tan generosas. Si los hacedores de orden público intentasen una ejecución política, y cuatro hombres de corazón quisieran promover un tumulto para salvar á las víctimas, yo sería el quinto.» La frase tiene una redacción desdichada, y desde hace largo tiempo la he puesto en mi colección de *violonadas* célebres. Diríase que Emilio Augier se acordó de ella, al escribir en *Filiberto*:

Es mi especialidad, mi fiel instinto,  
Donde hacen falta cuatro ser el quinto.

Mas no por eso deja de ser perfectamente generosa la intención.

Veamos ahora su conducta en materia de pensiones; no puede ser más digna. Acepta 2.000 francos anuales de Carlos X, sin haberlos pedido. Un poco después, para compensarle la prohibición de *Marion Delorme*, se le quieren dar 3.000 más. Rehusa, algo fastuosamente (este fué siempre su defecto; pero el caso es que rehusa). Debía hacerlo así; pero, á la postre, está bien hecho.

Cinco ó seis años después acontece esto, que es mejor.

Carta al Sr. Thiers, ministro de la Gobernación:

«Hay en este momento en París una mujer que se muere de hambre. Llámase Elisa Mercœur. Ha publicado varios tomos de poesías; no es este el lugar de hacer alabanzas de su mérito. Una pensión de 1.200 francos que le señaló Martignac, se le ha reducido á 900 francos desde 1830. Tiene consigo á su madre, y sin más que esa pensión de 900 francos para vivir en París. Ambas se mueren de hambre, *al pie de la letra*. [Aquí exagera un poco Víctor Hugo; 900 francos en 1830 equivalen á 1.800 francos en 1896; las dos mujeres sólo vivían con mucha estrechez.] En 1823 me señaló espontáneamente el rey Luis XVIII una pensión de 2.000 francos, con cargo á los fondos del ministerio de la Gobernación; en 1832 renuncié á ella por mi voluntad. Por aquel entonces el predecesor de usted, M. d'Argout, envióme á decir que no aceptaba esa renuncia y que no dispondría de esa pensión en favor de nadie. Hoy, sin reconocer yo ningún derecho (sea el que fuere) á esa pensión en favor mío, acudo á usted en súplica de que disponga de ella en obsequio de la Srta. de Mercœur. Si usted consiente, me felicitaré doblemente de haberla renunciado.»

Esto prueba, querido poeta, que cuando se tiene una pensión conviene conservarla, ¡por Dios! Si no se necesita, se dispone de ella por sí mismo en beneficio de los infortunados con quienes se tropieza, sin haber necesidad de escribir á los ministros cartas elocuentes. Esto relumbra menos, tiene menor aspecto de grandeza; pero es más seguro. Hasta en materia de beneficencia, seamos prácticos. El Sr. Brioux, en su comedia



*Los bienhechores*, tiene buenísimas ideas acerca del asunto. Pero el caso es, de todas maneras, que la conducta de Víctor Hugo, con tal motivo, es más que correcta y le honra mucho.

Hay otros vulgares episodios en la vida íntima de Víctor Hugo, cuando era joven, que causan verdadero placer y merecen tenerse en cuenta. No era rico, habíase casado con una señorita pobre, tenía tres ó cuatro hijos á la edad de veinticinco años, y con deberes que otros muchos hubieran declinado, estaba dispuesto y aun pronto al sacrificio. Su padre (y no él) debía 480 francos con 80 céntimos al señor de la Rivière, desde diez años á la fecha, por supuesto sin saberlo, sin recordarlo. Dicho señor de la Rivière, que jamás había reclamado nada, vése obligado por la necesidad á recordar esa deuda á Víctor Hugo. Carta de Hugo á su padre: «...Olvidada tenía yo del todo esa deuda, creyéndola satisfecha ya, juntamente con las demás poquillas deudas módicas que dejó mi madre, y se solventaron con el producto de la venta de sus alhajas y vestidos..... Como era apremiante la necesidad del señor de la Rivière, pedí consejo á mi mujer, y de acuerdo con ella, me apresuré á remitir á dicho señor 200 francos que tenía yo disponibles, *reservados para comprarme un reloj*. Esta suma, mi querido papá, servirá para descargar en otro tanto el total importe de la deuda; ligerísima es la privación que me impongo al renunciar á ese reloj, y puedo hacerlo sin molestia mía. Por otra parte, sé, excelente padre, que no eres rico; y puesto que algo me toca en el gasto hecho por el señor de la Rivière, esos 200 francos serán mi cuota personal. No pienses, por tanto, más que en el resto, importante 280 francos con 80 céntimos.....»

Este episodio es muy bello, casi conmovedor. Con todo eso, el pobre joven Víctor Hugo tuvo que aguardar al buen éxito de *Bug-Jargal* para conseguir su reloj. Esto casi me reconcilia con *Bug-Jargal*.

Y nada digo de esas famosas cartas á su mujercita, citadas con alguna frecuencia. Son muy amorosas (se sobreentiende),

muy tiernas, aunque aderezadas con el estilo galante de aquel tiempo; lo cual va en perjuicio suyo, en sentir nuestro, pero que no debiera hacérselas sospechosas ni un ápice. Adviértase que el «estilo del alma» de una generación llega á ser el estilo de la galantería en la generación siguiente, y esto es lo que engaña. Con apasionado corazón escribían Rousseau las cartas de *La nueva Eloisa*, y Mirabeau las *Cartas á Sofía*. Un marido que escribiese hoy en el tono de las cartas de Víctor Hugo á su mujer, daría margen á que la señora sospechase con fundamento que aquél no pensaba ni una palabra de lo que decía. Pero esto no es razón para que Hugo no estuviese hondamente emocionado al escribirlas.

Y, además, no hay que atenerse á las palabras, sino á las obras. Víctor Hugo se separa por vez primera de su mujer, para ir á la consagración de Carlos X. Parte de Blois el 19 de Mayo de 1825, á la una de la tarde. Apenas llega á Orleans, á las cuatro de la misma, escribe á su mujer; igual me da que la carta sea elocuente, pero *es larga*. He aquí una prueba de la pasión verdadera. Todas las señoras serán de mi parecer.

Al siguiente día, á las siete y media de la mañana, llega á París. «Molido, mareado por la diligencia» (¡oh, lo creo!), escribe á su mujer inmediatamente; y si la carta es conmovedora puede ser literatura, pero *es muy larga*. Calculo que necesitaría una hora para escribirla. ¡Vamos, esas son pruebas! Queda demostrado que Víctor Hugo amaba mucho á su mujercita en 1825.

Su ardor y la ternura de su corazón resaltan aún más en esas tristes y hermosas cartas á Sainte-Beuve. Pero las cartas de Víctor Hugo á Sainte-Beuve son toda una novela dolorosa y dramática; y prefiero hablar de ellas otra vez, con el detenimiento necesario.

EMILIO FAGUET.

(De la *Revue Politique et Littéraire*.)

---

## RECUERDOS DE UN EDITOR

---

### LAMARTINE

Ha tenido usted la bondad, mi querido director, de pedirme que transcriba algunos recuerdos personales acerca de cualquiera de las grandes figuras políticas ó literarias de este siglo, y que de esta suerte evoque ante usted á los hombres eminentes conocidos por mí, con quienes tropecé á menudo en el transcurso de mi carrera, en la vida y en el pensamiento de los cuales he intervenido un poco, al honrarme como editor dando á luz más de una de sus obras. Mis recuerdos serán algunas notas y algunos documentos aportados á la historia intelectual y moral de la última mitad de este siglo. Si llega el caso, podré tomar de mis archivos (preciosamente conservados) más de una carta inédita, escrita por una pluma gloriosa: una primicia así quizá no carezca de atractivo para sus lectores y para usted mismo. Hablaré hoy de Alfonso de Lamartine, con quien mantuve relaciones por los años de 1863 á 1867, y en cuyo salón fuí admitido con frecuencia. Hace algunos años ya que, al inaugurarse una estatua de Lamartine en su país natal, creo que Julio Simon (si no me es infiel la memoria) había remontado la corriente, ya que no de impopularidad, á lo menos de indiferencia, que arrastró el nombre de Lamartine á un semiolvido. Julio Simon tuvo palabras ardientes y de profunda exactitud para volver á colocar á Lamartine en su verdadero puesto. A quienes conservan algo el culto del ideal, algún sentimiento de justicia, dábales verdadera pena, os lo aseguro, el ver á toda una generación tener en semejante menosprecio á aquel que escribió las *Armonías* y las *Meditaciones*, al poeta de *Jocelyn* y al historiador de los

*Girondinos*; eso sin hablar del hombre político, del hombre de acción, que se reveló con tamaña nobleza en 1848.

Cierto es que Lamartine mismo había contribuído algún tanto á este obscurecimiento de su gloria, y sobre todo á ese achicamiento de su personalidad; pero, en último término, sólo contribuyó á ello á los ojos de espíritus superficiales, que se aferran á un detalle y descuidan mirar el conjunto.

Lamartine tuvo la desgracia de ser una personalidad sobrado alta para sus contemporáneos; de haber sido un profeta (en el elevado sentido de esta palabra, el *vates* antiguo) en una época de prosaísmo burgués; de haberse mostrado en sus horas de riqueza como un gran señor generoso y pródigo, frente á una sociedad calculista, cuyo único interés y cuyo único afán consistía en hacer negocios. «Enriquecéos», había dicho Guizot brutalmente; y Lamartine respondió sembrando á manos llenas sus propios bienes de fortuna, sin contar ni regatear nunca, lo mismo ante sus viñadores ó los granjeros de sus tierras, que ante todos cuantos á él recurrían.

Dos personas hubo (dos en este siglo del dinero, entre tantos egoismos ó tantas venalidades), Alejandro Dumas, padre, y él, capaces de derramar á la vez los tesoros de su genio y los tesoros de su bolsa, sin guardar nada para sí. ¿Acaso es esto un ejemplo tan común? ¿Hay tal vez en ello culpabilidad? ¿Quién podría quejarse, como no fuesen ellos mismos? Y, además, ¿dónde está el demérito?

Sea como fuere, habiéndose retirado Lamartine de una manera voluntaria y soberbia del poder, que ocupó en 1848 (y retirándose pobre, á la inversa de tantos otros), volvió á sus tareas de escritor y pidió á su pluma los recursos necesarios para liquidar deudas contraídas por él en beneficio ajeno, así como los recursos necesarios para su propia existencia.

¿Hay algo más honroso que eso? ¿Hay algo más digno que el trabajo?

Dirigióse, pues, á todos los que le habían querido y conservaban el culto de sus escritos, pidiéndoles que le ayudasen

á costear una nueva edición de sus obras completas, ó una publicación periódica que había emprendido, con el título de *Conversaciones familiares de literatura*, donde iban apareciendo una serie de biografías de grandes hombres, retratos hechos á menudo de mano maestra y harto poco leídos hoy.

En verdad, esas monografías estaban hechas un poco de prisa, sin profundo estudio. Pero ¡cuán magnífico lenguaje las viste siempre, y qué relámpagos de clara adivinación las iluminan á veces!

En todo caso, el resultado fué que todos los reaccionarios, enemigos del Lamartine de la revolución de 1848, tomaron de ahí pretexto para sublevarse contra lo que llamaban la «mendicidad» de Lamartine, santo y seña que se propagó con mucha rapidez. La gloria de Lamartine era molesta, les eclipsaba. ¡Ah, si pudiesen proyectar un poco de sombra y aun de fango sobre esa gloria, cuánto menos mezquinos se sentirían ellos mismos! Y ¡quién sabe! quizá los creyeran engrandecidos, al quedar solos y sin contraste.

Hay en el fondo de las almas tanta envidia y bajeza, que nunca se conoce su cuantía. Victor Hugo sufrió los mismos embates de la rivalidad y de los celos, durante largos años: los impotentes se afanan siempre en destruir al que les sobrepuja, y los recién llegados tratan de arrojar de en medio del camino á quien lo ocupa antes que ellos.

Tal es la suerte de toda gloria literaria. El destierro permitió á Víctor Hugo desviar esa corriente; así como el silencio que por tan largo tiempo guardó, entre *Los Burgraves* y *Los castigos*, entre *Nuestra Señora de París* y *Los miserables*. Su silencio fué de oro para él, pues todo el mundo aguardaba con impaciencia su primera obra nueva. Hacerse desear es una fuerza.

Pero Lamartine, apremiado por las necesidades de la vida material, no había podido tener esta habilidad. ¿Y qué se vió entonces? Vióse (¡lamentable espectáculo!) á toda una juventud, perdida la sacra llama del entusiasmo, reaccionar violenta-

mente contra la poesía, contra lo ideal..... ¿Y qué aportaba?..... ¡El naturalismo, el grosero naturalismo, la brutalidad del hecho, como tema de estudios ó como lección de cosas!

¿Qué es *Jocelyn*? ¡Bah, un poema de ensueños en la región de lo azul!

¿Y qué son *Las armonías* y *Las meditaciones*? ¡Aspiraciones hacia las nubes, vuelos del alma!

¿Para qué sirve eso? Quedémonos en la tierra, registremos las sentinas, removamos los fangos de la calle ó los vicios y liviandades de los seres. ¡En eso está el realismo, el cual trae á los hombres el verbo nuevo, el verbo de la verdad! ¿Qué importa que todo eso dé náuseas al acercarse demasiado? ¡Introducamos el escalpelo en la horrible llaga y avivémosla!

Toda una generación se educaba así, con estos datos. El primer afán debía ser el derribar á cualquiera que fuese la antítesis de este modo de mirar las cosas y de proceder.

El arte mudaba de asiento. Lamartine y Alfredo de Vigny, como Jorge Sand, eran los representantes del idealismo humano. Creían que hartó aburrida y triste es ya por sí misma la vida, para no intentar evadirse de las vulgaridades del momento y volar hacia los purpúreos horizontes de lo desconocido, en pos de las aspiraciones al infinito. Cantaban el amor, la esperanza, el egoísmo, la nobleza de las acciones, las sublimidades de la virtud, los mismos ímpetus de la pasión; y se proponían arrastrarnos tras de ellos, con sus poemas ó novelas, en demanda de esas cimas deslumbradoras del ensueño. En resumen, nos elevábamos con ellos; el hombre no era ya el bruto.

Pero muy pronto, la nueva escuela, respondiendo á un estado de ánimo engendrado por el desarrollo de los apetitos materiales y por la divinización del dinero, púsose á clamar al unísono contra todo lo que era la poesía de la vida, so pretexto de falsedad en la concepción, y empeñóse en pintar cuanto tenemos olvidado de puro sabido: las miserias de nuestra bestia humana, el hormigueo de los vicios, las fealdades morales, las monstruosidades anormales.

Había nacido la escuela realista, el naturalismo tuvo entonces su hora de triunfo, y Lamartine, batido ya en brecha por todas las coaliciones y por esa competencia suprema (él, gran representante, con Jorge Sand, de otro movimiento y de otra tendencia), vióse arrojado á las genmonías, hasta menospreciadas casi sus obras antiguas, tenidas por nulas y sin valor por los neófitos.

Presenció vivo ese crepúsculo que sigue á la puesta de los soles. Disputósele su gloria adquirida, hasta el punto de negarle el genio. Cayó en el paulatino hundimiento del olvido: lamentable y entristecedor espectáculo en que el hombre, viejo ya y bajando al sepulcro, ve alargarse en derredor de sí la sombra de otra muerte aún peor: el desdén, la indiferencia, la ingratitud, y por añadidura los ataques dirigidos contra él.

En esos instantes le conocí yo, que de niño fuí mecido á compás de sus versos, y de adolescente admiré el poder evocador de sus arengas ó de sus grandiosas y elocuentes páginas de historia. Y también me es grato evocar ese momento, para rendir como un supremo homenaje á quien tanto lo mereció.

---

La vez primera que ví á Lamartine fué en su casa de la calle La Ville-l'Evêque: una especie de pabellón en el fondo de un patio, donde están hoy unas oficinas dependientes del ministerio de la Gobernación, si mal no recuerdo.

A la entrada había un despacho para la administración, venta y suscripciones de sus *Conversaciones familiares de literatura*; allí se subscribía también á las *Obras completas*. Esos servicios parécenme recordar que estaban bajo la dirección de la señorita Valentina de Cessiat, sobrina de Lamartine y mujer distinguidísima, que demostró pasmosa devoción por nuestro gran poeta en sus horas de infortunio. Lamartine me esperaba; hábale yo escrito bajo los auspicios de Luis Ulbach,

quien había sido uno de los secretarios de la Junta de suscripción para publicar las obras completas antiguas. Propóniame yo comprar á Lamartine algunos manuscritos de obras inéditas, referentes á biografías de hombres ilustres (Danton, Vergniaud, Mirabeau, William Pitt, lord Chatam, la gran Catalina de Rusia, Tamerlán, etc.), monografías que, en efecto, fueron editadas por mí en seis tomos, con los títulos de *Los hombres de la Revolución, Civilizadores y conquistadores, Los grandes hombres del Oriente, Shakespeare y su tiempo, Biografías y retratos*. Erame grato aportar así mi tributo á Lamartine, y me enorgullecía el ser editor suyo, como lo era ya de Víctor Hugo desde *Los Miserables*, y como llegué á serlo de la mayor parte de los grandes escritores franceses de esta segunda mitad de nuestro siglo: me impelía hacia ellos el amor á las letras.

Fuí muy bien recibido por Lamartine. Era yo entonces muy joven, y aun recuerdo bien la viva impresión que tuve al ver aparecer ante mí, en su vasto salón, á aquel hermoso y magnífico anciano, siempre derecho y firme, de elevada estatura, con gabán abrochado. Tenía en verdad muy buen aspecto y aire arrogante; hasta en su manera de andar se notaba el hidalgo, un poco frío y reservado, pero sin ser arisco ni pretencioso, atractivo por la gracia de sus modales é imponente á la vez por no sé qué nobleza que de él emanaba.

Al seguir visitando á Lamartine, bien pronto comprendí la poderosa seducción que en su juventud debió ejercer para con las mujeres, y la que en 1848 tuvo para con las masas populares.

En aquella primera entrevista no pude librarme de sentir una emoción bien fácil de comprender. En efecto, parece que hay algo de particular y misterioso en el acto de aproximarse á quienes por su propio mérito han conquistado una especie de imperio sobre su época, y representan el movimiento de una generación entera, sobre todo, cuando la inteligencia es la causa única de esa primacía.



Pero bien pronto me hizo serenarme Lamartine, y hablamos, yo de mi admiración al poeta que adormeció las horas de mi adolescencia, él de mis proyectos y trabajos; y al poco tiempo estábamos ambos en el acuerdo más perfecto.

No hubo dificultades para convenir en las bases del contrato que yo solicitaba (14 de Abril de 1863), pues yo mismo estaba muy deseoso de celebrarlo: ese contrato comprendía, además de los seis tomos de *Biografías inéditas*, toda la colección completa de los discursos pronunciados por Lamartine en su vida pública. Nunca se había hecho aún ese acopio de tantas arengas elocuentes (literarias, políticas, sociales, históricas). Las obras completas publicadas por él, no contenían más que ciertos trozos oratorios, con el epígrafe colectivo de *La Tribuna*; era una colección escogida, pero no revelaba al hombre entero.

Pues bien; debe saberse que Lamartine no sólo era un gran orador, sino un improvisador pasmoso y (cosa más ignorada) un pensador profundo. ¡Sí, en ese poeta inspirado había algo de profeta!

Nunca se ha fijado lo bastante en este aspecto del genio de Lamartine; y no es posible aún comprenderlo ni darse verdadera cuenta de él, sino leyendo la serie de sus discursos y escritos políticos, que comienzan en 4 de Enero de 1834 y terminan en 22 de Diciembre de 1851, es decir, en el momento del *golpe de Estado*. En presencia de semejante acontecimiento brutal, fué cuando se retiró Lamartine de la vida pública.

Pero, en el intervalo de esos veintisiete años de acción por su parte, ¡cuántos problemas se plantearon! ¿Y sabéis quién fué el único que, solo, desconocido entonces, tratado de utopista, sin grupo ni partido en torno suyo, en la Cámara de los Diputados (en tiempo de Luis Felipe), hasta complaciéndose en su aislamiento, llegó á dar con la solución exacta y racional de cada una de esas cuestiones iniciadas por el progreso de las ideas, presintiendo el mañana en el momento presente y profetizando en cierto modo el porvenir?

¿Se trata de los caminos de hierro? Pues Thiers, aun con su claro y perspicaz ingenio, los declara imposibles; Lamartine se levanta para defender su practicabilidad y demostrar su próximo incremento colosal.

¿Se trata de la cuestión de Oriente? Lamartine es quien anuncia sus peligros é indica el camino que se debe seguir.

Preséntanse la cuestión de la traída de los restos mortales de Napoleón I, ó la cuestión de las fortificaciones de París; conviene leer de nuevo á Lamartine, en sus combates contra la mayoría, para admirar hasta qué punto veía bien claro.

Cuestiones de política interior, cuestiones de política extranjera: siempre está valiente en la brecha, con puntos de vista que el porvenir se ha encargado de probar cuán exactas eran, formulando conclusiones que la generación siguiente se apresuraba á realizar en su mayor parte.

Véanse, por ejemplo, los problemas relativos á las cajas de ahorros, ó de retiro y de previsión, á la libertad de enseñanza, al derecho de asociación, á la ley de imprenta, á la colonización, á la libertad de comercio, á la emancipación de los esclavos, á la propiedad literaria; léanse los razonamientos ceñidos y elocuentes de Lamartine, y decídase. Es el único que se adelanta á su tiempo; y sin embargo, no hizo sino indicar la solución aceptada hoy. ¿Es eso espíritu práctico y previsor?

Conversión de la Deuda, impuesto sobre la renta, las cuestiones sociales más graves, todos los complejos problemas del trabajo y de la miseria, nada queda fuera de su profética visión de un porvenir próximo. Como dijo perfectamente el señor de Heredia, en su discurso de recepción en la Academia francesa, Lamartine tiene el don de segunda vista: «La tribuna es un trípode para él; da oráculos. Ha predicho (no en oscuros enigmas sibilinos, sino en términos rotundos) la apertura del istmo de Suez, el inmenso desarrollo de las líneas férreas, las actuales dificultades entre el Estado y las grandes compañías de ferrocarriles, el segundo Imperio, la unidad de Alemania, el sitio de París y la guerra civil que después hubo.»

¡Qué podría yo añadir á esta enumeración tan completa y tan típica, hecha por el Sr. de Heredia, y que logró el pleno asentimiento de nuestros *Inmortales!*

Érame grato concordar con un hombre de tan amplias miras, y esos discursos proféticos me propuse publicar en toda su integridad y por su orden sucesivo, marcando bien la gradación de ideas del genio de Lamartine. Basta recurrir á esos seis tomos publicados con el título de *Francia parlamentaria*, «*Obras oratorias y escritos políticos*» de Alfonso de Lamartine, para quedar aún hoy tan deslumbrados como convencidos, y sobre todo atónitos con esa clara visión del porvenir.

Pero, al mismo tiempo y por el mismo contrato, comprometióse Lamartine á escribir sus *Memorias*. ¡Cuán interesantes hubieran sido esos recuerdos de toda una existencia empapada en los sucesos de este siglo desde la hora de la Revolución francesa, en cierto modo, puesto que Lamartine vió á los testigos supervivientes de ella y recogió las notas de los contemporáneos!

Además, él mismo había estado en relaciones constantes con los personajes de la restauración, codeándose con Chateaubriand y con la señora de Récamier, frecuentando los salones aristocráticos ó diplomáticos, haciendo numerosos viajes célebres aún. Por desgracia, no salieron á luz esas *Memorias*, que debían formar seis tomos. Lamartine se había comprometido á entregar el primer tomo en Marzo de 1864, y así sucesivamente, tomo por tomo. Estaba estipulado el precio: por el conjunto de mi contrato aseguraba yo á Lamartine 125.000 francos, de ellos 30.000 al contado por las obras antiguas y las monografías; 20.000 francos escalonados en cuatro meses (de Agosto á Noviembre), por el primer tomo de las *Memorias*, y el resto conforme me entregase el manuscrito de los demás tomos. Así se hizo por mi parte.

Todas las publicaciones convenidas se llevaron á efecto durante el año 1865, menos las *Memorias*, por los motivos que

luego diré, al seguir historiando la continuación de mis relaciones con Lamartine.

Volví á verle á menudo desde entonces; me hizo el favor de admitirme á su mesa. Así estuve en algunos grandes banquetes en su casa, verdaderamente curiosos, tanto por los convidados que en ellos encontré, como por las conversaciones que se sostenían. Allí tuve el gusto de conocer á Dargau, uno de los íntimos amigos del gran poeta, historiador de altos vuelos y hermoso estilo, autor de una clásica *Historia de María Stuart*, de una *Historia de la libertad religiosa*, y de otras dos obras dadas á luz por mí: la *Historia de Isabel de Inglaterra* y la *Historia de Cromwell*.

También encontré entre los habituales convidados de la casa á Edmundo Texier, el agudo crítico parisiense que más tarde había de presentarme á la Sra. Rattazzi, á la sazón en todo el esplendor de su radiante belleza, y á Alfredo Duménil, autor de un tomo, de buena venta, acerca del *Arte italiano*, yerno de Michelet, y director que fué de la «Sociedad propietaria de las obras de Lamartine», organizada por los Pereire (según creo), la cual se fusionó más adelante con el grupo de las tres casas Furne, Pagnerre y Hachette.

La comida era rápida y sencilla, aun cuando muy bien dispuesta. Acelerábase un poco el servicio, porque después había tertulia; y se pasaba al gran salón, que era como una galería doble, en el fondo de la cual estaba el busto de la señora de Lamartine. Como es sabido, era ésta de origen inglés. Conoció á Lamartine, secretario de legación por entonces, en Florencia, en un baile de la embajada. Hánme contado muchas veces que la Sra. de Lamartine, señorita de carácter muy poético, y cautivada por las bellas estrofas de las *Meditaciones* ó de las *Armonías*, se cogió del brazo del joven poeta, ya glorioso, y le dijo muy quedo al oído estos versos de tan dulce melancolía, de *El otoño*, algo así como queja de un alma probada ya, pero que se aferra á la vida y á la imperecedera esperanza:

¡Acaso lo futuro me guarde alguna dicha,  
Por m' s que la esperanza de tanto bien perdí;  
Acaso entre las gentes un alma, que yo ignoro,  
Comprenda al alma mía y me responda á mí!

Fácil es imaginar cómo se emocionaría el poeta al escuchar este aviso, tan delicadamente dado, de un corazón que por él palpitaba. ¿Qué confesión podía valer lo que aquella, saliendo de dos labios murmurantes, con una gracia tan conmovedora y discreta á la vez? La consecuencia de ello fué el matrimonio. ¿No hay aquí toda una novela corta, un verdadero poema de amor, juntamente con un dulce homenaje rendido al joven maestro que había hecho estremecerse á tantas almas con los acentos de su lira, como se decía entonces?

En la tertulia que seguía al banquete, presentábase, sin previa invitación, toda una pléyade de nombres conocidos: iban á hacer corro á Lamartine en su gloriosa pobreza. Allí estaban todos sus fieles y los amigos, hombres de letras, artistas, políticos de campos diferentes; todos ellos se inclinaban ante el maestro.

Ví allí á los más aristocráticos representantes del mismo barrio de Saint-Germain; anunciábanse, unas tras otras, marquesas y duquesas, grandes señoras viudas y nobles señoritas, formando un brillante macizo de flores en torno de aquel verdadero gran señor, como lo era Lamartine, tanto en su persona como en su porte.

Todos aquellos patricios se agrupaban en derredor de ese hidalgo, demócrata empero, tanto por sentimiento como por reflexión, que en último término había ido al mismo paso que su siglo y á menudo se le había adelantado arrastrándolo en pos de sí y hasta dirigiéndolo, como en 1848. Era el más hermoso homenaje tributado al genio y á la honradez de un hombre por sus adversarios en opiniones, y placíame ser espectador de ello.

Estaba Lamartine apoyado de espaldas en la chimenea, á veces cruzado de brazos, inclinándose ligeramente ante los que

iban entretanto á saludar al dueño de la casa. Al principio hablaba poco, cual si fuese extraño á todo aquel trajín y aun á su misma tertulia: las señoras de la casa, en particular su sobrina la señorita Valentina, se ocupaban con interés de los invitados. Respecto á él, escuchaba á dos ó tres amigos de los más íntimos, que estaban á su lado dándole conversación á media voz. Toda la sala estaba llena de animación, con los rumores de los diversos grupos, en tanto que se servía el te ó el café.

Pero, á veces, apoderábase Lamartine de alguna frase dicha más alta entre las conversaciones particulares ó generales, si por acaso dicha frase ó el tema respondían á uno de los sentimientos vivos y siempre despiertos en él.

Era de oírle entonces. Levantábase, se erguía, y quedaba uno dominado á la vez por el aire imponente de su persona, por lo bello de la frase, por lo noble del ademán, por el mismo encanto de la voz.

Corrían á oleadas las ideas; el animado mirar os subyugaba y os hablaba también. Preciso era oír el silencio de aquel salón, con su numeroso público de convidados, ante aquella casual improvisación, que tenía todo el poderío de una elocuencia esclavizadora.

Pero, eran raras las ocasiones en que Lamartine se expresaba así.

Un día, en uno de esos convites, tuve ocasión de oír todo un discurso prodigiosamente curioso. Érase el comienzo de la expedición francesa á Méjico, y se hablaba de ello en la mesa. Alzóse de pronto la voz de Lamartine y púsose cada uno á escuchar cuál era el sentir del dueño de la casa.

En vísperas ó principios de la expedición de Méjico estaba Francia removida por causas de interés privado, que el Gobierno de entonces disimuló con esmero y sólo más tarde se revelaron. Entre tanto, dábase á la empresa el falso aspecto de una obra libertadora de un pueblo oprimido bajo el pretencioso despotismo de Juárez; removíase la fibra patriótica, invocando la fraternidad de los pueblos latinos; como contrapeso del gran

poderío anglo-sajón, que los Estados Unidos constituían, se trataba de fundar allá lejos, en Ultramar, un vasto imperio latino. Ese era el brillante barniz que cubría la píldora amarga, pues era preciso convertir al público hacia la «gran idea» del reinado imperial (como se llamaba entonces en las esferas oficiales á la proyectada conquista); y, sobre todo, era menester luchar por medio de una palabra sonora contra la ardiente resistencia que por parte de las oposiciones encontraba en el Cuerpo legislativo la ocupación mejicana.

El problema estaba, por tanto, á la orden del día. Nada tuvo de extraño que por casualidad se plantease en aquel banquete de Lamartine, salón neutral donde todos los pareceres tenían sus representantes respectivos, sin que Lamartine se encastillase en ninguno de los campos, dueño de su independencia de ideas y superioridad de genio, siempre con profundo liberalismo.

Algunos de los convidados (y confieso que yo era de ese número) pensaban que Lamartine, representante siempre de la independencia de los pueblos, tomaría partido contra la imperial tentativa de absorción y de dominación.

Y acaeció muy de otro modo. Como era un gran poeta, veía las cosas por el lado sintético; su sentimiento humanitario abarcaba determinadas razas. Hijo de Virgilio y de Tito Livio, por su afinidad con ellos como poeta y como historiador, sólo consideraba á la raza latina como representante única de las tradiciones del mundo antiguo y de la más alta cultura intelectual, é investida por tal concepto del derecho de supremacía. Españoles, portugueses, italianos, franceses, todos descendían de un mismo tronco, y estaban imbuídos del mismo espíritu, á pesar de las disparidades de medios, circunstancias ó intereses. Reedificar la unidad de la raza latina en sus diversas ramas constituía un objetivo serio, apretando los lazos entre ellas. Pues bien, las por nosotros llamadas colonias hispano-americanas de la otra costa del Atlántico habíanse desprendido del primitivo tronco; por tanto, era me-

nester reconstituir esta gran familia, y Francia era el predeterminado caballero que iba á realizar la empresa. Ya fuese el Imperio de Napoleón III (nada de su gusto), ya cualquiera otro régimen político, ¿qué le importaba á Lamartine, si se conseguía ese resultado?

Dos confederaciones de raza latina se hubieran respondido una á otra: en Europa, los pueblos del Mediodía; en América, todas esas repúblicas fundadas sobre la conquista española.

Tal era el tema desarrollado.

Ciertamente, era grandiosa la idea expresada por Lamartine: ensanchaba la patria estrecha, trasladándola á la raza entera, sea cual fuere el territorio que ocupase, y formaba una federación de ese conjunto.

Escuchábale yo con avidez, algo asombrado al pronto (lo confieso); pero todo cuanto de sus labios emanaba tenía tanta brillantez, que me conmovía por la elocuencia desplegada.

Por otra parte (á pesar de la semejanza de las opiniones políticas respecto á la cuestión de la cual se tratase, opiniones con que también se mezclaba la pasión del momento), cada cual guardaba silencio en la mesa, sin perder una palabra de los maravillosos párrafos del orador; pues era un encanto el oír hablar á Lamartine cuando se entregaba á la improvisación, al sacro fuego que en él ardía. Arrastraba á todos en pos de sí, quedábamos subyugados á pesar de las resistencias íntimas del pensamiento: había en él tanto arranque y tal ardor, que era imposible no quedar convencido. ¿Y cómo no inclinarse siempre ante lo «sentido» y de «buena fé», sobre todo si es un cerebro así quien explana sus ideas, con tamaño prestigio! Pues no se crea que la edad hubiese disminuído sus facultades ni embotado su prodigiosa vitalidad.

Aquella noche se manifestó de cuerpo entero, ante nosotros, mínimo auditorio, y pude formarme idea de lo que sería el tribuno ante una multitud de cien mil hombres. Era profundo su acento, luminosa su frase, envolviendo la idea en un manto majestuoso. Entonces comprendí mejor que nunca lo



hechicero que fué Lamartine; por eso guardo un recuerdo siempre vivo y estremecedor de aquel banquete, aun cuando sintiera surgir interiormente cien objeciones que oponer á la tesis sostenida. Pero, sea cual fuere la pasion política que me arrastrase, confieso que escuchaba no persuadido, sino cautivado; y muchos de los comensales, entre ellos Luis Ulbach, partidario de las mismas ideas hostiles á la empresa mejicana, callábanse y se inclinaban ante el encanto de la palabra.

Después llegó un momento en que Lamartine, volviendo á sus preocupaciones personales (¡ay, á pesar de todo, á despecho de la intensidad del genio mismo, harto nos oprimen!), llegó un momento, digo, en que Lamartine, en medio de aquel discurso, sacó una consecuencia inesperada ciertamente para todos y cada uno de nosotros.

Vacilo en decirlo; pero el hecho es tan humano, que, en sentir mío, ningún ser puede eximirse de ello en una situación dada, ni con un determinado convencimiento. ¿No vienen á refluir en nuestra personalidad todas nuestras ideas, como todos nuestros actos? Y planteo la cuestión, aun con respecto á los hombres de un alma más noble y pura.

El hecho es que, dejando Lamartine desbordarse su pensamiento entero, veía abrirse en pos de aquella conquista mejicana y de aquella inmensa confederación de las razas latinas, de que Francia iba á ser el apóstol y el instigador, todo un mercado para los productos nacionales en general, para los de la inteligencia en especial, para las obras en lengua francesa en particular; ésta debía ser la que se difundiese más y lograrse primacía sobre el italiano, el español y el portugués, idiomas hermanos todos ellos, como nacidos de un mismo tronco.

Por consiguiente, las letras francesas llegarían á ser el principal alimento de la educación de todas esas naciones latinas confederadas.

No debe echarse en saco roto que, por aquel entonces, trabajaba Lamartine en sus *Conversaciones familiares* ó *Curso de literatura*; y que, además, acababa de ver publicar en benefi-

cio suyo, y por suscripción pública, sus llamadas *Obras completas* (aunque en realidad no estaban íntegras en esa edición, la cual sólo comprendía unas *Obras escogidas* en 40 tomos en 8.º)

Pues bien, lo que ante todo veía Lamartine en aquella «conquista mejicana» y en sus consecuencias, era un terreno preparado para recibir en inmenso número las series de volúmenes que él publicase.

Soñaba ya con fletar un buque entero para el transporte de los cargamentos de sus libros á Ultramar, á los pueblos nuevamente emancipados; soñaba con suscritores innúmeros y compradores sin cuento. Y los barcos, con sus velas ó sus calderas, bien pronto iban á zarpar con rumbo á esas «Nuevas Francias,» unidas á la madre patria.

Claro es que ninguno de nosotros se atrevió á arrebatarse el dulce fruto imaginario de aquella conquista de Méjico por Francia.

Pero, tal idea por parte de Lamartine, por ingenua que fuese, no dejaba de ser noble; pues, en último caso, adheríanse sus esperanzas á una obra civilizadora.

¡Bien pronto se encargaron los sucesos de destruir «el gran pensamiento» del reinado imperial!

---

Aun tuve ocasión de ver á Lamartine de cerca y en una intimidad que casi pudiera llamar la de *un grande hombre en traje de casa* (según ahora se dice), si no hubiese sido con menos ropa todavía, puesto que estaba simplemente en camisa y calzoncillos, escribiendo en la cama, con un perro, creo que una galguita (acaso dos, no recuerdo bien), que dejaba echarse toda la noche al pie de la misma cama, sobre la alfombra del dormitorio.

Era la primera vez que entraba yo en aquel aposento, situado en el primer piso, dando al patio, con un jardinillo en

forma de terraza, un poco más abajo de las dos ventanas que alumbraban la estancia

Aún me parece ver la cama, con las ropas medio caídas; y el gran cuerpo huesudo de Lamartine tumbado allí á la larga, aunque con la cabeza levantada y puesta sobre dos almohadones, uno encima de otro.

Era todavía de mañana, bastante temprano, á cosa de las nueve, y trabajaba Lamartine. Escribía así, medio acostado; y allí estaban esparcidas por todas partes en el lecho, dispuestas para ser ordenadas con destino á la imprenta, las cuartillas de su precioso manuscrito, escritas á vuela pluma, y por lo común, sin una enmienda. Lamartine no volvía á leer sus escritos; la improvisación era en él tan afuente y segura de sí misma, que se fiaba de ella. Y, en efecto, ¿hay nada más armonioso que sus frases? ¡Qué melodía, casi rítmica, se advierte en su prosa! ¡Qué brillantez y qué colorido! Eran en él naturales esos dones del estilo, sin costarle ningún esfuerzo; su misma espontaneidad era causa de su emoción, y ésta se hacía comunicativa.

Sólo dos seres conocí tan maravillosamente dotados, hasta el punto de que en verdad pudiera llamárseles «liras resonantes»: eran Lamartine y Jorge Sand. La resonancia era el canto de su alma. ¡Ese es todo su secreto! En todos los demás escritores hay trabajo, rebusca, vacilación, retoque..... Pero en aquellos dos maestros, que á nadie pueden compararse, surgía el pensamiento con su vestidura adecuada, en su impecable molde. Son los dos grandes prosistas típicos del siglo XIX, que reanudan las verdaderas tradiciones de la noble lengua francesa, elocuente, pura, castigada, casi diría que clásica, si no se agregase cierto no sé qué estremecimiento, resultado, en sentir mío, de las influencias de Juan Jacobo Rousseau, de Chateaubriand y de la escuela romántica, sin los defectos y exageraciones de esta última.

ALBERTO LACROIX.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
MUSEO DE BARCELONA

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

---

**Apuntes para un curso de Derecho administrativo**, por el Dr. D. Carlos María de Pena, profesor en la Universidad de Montevideo. Un vol.

**E**L señor de Pena, distinguido profesor de la Universidad de Montevideo, ha tenido el excelente acuerdo de ordenar y publicar las *notas* de sus cursos magistrales de Derecho administrativo, bajo el modesto epígrafe de *Apuntes para un curso de Derecho administrativo*. Realmente el trabajo contiene algo más que meros *apuntes*: es un intento, á veces muy bien orientado, de sistematización de la ciencia especial de que el señor de Pena trata, que revela en el autor: primero, una sólida preparación doctrinal; segundo, erudición muy completa, y tercero, cierta originalidad, que para sí quisieran no pocos autores de grandes, de *formidables* tratados de Derecho administrativo. El señor de Pena se inspira en buenas fuentes: no ignora los trabajos de Stein, maestro quizá el más eminente de nuestra ciencia, de Meyer, de Mohl, de Holtzendorff, de De Gioannis, de Gneist, de Orlando, etc., etc., antes bien aprovecha con gran fruto sus enseñanzas, exponiendo con claridad conceptos é ideas que en los maestros mismos no siempre resultan fáciles de comprender.

Lo publicado de los *Apuntes*, á lo menos lo que yo conozco, no abarca todo el Derecho administrativo; comprende sólo los

capítulos, que pueden en cierto modo constituir una buena *Introducción* á la ciencia. Estudia en ellos el señor de Pena, primero, el concepto del Derecho administrativo, procurando distinguirle de la ciencia de la Administración, del Derecho constitucional y del Derecho civil; luego verifica una amplia indagación de los fines del Estado, para señalar la esfera de la función administrativa, que determina á continuación, definiéndola en vista de la propia esfera de las distintas funciones del Estado. Todo esto puede estimarse como una preparación científica para fundar la doctrina que el autor desarrolla en el capítulo V, acerca de la Administración. El señor de Pena, cree con razón, á diferencia de lo que le pasa á la mayoría de los tratadistas franceses y á sus imitadores los españoles, que no hay modo de fundar una buena y razonada sistematización del Derecho administrativo, sin un estudio previo detenidísimo de lo que es la Administración. Realmente, no cabe señalar el objeto de aquél sin definir el contenido y función de ésta. Por eso el señor de Pena se detiene bastante en lo que él llama *Ampliaciones del concepto de la Administración*.

Pero y ¿qué entiende el señor de Pena por Administración? Es, dice, «serie de actos y conjunto de precedentes destinados á aplicar á las funciones y *necesidades* del Estado y á los organismos y cosas concretas que en él se comprenden, los principios que deben regirlos y los recursos ó medios que les conciernen dentro de la constitución, dirigiendo, de conformidad con ella, la *vida nacional*.» Hay en esta definición mucho que yo conceptúo aceptable y que coincide con ideas que en mis escritos vengo sosteniendo tiempo ha. Por de pronto hay de aceptable el punto de vista que no es el estrecho y limitado del poder ejecutivo, sino el del organismo y el de la actividad del Estado. Pero no todo lo de la definición es aceptable: el señor de Pena ve sin duda que lo administrativo no se reduce á lo ejecutivo, idea esta que yo siempre he defendido; pero en cambio, el señor de Pena, dejándose llevar por la tendencia alemana de Stein, y la italiana de Orlando, no pone en claro la

distinción entre la acción administrativa y la acción social. En mi concepto, y por razones expuestas en lugares más oportunos—en mi *Introducción al Derecho administrativo*, en mi artículo publicado en *La Administración* (en el núm. 1.º) y en la *Revue du droit public*—la acción social no es administrativa aun cuando tenga un aspecto administrativo.

Expuesto el concepto de la Administración, el señor de Pena estudia, entre otras cosas, las relaciones de la Administración con la Constitución (cap. VIII), la *Técnica en la Administración* (cap. IX), y por fin, la *Economía y la Administración*. De estos tres temas, el que el señor de Pena trata mejor, siendo además su estudio de mucha novedad, es el de la técnica; es en verdad el asunto de la técnica administrativa de gran importancia, á pesar de que los tratadistas no suelen tratarlo. Merece, pues, plácemes el señor de Pena, por haber tenido la buena ocurrencia de comprender la técnica como parte integrante de su trabajo. Sólo un vacío encuentro en el capítulo dedicado á este asunto por el distinguido colega. Distraído, sin duda, por el aspecto *técnico* material de la Administración, el señor de Pena se ha olvidado de que su capítulo forma parte de unos Apuntes sobre *Derecho* administrativo, y que, por lo tanto, para que su doctrina de la técnica resultase completa, era preciso haber hablado de la técnica *jurídica* de la Administración. Lo cual no quita un ápice de valor á lo que el señor de Pena dice de la técnica de la Administración, desde el punto de vista en que se coloca al estudiarla.

ADOLFO POSADA.

---

**Women and the factory acts**, by MRS. SIDNEY WEBB. Published by the Fabian Society. Fabian tract núm. 67, London, 1896.—15 págs., un penny.

**The difficulties of individualism**, by SIDNEY WEBB. Published by the Fabian Society. Fabian tract núm. 69, London, 1896.—19 págs., un penny.

**Rapport sur la politique fabienne et resolutions présentés par la Société Fabienne au Congrès international des travailleurs socialistes et Trade-Unions**. Londres, 1896. Brochure Fabienne, núm. 70, 15 págs., dix centimes.

Todos estos opúsculos pertenecen á la serie de *tracts* que publica frecuentemente la Fabian Society, de Londres, y con los cuales se propone divulgar entre la masa los principios del socialismo y las soluciones que éste ofrece para los capitales problemas que en la actualidad preocupan á las gentes. La Fabian Society se compone de socialistas de gran competencia científica, los cuales buscan la transformación de la sociedad por medio de cambios graduales y pacíficos, y, sobre todo, por la difusión de la cultura entre los ciudadanos. «La sociedad fabiana—ha dicho ella misma recientemente—piensa que en la física del socialismo, *la luz es un factor de más importancia que el calor*». A esta idea, precisamente, responde la publicación de los *tracts*, de que acabo de hablar, en folletos breves, concisos, substanciosos y baratísimos, que pueden llegar á manos de todo el mundo, y que todo el mundo puede, en corto espacio de tiempo, leer y aprovechar. Para facilitar el camino á aquellas personas que deseen estudiar más á fondo alguno de los problemas sociales, ó algún aspecto del problema social, ha dado á luz la Fabian Society en uno de sus *tracts* (el número 29: *What to read. A list of books for social reformer*, 3.<sup>a</sup> ed., London, 1896), un catálogo muy completo y muy ordenado de obras escogidas, relativas á diferentes materias que como sociales se consideran (historia social antigua y moderna; economía clásica, moderna, matemática; ética; jurisprudencia; ciencia política; cooperación; delito; educación; em-

briaguez; legislación obrera; tradeunionismo; feminismo; socialismo en sus múltiples manifestaciones, etc., etc.)

Los tres folletos, cuyos títulos van al frente de esta nota, escritos quizá todos ellos, pero por lo menos los dos primeros, por los esposos Webb, tan competentes en este linaje de asuntos, tratan: uno, de la cuestión del trabajo de las mujeres, si debe ó no reglamentarse, y si tal reglamentación favorece ó perjudica á las mismas trabajadoras; otro, de poner de manifiesto los errores y contradicciones del individualismo económico, así como los perjuicios que á la sociedad causa este sistema; y el tercero es una exposición que la Fabian Society hizo de su credo social y político al Congreso internacional de trabajadores, últimamente celebrado en Londres, y de las resoluciones que la misma sociedad presentó para que este Congreso las votase y aceptase.

P. DORADO.



## OBRAS NUEVAS

---

- Aguiló y Prats (B.)—Ciencia del crédito territorial (Credigelogía.) En 4.º, 44 páginas.
- Alcázar (J. de).—Historia de los dominios españoles en Oceanía. En 8.º, 7 hojas, 207 páginas: 3 pesetas.
- Almanaque para 1897 de El Sui-Géneris, con el santoral en verso. En 12.º, 192 páginas: 0,50 pesetas.
- Almanaque Sud-Americano para el año de 1897, dirigido por Casimiro Prieto y Valdés. En 4.º, 268 páginas: 2,50 pesetas.
- Altamira (R.)—Novelitas y cuentos. En 12.º, 188 páginas: 0,50 pesetas.
- Antich é Izaguirre (F.)—Abel, Alborada (poemas). En 8.º, 102 páginas: 1 peseta
- Becker (J.)—La tradición política española. Apuntes para una biblioteca española de políticos y tratadistas de filosofía política. En 8.º, 207-iv páginas: 3 pesetas.
- Blanco y Sánchez (R.)—Lengua castellana. Arte de la escritura. En 8.º, 366 páginas y 22 láminas caligráficas: 3 pesetas.
- Bustamante y Sirven (A. S.)—Tratado de derecho internacional privado. En 4.º, 551 páginas: 17,50 pesetas.
- Calderón (A.)—Nonadas. En 4.º, 322 páginas y retrato del autor: 5 pesetas en Madrid y 5,50 en provincias.
- Cappa (R.)—Estudios críticos acerca de la dominación española en América. El viejo y el nuevo mundo. ¿Qué era España un siglo antes del descubrimiento de América? *Tomo VIII*. En 8.º, 225 páginas: 2,50 pesetas.
- Carpena (R.)—Nomenclator escolar. En 4.º, 447 páginas y retrato: 6 pesetas.
- Carvajal y Hue (J. de).—Discursos parlamentarios (durante los años 1872 á 1895). 7 tomos. En 4.º: 50 pesetas.
- Castillo García y Soriano (R.)—La reforma del código penal español. En 4.º. 399 páginas: 4,50 pesetas.
- Catálogo alfabético, por materias y autores, de las obras existentes en la Biblioteca del Casino de Madrid. En 4.º, 4 hojas, 419 páginas. Colección de documentos inéditos

- para la historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo, 1518-1818, colectados y publicados por J. T. Medina. *Tomo IX. Valdivia y sus compañeros. II.* Santiago de Chile. Impr. Elzeviriana. 1896. En 4.º may., 475 páginas: 15 pesetas.
- Cotarelo y Mori (E.)—D. Enrique de Villena; su vida y obras. En 4.º, 178 páginas: 2 pesetas.
- Chabrán y López (F. de P.)—Síntesis gramatical de la lengua francesa. En 4.º, xvi-104 páginas: 2 pesetas,
- Díaz Carmona (F.)—Elementos de historia de España. En 4.º, 2 tomos. 1096 y 5 páginas: 16 pesetas.
- Espinosa (P.)—Una poesía de Pedro Espinosa, ahora nuevamente sacada á luz, con introducción y notas. En 4.º, 40 páginas.
- Tirada de 111 ejemplares. No se vende.
- Euskara (El) ó el Vascuence en 120 lecciones. En 4.º, 150 páginas.
- Fernández García (M.)—Vida del B. Teófilo de Corte, de la orden de San Francisco. En 12.º, vii-64 páginas: 0,75 pesetas.
- Fernandez Prida (J.)—Discurso inaugural leído en la Universidad literaria de Valladolid. En 4.º, 67 páginas.
- Tema: La codificación del Derecho internacional privado.
- García Icazbalceta (J.)—Obras. *Tomo 1.º* Opúsculos varios. Méjico, Impr. de V. Agüeros, editor. 1896, En 8.º, xvi-431 páginas y el retrato del autor: 7 pesetas.
- Biblioteca de autores mejicanos. *Tomo 1.º*
- Gil (J.)—Código civil español. Sumario de artículos. En 4.º, 359 páginas: 8 pesetas.
- Gómez de Arteche (J.)—Reinado de Carlos IV. *Tomo II.* En 4.º, 527 páginas, 21 láminas. En tela, plancha y cortes dorados: 20 pesetas.
- Gómez Candela (P.) y López Costa (J.)—Salirse de sus casillas, y ¡Qué fiel es Gundemaro!.... sainete en un acto y en verso. En 8.º, 31 páginas: 1 peseta.
- González de Castejón y Elío (J. F.)—Discurso leído en la Universidad Central. En 4.º, 62 páginas.
- Tema: El principio de autoridad en la vida social.
- González Rija (A.)—Discurso leído en la Universidad de Oviedo. En 4.º, 46 páginas.
- Tema: La ley del progreso en la Historia.
- Groizard y Gómez de la Serna (A.)—El Código penal de 1870, concordado y comentado. *Tomo IV.* En 4.º mayor, 429 páginas: 10,50 pesetas.
- Guía de Madrid, ilustrada con grabados, según fotografía de Hauser y Menet. En 12.º, 235 páginas y anuncios. En tela: 2,50 pesetas.
- Guía del aspirante á maestro.—Contestaciones ajustadas á los programas oficiales de ingreso en las Escuelas Normales. En 8.º, 164 páginas: 2 pesetas.
- Heras (D. de las).—Cómicos y comiquillos; semblanzas en verso. En 4.º, 102 páginas: 2 pesetas.
- Historia y arte. Revista mensual ilustrada. *Año II, números 13 á 18* (fin de la publicación). En folio, 123 páginas con grabados y 24 láminas: 15 pesetas.
- Huelín y Arssu (C.)—Compendio de gramática inglesa. En 8.º, 2 tomos. viii-99-49 páginas: 5 pesetas.

- Jurado de la Parra (J.) — Sinceridad; ensayo dramático en un acto y en verso. En 8.º, 29 páginas: 1 peseta.  
Galería dramática de Hidalgo.
- Leal de Ibarra (F.) — Estudios de Derecho penal. En 4.º, VIII-351 páginas: 7,50 pesetas.
- Liñán y Eguizábal (P. de). — Ensayos de crítica. En 12.º, xx-361 páginas: 2 pesetas.
- López Cerezo (V. G.) — Prontuario de legislación mercantil. En 8.º, 141 páginas. En tela: 3 pesetas.
- López Silva (J.) — Los Madriles. En 8.º, xx 210 páginas: 3,50 pesetas.
- López Tuero (F.) — Doctrina zootécnica. Ventaja de los animales de pequeña alzada, En 8.º, 53 páginas: 1 peseta.
- Llano y Ovalle (F. de). Flores del Bierzo, lozanas y mustias. En 8.º, 291 páginas: 2,50 pesetas.
- Macías (J. M.) — Erratas de la «Fe de Erratas de D. Antonio Valbuena.» *Montón quinto y sexto y último.* En 8.º, 103-129-III páginas: 6 pesetas.
- Manjarrés y Bofarull (R. de). — Discurso leído en la Universidad de Sevilla. En 4.º mayor, 37 páginas.  
No se vende.
- Manzanque Montes (F.) — Contestación al programa para las oposiciones al Cuerpo jurídico militar. En 4.º (Autografiado). 140-iv páginas: 30 pesetas.
- Marcilla y Martín (C.) — Estudio de los antiguos alfabetos filipinos. En 4.º mayor, 109 págs. y 6 hojas.
- Medina (J. T.) — Juan Nuñez de Prado y Francisco de Villagrán en la ciudad de Barco. Un documento interesante para la historia Argentina. Santiago de Chile, Impr. Elzeviriana. 1896. En 4.º mayor, vi-59 páginas.
- Menéndez Caravia (J.) — La guerra de Cuba, su origen y desarrollo. En 8.º, 40 páginas: 1 peseta.
- Milá y Fontanals (M.) — Obras completas. *Tomo VII.* En 4.º, XLV-489 páginas: 8,50 pesetas.
- Monner Sans (R.) — Minucias lexicográficas. Tata, tambo, poncho, chiripá, etc., etc. En 8.º, 61 páginas.
- Monumentos históricos de Valencia y su reino. *Tomo II.* En 4.º, 505 páginas: 10 pesetas.
- Ortíz de Pinedo (D.) — ¡Luz! monólogo original y en verso En 4.º, 23 páginas: 1 peseta.
- Orts y Orts (F.) — Discurso leído en la Universidad de Valencia. En 4.º, 62 páginas.
- Palau Ballesteró (F.) — La serie aromática de química: los fenoles y sus derivados químicos. En 8.º, LXXXVII-215 páginas: 5 pesetas.
- Pego Méndez (F.) — Fuero militar; breves nociones ordenadas con arreglo al programa para las oposiciones del Cuerpo jurídico militar. En 4.º, 54 páginas: 3 pesetas.
- Perales Gutiérrez (A.) — Discurso leído en la Universidad de Granada. En 4.º, 27 páginas.
- Pérez y González (F.) — Juegos artificiales; versos y artículos. En 8.º, 300 páginas con grabados: 4 pesetas.
- Pólvoras y mezclas explosivas, exacción del impuesto. En 4.º, 204 páginas: 4 pesetas.
- Ramírez de Helguera (M.) — El libro de Carrión de los Condes (con su historia). En 4.º, 7 hojas, 241 páginas: 3 pesetas.

- Reyes Prosper (E.)—Atlas elemental de morfología general externa. En folio. 20 láminas con su hoja de explicación cada una: 7 pesetas.
- Roca (L.)—Provincia de Guipúzcoa. Memoria de valoraciones para el año de 1893. En 4.º mayor, 282 páginas: 4 pesetas.
- Rodríguez López (J.)—Las preocupaciones en medicina; conocimientos útiles á la familia. En 4.º, 239 páginas: 2,50 pesetas.
- Ruiz de Obregón y Retortillo (A.)—Muestras sin valor. En 12.º, 129 páginas: 1 peseta.
- Sanjurjo (R.)—Noticias de algunas experiencias con los rayos catódicos. En 8.º, 10 páginas: 0,50 pesetas.
- Seco (G. M.)—Tratado de Derecho remuneratorio. En 4.º, 323 páginas: 3,50 pesetas.
- Sivela (F.)—Doña Trinidad Grund de Heredia. Necrología. En 8.º, 26 páginas.  
No se ha puesto á la venta.
- Simonet (F. J.)—Cuadros históricos y descriptivos de Granada. En 8.º, XXI-389 páginas: 5 pesetas.
- Tex.—Huelgas en la Argentina: sus causas y medios de combatirlas, por Tex. Sinl. (Buenos Aires) 1896. En 4.º, 40 páginas: 1,50 pesetas.
- Uhagón (F.)—Relación de los festines que se celebraron en el Vaticano con motivo de las bodas de Lucrecia Borgia con Alonso de Aragón. En 8.º, 87 páginas y el retrato de Lucrecia Borgia reproducido de la estampa de Ticiano.  
No se ha puesto á la venta.
- Urráburu (J. J. de).—Origen de los seres vivientes, según sus diversas especies, y examen del transformismo. En 4.º, XI-299 páginas: 4 pesetas.
- Valbuena (A. de).—Fe de erratas del nuevo diccionario de la Academia. Tomo IV. En 8.º, 272 páginas: 3 pesetas.
- Veladas (Las) de un párroco. Instrucciones en forma de plática sobre las verdades de la religión. En 12.º, 208 páginas: 2 pesetas.  
Biblioteca selecta parroquial. Tomo 2.º
- Vergara y Martín (G. M.)—Estudio histórico de Avila y su territorio. En 8.º, 204 páginas: 5 pesetas.
- Vilanova y Pizcueta (F. de P.)—Arte y literatura. Colección de artículos. En 4.º, XI-205 páginas: 2 pesetas.
- Zorrilla de San Martín (J.)—Resonancias del camino. En 8.º, 364 páginas.

# ÍNDICE

por orden alfabético de autores de los artículos  
publicados en la «España Moderna»  
durante el año 1896.

- ANÓNIMO.—*Los salones de la Condesa del Montijo*: Enero, pág. 88; Febrero, pág. 100; Marzo, pág. 5; Abril, pág. 85; Mayo, pág. 5.
- ANÓNIMO.—*Obras nuevas*: Enero, pág. 204; Febrero, pág. 205; Marzo, página 205; Abril, pág. 204; Mayo, pág. 204; Junio, pág. 205; Julio, página 206; Agosto, pág. 206; Septiembre, pág. 205; Octubre, pág. 200; Noviembre, pág. 204.
- ASENSIO (José María).—*Noticias curiosas, particularidades y anécdotas relativas á Cervantes y al Quijote*: Diciembre, pág. 55.
- BARRANTES (Vicente).—*Viaje de la Corbeta «Nautilus»*: Enero, pág. 70.
- BIORSON (Biostorne).—*Ensueños*: Octubre, pág. 105.
- BOURGET (Pablo).—*La señorita Rosario*: Noviembre, pág. 180.
- BUYLLA (Adolfo A.).—*Notas bibliográficas*: Abril, pág. 196.—*La novela sociológica*: Junio, pág. 5.
- CAMPOAMOR (Ramón de).—*Final del Apocalipsis (dolora)*: Enero, página 60.
- CARDUCCI (José).—*A la rima*: Octubre, pág. 140.
- CASA-TORRE (Marqués de).—*Las novelas ejemplares de Cervantes*: Abril, pág. 28.
- CASTELAR (Emilio).—*Crónica Internacional*: Enero, pág. 154; Febrero, pág. 144; Marzo, pág. 142; Abril, pág. 130; Junio, pág. 102; Julio, página 159; Septiembre, pág. 117; Octubre, pág. 157; Noviembre, página 157; Diciembre, pág. 128.
- CAZURRO (Manuel).—*El Museo de Historia Natural*: Marzo, pág. 64.
- DELORME SALTO (Rafael).—*El progreso Científico en Méjico*: Julio, página 79.
- DORADO (P.).—*Notas bibliográficas*: Enero, págs. 184-185; Febrero, página 198; Marzo, págs. 166-168; Abril, págs. 199-202; Mayo, pág. 159; Junio, pág. 196; Agosto, pág. 197; Septiembre, pág. 195.—*El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo*: Noviembre, pág. 71.—*Nota bibliográfica*: Diciembre, pág. 99.

- ECHEGARAY (José).—*Recuerdos*: Enero, pág. 61; Febrero, pág. 110; Marzo, pág. 53; Abril, pág. 46; Mayo, pág. 51; Julio, pág. 37; Agosto, pág. 84; Octubre, pág. 92; Diciembre, pág. 71.
- FAGUET (Emilio).—*La correspondencia de Victor Hugo*: Diciembre, pág. 169.
- GOMEZ DE BAQUERO (E.).—*Crónica Literaria*: Enero, pág. 137; Febrero, pág. 177; Marzo, pág. 125; Abril, pág. 112; Mayo, pág. 138; Junio, pág. 119; Julio, pág. 119; Agosto, pág. 110; Setiembre, pág. 104; Octubre, pág. 143; Noviembre, pág. 146; Diciembre, pág. 154.
- LACROIX (Alberto).—*Recuerdos de un editor: Lamartine*: Diciembre, pág. 179.
- LÓPEZ (Ernesto).—*El matrimonio en la clase media*: Octubre, pág. 26.
- MARTÍN (Antón).—*Mis vecinos de la Academia*: Diciembre, pág. 5.
- MÉLIDA (José Ramón).—*Avila, Monumentos viejos y tradiciones añejas*: Noviembre, pág. 5.
- MÉNDEZ (Cátulo).—*Ramito de Miosotis*: Agosto, pág. 97.—*El Marqués de Viane*: Octubre, pág. 134.
- MENÉNDEZ Y PELAYO (M.).—*Nueva biografía del Abate Marchena*: Junio, pág. 59; Diciembre, pág. 17.
- MERIMÉE (Próspero).—*La perla de Toledo*: Agosto, pág. 102.
- OCHOA (Juan).—*Los Señores de Hermida* (novela): Agosto, pág. 5; Septiembre, pág. 5; Octubre, pág. 5.
- OLIVER (Miguel S.).—*Impresiones evocadas* (Becquer): Mayo, pág. 65.
- OSSORIO Y BERNARD.—*Notas bibliográficas*: Enero, pág. 187.
- PALACIOS MORINI (Leopoldo).—*Notas bibliográficas*: Agosto, pág. 201.
- PARDO BAZÁN (Emilia).—*Memorias de un solterón*: Enero, pág. 5; Febrero, pág. 5; Marzo, pág. 81; Mayo, pág. 77.
- PERO PÉREZ (El Licenciado).—*La Prensa Internacional*: Enero, pág. 110; Febrero, pág. 123; Marzo, pág. 159; Abril, pág. 149; Mayo, pág. 112; Junio, pág. 133; Julio, pág. 97.
- POSADA (A.).—*Notas bibliográficas*: Enero, págs. 177-180; Febrero, págs. 199-201; Marzo, págs. 170, 174, 177; Abril, pág. 190; Mayo, pág. 153-157; Junio, pág. 199-203; Julio, pág. 198-202; Septiembre, págs. 198-201; Octubre, págs. 194-196.—*Los Problemas del feminismo*: Noviembre, pág. 118.—*Nota bibliográfica*: Diciembre, pág. 196.
- RIZZO Y ALMELA (Felipe).—*Marruecos*: Agosto, pág. 126.
- RODRÍGUEZ MOURELO (José).—*Recetas para hacer oro*: Noviembre, pág. 41.
- S. G.—*El Celibato moderno*: Septiembre, pág. 91.
- SALILLAS (Rafael).—*La evolución de los partidos políticos en España*: Junio, pág. 85.—*Las generaciones políticas*: Septiembre, pág. 80.
- SELA (A.).—*Notas bibliográficas*: Febrero, pág. 202; Julio, pág. 196.
- SOLDADO VIEJO (Un).—*Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja*: Enero, pág. 30; Febrero, pág. 42; Marzo, pág. 29; Abril, pág. 57; Mayo, pág. 24; Junio, pág. 27; Julio, pág. 51; Agosto,

- pág. 29; Setiembre, pág. 57; Octubre, pág. 51; Noviembre, pág. 98; Diciembre, pág. 85.
- STAPPER (Paul).—*Historia de la educación en Inglaterra*: Noviembre, página 193.
- UNAMUNO (Miguel de).—*La regeneración del Teatro Español*: Julio, página 5.—*El caballero de la triste figura, ensayo iconológico*: Noviembre, pág. 22.—*Acerca de la reforma de la ortografía castellana*: Diciembre, pág. 109.
- VALBUENA (Antonio).—*¡Fiense ustedes de mapas!* Abril, pág. 101.
- VALERA (Juan).—*Sobre dos tremendas acusaciones contra España, del angloamericano Draper*: Febrero, pág. 67.—*Los Jesuitas de puertas adentro, ó un barrido hacia fuera en la Compañía de Jesús*: Abril, página 5.
- VALMAR (Marqués de).—*Un insigne pintor de Historia, Don José de Méndez*: Agosto, pág. 58; Setiembre, pág. 35.
- VELASCO (J. A. de).—*Notas bibliográficas*: Junio, pág. 204; Agosto, página 200.
- WOLF (Fernando).—*La literatura castellana y portuguesa*: Enero, página 188; Febrero, pág. 193; Marzo, pág. 179; Abril, pág. 162; Mayo, página 161; Junio, pág. 179; Julio, pág. 182; Agosto, pág. 140.—*Sobre la poesía de los romances de los españoles*: Setiembre, pág. 150; Octubre, pág. 187.
- ZOLA (Emilio).—*La aérea*: Septiembre, pág. 100.
-

## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Mis vecinos de la Academia</i> , por Antón Martín.....	5
<i>Nueva biografía del Abate Marchena</i> , por M. Menéndez y Pelayo.	17
<i>Noticias curiosas, particularidades y anécdotas relativas á Cervantes y al QUIJOTE</i> , por José María Asensio.....	55
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	71
<i>Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja</i> , por un Soldado viejo.....	85
<i>Acerca de la reforma de la Ortografía castellana</i> , por Miguel de Unamuno.....	109
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar..	128
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.	154
<i>La prensa internacional. — La correspondencia de Victor Hugo</i> , por Emilio Faguet.— <i>Recuerdos de un editor: Lamartine</i> , por Alberto Lacroix.....	169
<i>Notas bibliográficas</i> , por Adolfo Posada y P. Dorado.....	196
<i>Obras nuevas</i> .....	201
<i>Indice, por orden alfabético de autores de los artículos publicados en LA ESPAÑA MODERNA, durante el año 1896</i> .....	205